

NUEVO ANDAR PALENTINO

Juan José Cuadros Pérez



**NUEVO ANDAR
PALENTINO**

Juan José Cuadros Pérez

1ª Edición digital

NUEVO ANDAR PALENTINO

Editado en abril de 2020

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es>

Autor:

© Juan José Cuadros Pérez 2020

Edita

© de esta edición, Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2020
Dirección General del Instituto Geográfico Nacional (IGN)

Fotografía de portada:

<https://unsplash.com/@jadlimcaco>

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado (IGN)
(Subdirección General de Geodesia y Cartografía).

NIPO digital: 798-20-040-0

DOI: 10.7419/162.12.2020

Los derechos de la edición digital son del editor. La difusión electrónica masiva debe hacerse a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial.



CNIG: Calle General Ibañez de Ibero, 3
28003 - Madrid (España)
cnig.es
consulta@cnig.es

*Para Marija
y Almudena*

*Porque siempre es más dulce
el camino que la posada.*

Miguel de Cervantes

Nota del editor:

Esta obra, editada ahora de manera póstuma, no es un libro de viajes al uso y no corresponde a ningún viaje en concreto. El autor escribió en los años 80, probablemente entre 1985 y 1987, este texto de «realismo poetizado» basado en su experiencia y en todos sus viajes, estancias y vivencias por tierras palentinas.

ÍNDICE

Prólogo	7
Justificación Innecesaria	9
Donde se habla de rumbos y de climas	11
Se estaba bien en Sahagún	17
Llueve en Cisneros de Campos	27
En Paredes de Nava, aparece Don Martín	41
A Grijota, empapado y medio muerto	55
En Palencia	71
Hasta Amusco, a pie enjuto	85
De matanza en Támara	99
De boda en Frómista	113
Se duerme en Carrión de los Condes	127
Donde aparece el cardiólogo de la barba	141
Aquí se acaba el andar	161

PRÓLOGO

La literatura de viajes es un género peligroso: se presta con demasiada facilidad a la exageración y el lirismo fatuo. En un tiempo en el que resulta sencillo llegar a la mayoría de rincones y lo cercano hace mal destino, parece que solo tuvieran hoy interés las singladuras azarosas y las peripecias que acontecen en el otro extremo del mundo. Y si al escritor su periplo se le queda corto en estos términos, siempre puede remendar el relato con algo de pompa o impostura.

Tampoco es sencillo escribir sobre el campo y la naturaleza sin caer en vicios similares. La literatura de bosque y rural vino siempre aquejada de esa idealización épica de lo salvaje y lo atávico, y sus escritores han pecado las más de las veces de un misticismo o una trascendencia demasiado engoladas. Libros que gustan al naturalista de salón, al capitalino que se pretende labriego sin gastarse las manos, al viajero de sofá que quiere recorrer mundo sin lidiar con incomodidades, pero que olvidan que en la realidad del campo las más de las veces no existen grandes conquistas.

En los libros de Juan José Cuadros hay mucho de viaje y no menos de naturaleza y terruño. De lo primero, porque es en movimiento que va ejercitando su sentir literario, en esos paseares que lo llevan de pueblo en pueblo, de paisanaje en paisanaje, con espíritu descubridor y ganas de un poco de plática saludable. De lo segundo, porque fue por aquellos montes y vericuetos aldeanos que hizo su trabajo de topógrafo de campo, allá mientras ponderaba la verdad del mundo a través de sus requiebros y desniveles, y de qué otra forma va uno a mirar el horizonte después de ello. Y también, porque esa mirada lírica con la que compone sus páginas opera de igual modo sobre las costumbres de la concurrencia, el regusto de un trago compartido, el perfil de una colina o el crujir de unas hojas secas.

Pero no es Juan José Cuadros un viajero explorador ni un cantor de lo salvaje como aquellos que imperan en esas coordenadas de lo literario. Lo suyo es el vagabundeo sin aspiraciones y la escritura de lo menudo, el naturalismo de fronda rala y llanura, ser tan solo un amante de los exteriores rústicos pero alejado de los excesos. Teniendo la honestidad de su literatura, qué necesidad hay de más relumbre.

Como poeta que fue, Cuadros sabía bien que es el ritmo quien apuntala y sustenta la poesía. Y es así, a base de ritmo, con el pulso exquisito de su prosa, como transmite mejor que nadie las verdades también rítmicas del viaje, el campo y sus gentes. Sin recurrir a estridencias ni invocar el tropo ya gastado de la naturaleza o la campiña redentora, o aquel otro del viaje como experiencia transformadora.

Al igual que esos otros libros de nomadeos y frondosidades más grandilocuentes, los de Juan José Cuadros sirven también a las causas de la literatura y el paisaje, a las del arte y la libertad, pero, sobre todo, a las de la sinceridad y la cercanía.

De los rincones andaluces que dejó escritos en sus «Andanza sevillana» y «Viaje a la Sierra de Segura», ya publicados, viajamos ahora en este «Nuevo andar palentino» a las verdades recias de Castilla, territorio tal vez distinto pero consignado aquí de igual manera, con idéntica poesía y la misma sensibilidad que entonces para con todo aquello que el viajero encuentra. Y con ese regusto a proximidad y cotidiano que hace de estos libros una literatura mayúscula.

Los amantes del campo y los viajes deberíamos aplicar en esta clase de literatura los mismos principios que al llenar la cesta de la compra: consumir producto local, de la tierra, y solo de cuando en cuando darnos el capricho de un sabor desacostumbrado que venga de lejos. Deleitarnos a veces con el silencio de un bosque remoto o la aventura de alguien en mitad de un confín distante, pero preferir lo que sucede en los lugares que podemos pasear nosotros mismos a la vuelta de la esquina, y descubrir al hacerlo que la vida no necesita más teatro.

Para ello, pocos libros ha de haber mejores que este que aquí comienza.

VÍCTOR OLAYA
Escritor y desarrollador SIG

JUSTIFICACIÓN INNECESARIA

«Esto escribió vuestro poeta para que no le olvidéis». Palabra más o menos, así lo puso, al final de una de sus últimas comedias, el viejo y encenizado Lope y, parafraseándole, se podría decir que esto lo escribió un caminante para no olvidarse de lo que anduvo y vivió.

En menos de veinte años, Castilla pasó del arado de vertedera al cultivo por satélite artificial, del almanaque zaragozano a las máquinas computadoras que pronostican el clima y, en el paso, lenguas y costumbres, maneras de sentir y formas de pensar se han ido perdiendo, hasta tal punto que sólo en la cabeza de las personas se guarda la memoria de las cosas que, para bien o para mal, venían rigiendo desde las comedias del siglo xvi.

Con la esperanza —que es lo último que se pierde— de que el olvido no ayerme lo que se fije con la palabra escrita, se cuenta lo que se cuenta aquí.

¡Ojalá que quede bien contado!

DONDE SE HABLA DE RUMBOS Y DE CLIMAS

Algunas tardes, los tres amigos se juntan para tomar una copichuela.

Dos de los tres son médicos; el otro, de medicina, sólo sabe que el vino tinto es bueno cuando se tiene la tripa suelta y el blanco, para todo lo contrario. Como andar de correntillas es más molesto que lo otro, cuando bebe, bebe tinto que, según ha oído decir, tiene mucho tanino.

De los médicos, el que se dejó la barba prefiere la cerveza; el que se afeita como un torero, en eso del beber, alterna.

Uno es del norte, otro del sur y otro del centro y, cuando se pelean, acostumbran a quedar empatados, aunque, la verdad, casi siempre están de acuerdo, sobre todo, cuando afirman que las chavalas que se mueven por este mundo están cada día más guapas y, como en eso de mirar a las chavalas están muy placeados, su opinión, aunque no sea como para tomarla por artículo de fe, tampoco se puede echar a beneficio de inventario.

Esta tarde, rodeados de revistas de medicina en las que se ven pulmones hechos trizas, corazones que son un asco y estómagos convertidos en basura, hablan de climas y caminos.

—El verano se ha hecho para caminar. Dios, que dispone bastante bien las cosas, hace los días largos y las noches templadas; cuelga los frutos de los árboles y pone vicioso el hortal; canta el jilguero y zumba el abejorro y, en las puntas de los ceba-

dales encañados, el bichillo se para y se frota las patas de gusto. En el verano vive el mosquito que se hace violín nocturno y arco iris al atardecer, la rana regañona y el grillo que romancea; los caminos se llenan de gente y chavalas, con pantaloncillos cortos y blusas de manga escasa y medio desabrochadas, llenan el ámbito rural o ciudadano. Si te sientas a descansar, las cunetas te ofrecen tanto aroma y los pájaros tanto entretenimiento que no te das cuenta de que la tarde pasó y que los estrellones del agosto son los que ahora te entretienen.

El invierno es para quedarse en casa, oyendo llover, leyendo una novela policíaca o, mejor, recordando los gozos del último verano.

El cardiólogo de la barba, que se había quedado seco después de tan largo período, se acercó a la cocina para arramplar con otro botellón de cerveza, y el cardiólogo sin barba, aprovechando la pausa, metió en la conversación las palabras que le dejaron meter.

—En el sur, el tiempo y el camino son hermosos en todas las ocasiones, sobre todo, cuando el otoño acontece y rompe el aire con los colores de los frutos tardíos. Si, a finales de noviembre, cruzases un olivar, entenderías el culto a Minerva y la liturgia del aceite que medio se huele en el fruto que se pinta en las ramas. El aceite es el caldo de la cultura mediterránea. Con aceite se alimentó el candelil de Diógenes, los argonautas sacrificaron a sus dioses un ramo de olivo y, con ramos de olivar, recibieron a Cristo en Jerusalén.

En otoño se va la golondrina, pero regresa el zorzal a la husma y hurto de las olivas; en la vereda corretea el chaval aprovechando el ventalle que hace girar su molinillo de papel colorado y, si la tarde refresca, sólo lo hace para que, cuando llegues a la posada, disfrutes del calorcillo de la lumbre baja junto a la que muchas de ojos moriscos se afanan preparando el ceremonial de la cena.

El cardiólogo sin barba prende un cigarrillo; como no está hecho a fumar —casi todos los médicos de ahora andan quitándose del tabaco—, tose y calla. El tercero en discordia agarra la palabra.

—El camino es bueno haga calor o zaracee y el andar en invierno es ejercicio espiritual. La soledad del campo anchuroso de mi tierra, sin árboles ni pájaros que

te distraigan, te acerca a ese infinito que todos deseamos aunque no estemos muy seguros de su existencia. Y la pajarota que no se fue cruzará la carretera, los grajos volarán rozando el suelo, el aire levantará sus remolinos y las ascuas de la lumbre recordarán el cuento de Cenicientilla.

El camino, en el invierno, es tan romántico como una causa perdida, como la estatua yacente de un príncipe de sangre que se murió sin saber por qué. Y las muchachas, por ir más vestidas, te enarbolan la imaginación que trata de inquirir sus prendas recatadas.

—Sí, pero...

—Déjame seguir —el tercero bebe y se limpia—. Andar por mi tierra, cuando la nieve alinda las montañas de su norte, es aleccionador. Y, abrigado de cuello a vientre, no hay catarro que te pueda.

—Sí, pero...

—Pero el sur es mejor. Si el andar por tu tierra es un ejercicio espiritual, hacerlo por la mía es un gozo corporal, más cuando llegas a las orillas del agua y las velas latinas hacen moverse las barcas y comprendes por qué el blanco y el azul son los colores del milagro...

—Sí, pero...

—Entonces se te pone el corazón virgilio... Aunque, la verdad, yo creo que estamos discutiendo por una tontería.

—Discutiréis vosotros —dice el cardiólogo de la barba—, porque a mí no me dejáis meter ni una palabra de canto.

—Digo que discutimos por una tontería, porque para viajar, sea por donde sea, lo mejor es la primavera. El viaje más hermoso y el que mejor nos han contado, en primavera se hace. ¿Qué es, si no, la «Soledad Primera», de don Luis de Góngora, más que un viaje que relata un hombre inmerso en el sur, empapado de cultura grecolatina y con toda la invención barroca propia del Mediterráneo español?

—Don Luis de Góngora viajó menos que mi abuela la del pueblo.

—Que te crees tú eso; a don Luis nos lo figuramos como a un cura mal encarado y lleno de mala uva; un cura regalón que nunca se movió de su beneficio. Y no es verdad; don Luis de Góngora, como hombre del sur, tuvo el espíritu inquieto, viajó piropeando damas y maldiciendo afluentes; se movió con la Corte y, en su Córdoba natal, fue amonestado varias veces por el ordinario de la diócesis porque no asistía al capítulo y se vestía de paisano para asistir a las corridas de toros.

—Sí, pero...

—Pero don Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, cuantas veces cruza la sierra, en invierno lo hace sin arredrarse y, siempre, con la canción en los labios.

—Y ya ves tú con qué gente se fue a encontrar, con esas vaqueras orejunas y más feas que pegarle a un padre.

—Hombre, Gadea, la de Riofrío, no estaba tan mal...

—No; sí, a lo mejor —dice medio para sí el cardiólogo de la barba—, en invierno se dan mejor los ligues... Pero el Marqués de Santillana corría a sus serranillas en verano...

—¿Y Ulises? ¿Qué me dices de Ulises? Cuando los vientos se le desmandan tiene que ser en el mes de marzo y, cuando a Italia llega, va arrebujado en el manto, señal de que no haría mucho calor...

El cardiólogo sin barba, mientras cita a Homero, abre la ventana, pues el humo del cigarro no deja ni respirar. El cardiólogo de la barba saca otra botella de tinto. El que no es nada ni se mueve; no se fía demasiado de sus pies, los estira bajo la mesa y, resignado, se deja servir una copa más.

—¿Sabéis lo que os digo? Que el andar con el macuto a la espalda, sea cuando sea y fuere por donde fuere, es un acto de fe. El que camina es persona que confía en Dios y no desconfía demasiado de los hombres.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Que yo opino, si es que me dejáis opinar, que nadie que esté en sus cabales se echa al camino a finales de octubre. El invierno es para quedarse en casa, la primavera es demasiado versátil para confiar en ella y el otoño, cuando menos te lo esperas, te da la rabotada y te fastidia el paseo.

—Eso no ocurre en el sur.

—En el norte puede ocurrir, pero no tanto.

De aquella discusión, como de cuantas en el mundo se plantean, no se sacó nada en claro. Las cosas tienen que ser así, si no, la vida sería muy aburrida.

SE ESTABA BIEN EN SAHAGÚN

Pronto se echó la tarde. Apenas si son las cuatro y todo se ha puesto oscuro. El corazón ya lo estaba, como ahora lo están las nubes con el gris sucio que la nieve anuncia. El viento que se deja caer de peña Amaya baja sus puntas de helor y los pastores, que remusgan lo que se les viene encima, pegan cuatro voces arrebañando a las ovejas, se hunden la boina y se aprietan el tapabocas antes de salir cortando a la busca de la hornacha y del trago que les remozarán el ánimo y el cuerpo.

Se estaba bien en Sahagún. Sahagún es pueblo grande, colorado y de mucha entrenta. Doce o catorce bares se encuentran en su anchura. El caminante, cuando viene de León o desde más allá, siempre se demora más de lo debido en este pueblo de abades y caballeros.

El andariego mueve los pies entre las hojas secas que el aire derribó —¿de qué árboles, si por aquí no los hay?— y se divierte con ese son de láminas de chapa. Cuando era un muchacho, también le gustaba cruzar los parques acompañado de este son; ahora el ruido es más chico, las hojas son menos y pronto quedan atrás, desparramadas sobre el asfalto.

Se estaba bien en Sahagún, ya sin abades, pero con caballeros, mirando tantas cosas como allí se guardan; los ojos claros de una chavala, el andar de potranca de la otra, los azulejos relucientes del bar donde se entró, las muestras de los comercios, el caño de la fuente.

Ahora, campos de soledad. Eso es lo suyo y no hay sorpresa; siempre será así. Castilla, en el otoño, es un desierto que, de tarde en tarde, se anima con el corro de grajos decidores que discuten la forma de acabar con la carroña que encontraron.

El caminante que, por esas cosas de la vida, en demasía se entretuvo en Sahagún, aprieta el calcañar y pretende acercarse al caserío de Grajal de Campos —último pueblo leonés, casi en la raya palentina— donde supone que encontrará acomodo para esta noche y, a su tiempo, hace propósito de enmienda para no volver a enredarse en compañías ni vinos deleitosos que le hagan retardar el camino. La tarde —piensa— no está para bromas y, en la hora larga que le falta para llegar a donde quiere, puede romperse el cielo en lluvia o neverío.

Campos de soledad. No da más de sí noviembre. La gente de estos pagos y de otros como éstos se queda en casas desde que acaba con el afán de la sembradura, hace ya veinte días, y, ahora, no tiene porqué azacanearse en lo que nada tiene que hacer; lo que falta lo harán la tierra y la lluvia y, hasta abril, como muy pronto, los aladres pararán quietos en un rincón de la corrala y estos campos serán sólo de la picaza que no emigra y del pardal que zangolotea alrededor de las trojes.

Se estaba bien en Sahagún. En ese bar paredaño a la tienda de tejidos, echándose unas copas y platicando con las dos mozas alemanas que medio se dejaban querer. Lo malo fue que el caminante echó mal sus cuentas y sus rumbos y acabó quedándose solo cuando las chavalas agarraron su utilitario y se largaron a León, en vez de tirar hacia Palencia, como se había figurado el viajero que, ahora, descompuestos sus horarios, anda a solas y a suspiros por esta carretera sin fin.

Campos de soledad. Las paloma se recogieron hace rato, el milano se aburrió. La tierra, que se bebió con ansias la lluvia de hace ya un mes, vuelve a mostrarse dura en surcos y caballones. Tierra madrastra; sólo medran las hierbas en las cunetas, las matas de espantalobos que castañetean a favor del viento y las cepas desarmentadas de los majuelos que se borran sobre el color del terral.

¡Vaya que si se estaba bien en aquel bar de Sahagún! La estufilla de gas butano caldeaba el local y los olores con que lo sahumaban los montaditos de lomo impregnaban ropas y narices; andaba el clarete con su sosiego rosa y sabihondo y

las zagalas reían las bobadas que el viajero les iba contando mientras que, por sus adentros, se acordaba del príncipe don Juan y se decía que no le importaba morir, como él muriera, si lo hiciera a manos o a brazos de aquellas dos valkirias que le deparó el camino. Mas aquellos pensares, pesares se le hicieron y, ahora, bajo las grisuras de la tarde, parecen juntar su peso al del morral que se ciñe a los lomos.

El caminante mira a la redonda y no ve más Dios ni más Santa María que soledades y silencios. Los pueblecillos que, en otras fechas se anuncian con los cortos verdes de los arbolillos que les crecen a favor de los lavaderos, hoy se agazaparon sobre la pura tierra y parecen esconder las crestas de sus torrecillas para que el viento no las destoque. El Valderaduey, que viene de crecida, ronronea bajo la arcada del puente desde donde se divisa la arboleda que proclama la cercanía de Grajal de Campos.

Se estaba bien en Sahagún, el pueblo prioral donde el viajero suele perder el tiempo, el santo y la limosna. Si Sahagún no estuviera ni en los mapas, mejor sería para el andorrero, claro que, también, se aburriría más.

Buena estaría esta chopera si otro tiempo nos cantara. Si en vez de noviembre, mayo —y fuere la hora que quisiera—, los árboles serían un concierto de ranas o cigarras en lugar de este silencio de chopos motilones y este callar la boca cuando el viento quiebra las ramas secas y negras que se retuercen contra un cielo de aguas de fregar.

Aquí se quede el castillo, rojizo de ladrillos de cara vista y baluartes en talud, donde cuajó aquella doliente conseja del siglo XIII. El viajero, de haberse acordado, hubiera contado la historia de los hermanos Carvajales a las alemanas que en Sahagún encontró, según la cuentan crónicas y romances y añadiendo, de su haber, alguna nota de patética melancolía. El viajero, para contarla a modo, hubiera puesto voz de juglar y gesto de trovador herido y quién sabe si, a su aquél, las chavalas hubiesen cambiado de intención y de rumbo y ahora, en lugar de largas soledades, se llevaría un dulce comadreo y las posaderas en blando.

Suspira el caminante y, sin volver la cara, olvida puentes, choperas y castillos, pudieres y alomejores y se adentra en Grajal de Campos sin que grajos, mirlos, cuer-

vos ni nada que lo parezca le justifiquen el nombre del lugar que se encima sobre cerrete de poca monta y que se guarda quieto entre la incierta luz del atardecer.

El viento que echó hace poco o, tal vez, sea que tapiales y esquinas del poblado le quebraron las violencias. Pueblo igual, de casas bajas, olor a paja encendida; la torre, que no se ve, pudiera ser la garzota con que se adorne a las horas de más luz. Se han encendido las vacilantes luces esquineras y, más a palpas que a otra cosa, el caminante busca el bar que barrunta por el olor a café recién hecho que le llega al olfateo.

El caminante se desentumece los dedos con el calor de la taza donde le sirvieron el carajillo que pidió; cuando funcionan lo suficiente como para armar un cigarro, lía uno de picadura de estanco, lo prende y chupa con las ganas de quien lleva dos horas sin catarlo.

A la segunda trompada, el cabo de la guardia civil que alterna en el mostrador se le acerca, medio le hace la venia y le pide:

—A ver tus papeles.

El andariego saca y revuelve su cartera, aparta dos o tres tarjetas de visita, la carta que olvidó echar al buzón, un cacho de papel donde apuntó unas coplas que le gustaron y el teléfono de una chavala que nunca le contesta y da al guardia el documento de identidad.

—¿De dónde se viene?— pregunta el cabo más a tono.

—De visitar la tumba del Apóstol, por una promesa que hice.

—¿Andando?

—Si no es andando, señor guardia, más que promesa es turismo.

Un hombre, que ejerce de mirón en la partida de mus que en la mesa de al lado se está jugando, tercia en la pesquisa:

—Mal oraje pinta para echarse al camino. El Curavacas, dicen, tiene puesta la montera y eso es señal de nieve temprana.

—No pensé que el viaje me durase tanto, pero el camino es eso lo que tiene; que si una flor, que si dos copas, que si unos ojos ventaneros y, cuando te vienes a dar cuenta, el tiempo se te echa encima y, con él, todo lo que consigo traiga.

—¿Y dónde paras?— insiste el guardia civil que todavía no se conforma.

—Eso quisiera saber yo y aquí entré para preguntarlo. A lo mejor, usted sabe de algo y me lo puede decir.

—Aquí mismo te pueden dar cena y cama —dice el mirón del mus que se muere por hablar—. Total, por una noche no te saldrá muy caro.

Cuando al andariego le dejan tranquilo oficiosidades y administraciones, vuelve a fumar y apunta, en la libretilla que para eso lleva, lo que cree que sabe de Grajal de Campos. El mirón, por no callar, pregunta:

—¿Qué, echando cuentas?

—A ver...

—Como que, a mayores y tal como anda la vida, si uno no amarra bien sus guarismos y economías, va de culo con esto de la estabilización.

—Y usted que lo diga.

Respuestas tan recortadas quitan las ganas de capacear. El fulano vuelve a sus miraduras y el andorrero a sus apuntes. Poca cosa, que si Grajal de Campos tuvo lo que tuviera y ahora tiene lo que no le pudieron quitar, aquí no queda casi nada aparte de lo que se nombró: el castillo, aquellos chopos, la carretera que atraviesa la pobladura y la estación del ferrocarril que parece estar puesta para que la gente emigre y no para que regrese.

Estos pueblecitos están de capa caída y si sus gentes siguen partiéndose el lomo en sus pejugales y sin perder la esperanza es porque nunca la tuvieron.

El caminante, cuando apuntó lo poco que apuntó, fuma en silencio, contemplando, casi manriqueñamente, cómo se levantan los mirones y los jugadores del naípe, los otros que bebían en silencio y los que, con el cabo de la guardia civil, parloteaban en el mostrador. El bar se está vaciando y sólo, en un rincón, un bebedor taciturno busca en el fondo del vaso el por qué de sus melancolías. La señorita del almanaque parpadea de sueño y, por la puerta de la calle, que alguien se dejó entreabierta, entra una cuchillada de aire frío que remueve los humos del tabaco y los vapores del alcohol.

—¿Va usted a cenar?

—Es pronto.

—Como usted diga, pero aquí se acabó lo que se daba. En este tiempo, la gente se mete pronto en la cama para calentarse parejo.

El amo se entra en la cocinilla de la trastienda y en el bar sólo se quedan el viajero con sus divagares y un chigüito que, acodado sobre la mesa más cercana a la estufa, se está dejando los ojos en un libraco así de gordo. El caminante, curioso, le pregunta que con qué está liado.

No hace caso el chaval a la primera ni a la segunda; el caminante pregunta de terceras y el muchachillo dice que está leyendo *El Castillo*.

—¿De Kafka?

—Sí, señor.

El andariego da un respingo; el humo del cigarro se le va por mal sitio, tose, se deja la garganta en carne viva y, cuando se repone, vuelve a preguntar:

—¿Te gusta? ¿Qué estudias? ¿Cuántos años tienes?

El chico dice que hará los dieciséis para San Antonio Abad y que no estudia, que lo que hace es ayudar a su padre en el bar y, en su tiempo, echar unos jornales en el campo, pero que, en cuanto que haga la mili, echará los papeles para trabajar en lo de la vía.

—¿Y entiendes eso que lees?

—Sí, señor. Todos los libros vienen a decir lo mismo. Los esfuerzos inútiles que hace la gente para entender el mundo y tratar de arreglarlo.

El andariego calla y se aplica al plato que le acaban de servir y el chico, que de tan buenas maneras se quitó al preguntón de encima, vuelve a enfrascarse en las andanzas del señor agrimensor que nunca midió nada.

Retóricas, las gijas de Castilla, zorza en el Bierzo, picadillo en la loma de Úbeda, chichas en la Rioja e ilustres en cualquier parte, animan con el chafarrinón de sus almagres el violento amarillo de la yema de huevo; el pan pringa en sus grasas y empurpura los labios que limpia el clarete agrillo de la última cosecha; el hambre empuja gustos y colores y el caminante, mientras traga y suspira, piensa que *El Castillo*, de Franz Kafka, no es lectura para tan tierna edad ni, aun, para varones más sesudos. Su amigo Pepe, hace un par de años, a pique estuvo de la camisa de fuerza, entre semejante lectura, el cine de Alain Resnais y la música de Schönberg. Y menos mal que renunció a los poemas de Hölderlin que, si no, acaba como un hato de cabras.

—¿Toma café?

—No, que me espabila. Déme una copita de orujo para disolver la espesura de la cena.

Con la copa, el pitillo y sus recuerdos, el andorrero se queda sólo en el bar. El amo había echado los cierres y, ahora, cena con la familia en la cocinilla trastera. La estufilla, a la que habría que cambiarle la bombona, está dando las boqueadas y apenas si calienta los bajos de los pantalones; al otro lado del cristal, debe de estar cayendo un escarchazo que se deja sentir en el filillo de aire que se clava a través de

los cuarterones desvencijados; el viajero medita y añora lo bien que, esta mañana, se estaba en Sahagún, que Grajal de Campos fue señorío de los abades vecinos sin cuyo permiso no había quien pescase una trucha en los riachuelos ni cazara un conejo en los montes, desde aquí hasta las tierras de Segovia. El viajero se dice que bueno, que a él que más le da y el tabernero, que ya cenó y anda apagando las luces mientras la mujer baraja en la cocina y el chaval, con el libro a cuestas, echó escaleras arriba, pregunta:

—¿Nos vamos al catre?

Y sube guiando al viajero hasta el primer piso donde le muestra la habitación grande y sin más mobiliario que la cama, el palanganero y un perchero de cuernos, en el otro rincón.

—El retrete está abajo, ya lo vio.

Poco aliciente tiene el cuarto, sin más adorno que la estampa de un santo desconocido. Con tan poco que ver, el viajero, tiritando, se desnuda y pelea con el cordón enredado de una bota; cuando lo desata, se acuesta, se hace un buruño bajo las mantas y, con los dedos de la mano, se cuenta los de los pies. Las sábanas tienen ese repunto de humedad que hace recordar el calentador de palo y cobre que había en casa del abuelo.

Cuando el cuerpo se entona y el viajero trata de apagar la luz, advierte que el interruptor está en el otro extremo del cuarto, junto a la puerta de entrada y los seis o siete pasos que hay que dar para alcanzarlo se hacen más largos, más friolentos que toda la trota que hoy se dio y la que se piensa dar mañana.

Por la ventana, sin cortinas ni maderas, se cuele una sombra blanquecina que subraya la escarcha que está cayendo por ahí fuera.

Se estaba bien en Sahagún; se estaba bien con aquellas mozuelas del coche que le dejaron a uno plantado; Sahagún, abadengo y rojiblanco, descansadero del camino de Santiago, que todavía guarda un poco de la bulla que tuvo en aquel tiempo.

Se estaba bien en Sahagún; aquí tampoco se está mal; las dos mantas hacen lo suyo y el viento acuna y canta o gime o lo que quiera que haga, a la vez que el sueño llega con sus pies de plomo forrado de terciopelo oscuro.

LLUEVE EN CISNEROS DE CAMPOS

La luz rumienta de la amanecida que apenas si puede con el vaho que esmerila el cristal de la ventana despierta al andariego que, hartado de dormir, se concede un cuarto de hora de reposo para digerir lo que durmió antes de sacar una mano de la cobija y atrapar los calcetines que se pone sin moverse de la cama. Cuando se pone la camisa, salta al frío baldosín y, sin pensar en lavatorios que el frío dispensa, enciende el primero del día y baja a la taberna para cambiarle el agua a las aceitunas y meter algo en la tripa para que se le caliente.

El amo, entre bostezo y bostezón, cacharrea con los mandos de la cafetera; su señora, un poco más despierta, pela unas patatas en la cocina y el chaval, en la mesa que tiene por suya, se embebe en la lectura de su libraco.

—Ya es afición.

—¿Y qué quiere usted que haga? Ni aquí ni en la heredad hay cosa que hacer y, digo yo que, leyendo, algo se aprenderá. ¿Qué toma?

El andariego se abrasa la boca con un café doble y más negro que un pecado; luego, con otro sencillo e igual de negro. El andariego comprueba su reloj con el de la rínonera y ve que no va muy descarriado; ajusta las cuentas con el tabernero, se cuelga sus atalajes y se asoma a la calle. Al momento, vuelve al mostrador.

—¡Qué frío!

—Es muy temprano para echarse al mundo. Espere un rato a ver si se apacienta el día.

—No, que me enredo y es peor.

Cuando el viajero va a salir, el cabo de la guardia civil entra en el local con unos modos y una cara que parece que le acaban de pegar dos patadas en su hombría.

—Tus papeles...

—¿Otra vez, jefe?

El cabo mira y remira el carnet del viajero, pregunta al amo si su huésped pasó la noche en casa y, cuando se le dice que de allí no se movió, el guardia civil medio se compone y dice que pasar, no pasa nada, que sólo acaban de recibir el parte de que unos golfantes han robado, durante la noche pasada, las pinturas del altar mayor de la iglesia de un pueblo cercano.

—A este paso no van a dejar una.

—Sí, señor guardia. Entre lo que se malbarata por ignorancia, lo que se destroza por descuido y lo que por mala ganancia se roba estamos perdiendo nuestro patrimonio cultural...

—¿Tiene usted el grado?

—No, amigo, que uno estudió poco y con poco provecho; lo que pasa es que, cuando me pongo triste, me salen así las palabras... Bueno, me voy, que se me está haciendo tarde.

El caminante deja el amparo del bar. Baja por una costanilla y desemboca en la carretera. A su espalda, la iglesia parroquial enseña lo ancho y lo remendado de su fábrica y, ante ella, unos chavales se entretienen esperando a que abran la escuela.

Muestra el cielo arretazado esos azules fríos que se entreabren y clarean a través de una nieblecilla que lenta se arrastra hacia el sur sobre este llano interminable que la carretera desarbolada parte en dos. En las cunetas y sobre la hierba que nadie sembró se advierte la cencellada que la noche le puso de adorno y de recuerdo.

El viajero menea el tacón, no sólo por calentarse los pies, que los lleva como chorizos, sino, también, porque hasta Villada le quedan dos horas largas y quiere llegar al pueblo para tomarse las once, ya que el buche, sólo lastrado con un café viudo e inconsolable, no dará mucho de sí y necesitará un remiendo antes de nada.

Ancha es Castilla y bien ventilada se dice el viajero y silba, un oído frente al otro, el romance del Conde Olinos mientras cruza sin fijarse en la cardencha amustiada ni en la hierba medio loca que cabecea sobre el talud del camino.

Ya en tierras palentinas y nada más pasar por Pozuelos del Rey, lugarejo que a todo tirar andará por los veintipocos vecinos y al que el caminante apenas si dedica una distraída mirada, la pareja de la guardia civil —cada número por su orilla del camino, como mandan las ordenanzas del cuerpo— avanza despaciosa y tiritona bajo el brillo trapezoidal de los tricornios y el mate oscuro de los capotones con que se abriga.

El andariego, que ya había preparado sus papeles y ensayado el más cumplido de su saludo, se decepciona un tanto cuando los guardias no le paran ni le hacen más caso que mirarle de reojo y murmurarle un «buenos días» que pone un halo de vapor de agua ante los rostros de los civiles.

—Se ve que tengo pintas de inocente.

—O que no tienen ganas de sacar las manos de los bolsillos...

Media legua más tarde, Villada se pone al alcance de la mano; el andorrero, para celebrarlo, se inventa una musiquilla ratonera y, a grito pelado y a sabiendas de que no molesta a nadie, se pone a berrear, como un arcipreste, los versillos que, al paso, se va sacando de la cabeza:

*Cerca de Villada,
me hirió la mirada
de una malcasada.
La mañana fría
me puso tan yerto
que yo ni podía
llevármela al huerto,
como me pedía,
ay, la malcasada,
la puente pasada,
cerca de Villada.*

Ni que decir tiene que el andariego no se topó en Villada, ni antes ni después de atravesar la pontanilla que la carretera que se trae tiende sobre el río Sequillo, con malcasada ni biensoltera alguna, pero ya se sabe que los poetas mienten más que hablan y el caminante, metido a trovero, no iba a ser una excepción de la regla.

—¿Y por qué mienten?

—No mienten, sueñan. Ya sabe usted que los poetas son gente dada a la holganza y a la ensoñación y cuando cuentan las cosas no distinguen lo vivido de lo soñado.

—A lo mejor es por falta de alimentación.

—O que tienen la tensión baja, que eso da mucha soñarrera...

El caminante, que ya anduvo otras veces por este pueblo y guarda de él buena memoria, en cuanto que llega a las primeras esquinas, echa por una calle larga que, en un parpadeo, le acerca al bar que se abre en la plaza mayor y, sin un titubeo, entra en él, se arrima al mostrador lleno de cicatrices de vino tinto y puntas de cigarro, pide un bocadillo de lo que tengan más a mano y, a su amor, se dispone a conformar hambres y soledades.

Un viejecillo de gafas caedizas y boina capona, gesto sosegado y ganas de hablar, toma una olorosa infusión de manzanilla dulce en la desmiga y moja unos sobadillos de Carrión de los Condes, mira al viajero y se le arranca.

—A usted le tengo yo visto.

—Puede; sí, señor, que no es ésta la primera vez que paso por aquí y Dios quiera que no sea la última.

—¿Vas a Paredes?

—Con la ayuda de Dios, nuestro señor.

—¿A ver a la novia?

—No, señor —suspira el andariego—. Un servidor no tiene novia; la que tuve, hace ya mucho tiempo, me dejó por otro que tenía más de aquí.

—No te preocupes, que hay más mozas que longanizas.

—Así será, puesto que usted lo dice, pero lo que es yo, estoy que no me como una rosca desde hace una pila de años.

El viejecillo, acaso por consolar al suspirante, le ofrece una petaca de ésas de a cuarto de kilo y enmorenada de sobos y sudores.

—Echa, que es de estanco.

Y por hablar, se habla del pintor de Villada, don José Casado del Alisal —ay, a ése sí que se le daban bien las señoras y, encima, tiene una calle en la capital— y de las valiosas tallas del siglo XVI que se guardan en la iglesia parroquial de San Fructuoso, santo patrono de la villa.

La taberna está animada; ocupadas todas las mesas por los hombres que huelgan, fuman, charlan, juegan a las cartas y consumen lo que les da la gana y pueden pagar. Consumir es lo nuestro, consumirse y consumir desde el escaso tiempo que nos toca hasta el vasito de clarete con un cachejo de queso de Baltanás. La taberna, ya se dijo, está de bote en bote, la gente de Villada es muy así, compuesta y dada a la conversación, el bulle bulle y el trabajo, cada cosa a su tiempo; animo-

sa e inquieta, siempre se está inventando quehaceres y, de este forma, el pueblo prospera más de lo que uno se pudiera imaginar.

—Aquí el que no corre, vuela.

—Y el que no, navega, que tampoco es mala forma de moverse.

—Según se encuentre la mar...

Tras los cristales del bar, el caminante contempla el ir y venir de la gente y, aunque chavalas no se ven muchas pues a estas horas estarán en sus casas liadas con las labores propias de su sexo y condición, que se dice, de vez en vez pasa alguna que bien se merece una miradilla llena de admiración y de respetuoso deseo.

—Bueno, yo ya me voy...

—Pues ya sabes dónde estamos. Y por las mozas no te apures, que cada año grana las suyas.

El andariego vuelve al camino sin ganas de cantar pues aunque se dice que de la panza sale la danza, se ve que el recuerdo de sus amores perdidos le amohinó la voz, acabándosele de amohinar un «seiscientos» rojo con matrícula de Madrid que, despendolado por el asfalto, destripó un charco y puso al andariego como una sopa.

—¡La madre que te parió!

De Villada a Cisneros de Campos corren dos leguas; cuatro a Villalón de Campos, si se tirase hacia el sur y, si hacia el norte, tres a Moratinos. Se habrá notado que, cuando el andorrero echa las cuentas de lo que anduvo o de lo que se tiene que andar, lo hace en medidas antiguas y no muy exactas: un tiro de piedra, dos leguas escasas, media hora de camino, un par de cuartas o todavía un buen rato; si lo que mide son líquidos lo hace por jarros, copas o botellas, rehuyendo, siempre que puede y que se acuerda, el sistema métrico decimal que le parece algo así como muy científico, como demasiado administrativo. Si de aceites hablara, su

costumbre le atraería arrobos y panillas; cuando habla de pesos se ajusta más a lo corriente, pues si dijera de celemines, modios o eninas, y puede que de onzas y de vellones, acaso no le entendieran, pues son medidas demasiado antiguas aunque más cordiales y fáciles de sobrellevar que las que hoy se utilizan.

Casi todos los pueblos que el caminante nombra, aunque a ratos no lo diga por el aquel de ahorrar saliva, llevan el apellido de Campos, pues en Tierra de Campos están. Otros pueblos no lo llevan, pero a veces se les pone. ¿Para qué se le va a hacer de menos a nadie?

La Tierra de Campos es una tierra sin suerte y que a uno le recuerda, vaya a saber usted por qué, la mirada de un galgo jadeante.

El viajero, al salir de Villada, tal vez por eso que se dijo de sus amores perdidos, también jadea hondo en su andadura y mira a las palomas que sin miedo al frío ni al gavilán embanderan la media mañana que mezcla en su cielo, sin decidir su elección, azules desvaídos y nubarrones del color de panza de burra.

Vuelta a la soledad, al horizonte sin fin de la meseta. Esto es algo que desalentaría a cualquiera, al viajero también, aunque sea hombre avezado a soledades y también a compañías. El viajero, en esto, como en otras cosas, tira para entreverado, que lo mismo sirve para el soliloquio como para la conversación, según caigan las pesas, pues si bien es verdad eso de que quien habla solo hablará con Dios, también es cierto que quien regala sus palabras al prójimo y escucha cuando le llega la vez, enseña y aprende y, encima, se lo pasa pipa. Ahora, como toca callar, callado anda el viajero una vez pasado el arroyo de Margarita, cuando a la mano derecha pita un tren que busca el norte y deja un ramalazo de humo que se confunde con las nubes, cada vez más negras.

Carretera adelante y de cara al andariego, un hombre alto y cetrino y un chiquito no más claro que él caminan a buen andar; lleva el hombre un tambor en bandolera y una trompeta de pistones en la mano; el chiquito carga con un fardel terciado, y un perrillo de mil padres, que cuenta las horas del reloj y saca la papeleta de la rifa, anda a sus alcances con la mirada viva y el rabo capón.

—¿Es usted de Villada?

—No, hermano, pero vengo de allí.

—Se lo pregunto porque, como usted se puede suponer por nuestras pintas, nosotros somos comediantes que andamos por estos pueblos echando trompiquinas, interpretando músicas modernas, rifando botellas de coñac de marca y entreteniendo al personal y, como esta tarde, si Dios y el señor alcalde nos dejan, pensamos actuar en Villada, me gustaría saber, si usted lo sabe y me lo dice, si en ese pueblo podremos encontrar sitio en el que trabajar y personal que nos pague por vernos.

—Una buena plaza sí que tiene y, me figuro, no faltarán corralizas en las que ustedes puedan mostrar su arte, sus músicas y sus vulanetas. Y si prefieren un local cerrado, que sería lo mejor dado el tiempo que nos traemos, en el bar también podrían hacer lo suyo.

—No, señor; a nosotros los locales cerrados no nos van, porque, sepa usted, algunas veces, el diablo las lía y de un local cerrado es más difícil salir cortando, si vinieran mal dadas, como nos pasó una tarde en Cardeñosa de la Volpejera, cuando el maligno me puso en ganas de tocarle el traste a la moza del bar. La chavala pegó un chillido y se armó la de Dios es Cristo. Yo me quise largar por la ventana, pero estaba enrejada y allí me las dieron todas y unas pocas más y, al chigüito, que no se había metido en nada, le quebraron el atambor en la jeta.

—Ya, claro. Si a usted, como a todo el mundo, se le ponen esas ansias de toqueteo y no se las puede aguantar, lo mejor es que den la función al aire libre.

—Gracias, amigo, y hasta más ver —se despide el del tambor—. Y no le pido que nos socorra porque sus trazas son para socorrido.

Falta una chispa para llegar a Cisneros de Campos y las tripas que se desocuparon unas matas más atrás, aprovechando que no pasaba nadie, empiezan con su reclamo nada más cruzar el pago del Tarambuco y con el caserío del pueblo desdibujándose sobre el cerrete donde se empina. Las torres chicas y las casas más chicas

todavía parecen achantarse sobre el terreno de parigual color. Las siete carreteras que entran o salen de Cisneros están de adorno, sin que por ellas pase la sombra de un cristiano.

El caminante se acuerda de la tabernilla en la que, alguna vez, no comiera muy mal y se deja guiar por ese oriente. El reloj apunta las dos y pico; los pies del viajero, casi las tres; su estómago, como si en el agosto se estuviera, lleva dos horas de adelanto.

Entra el caminante en Cisneros y el olor de las cocinas lo dejan para el vahído; huele a asado y a chilindrón, a guiso y a sardinas fritas. La nariz del viajero es un castigo cuando se pone y pone la boca hecha un charcal, pero también le sirve de corredor y guía y así, por una calle en cuesta y con cachos de soportal que se vienen abajo, llega el caminante a la taberna de su recuerdo en el punto y hora en que el ama deja, sobre la mesa que ocupan dos señores, una fuente de patatas con bacalao.

Trago y bocado demanda el andariego y, cuando se lo sirven, come y bebe en silencio frente a esos dos señores que, en la otra mesa, no meten la lengua en el paladar. Tan animosa charla pica la curiosidad del caminante y la tabernera que lo advierte dice:

—Son dos sabios, de ésos que andan buscando papeles viejos para escribir un libro. El que se acaba de sentar con ellos, ése que va de luto, es el maestro del pueblo que también sabe un rato largo.

El viajero asiente y calla. Los otros le están metiendo cada viaje a la jarra de vino que la dejan en pernetas, se ve que eso de la sabiduría necesita su riesgo, cosa que no se escatima, pues van por la tercera jarra y todavía no han llegado a los postres cuando el andorrero, más rápido, con más hambre y sin nadie con quien hablar, ya anda pelando la manzana que le acercaron.

En Cisneros de Campos se baila la danza de la «chiborra», que es un baile de gente enmascarada; la palabra «chiborra» viene en el diccionario y significa eso, precisamente, máscara o botarga, aunque el caminante sólo la oyó en labios palentinos.

En Cisneros de Campos hay mucho que ver, tanto en sus dos iglesias cuanto en las dos o tres ermitas que se reparten por su término municipal; hablando de ellas se podría echar un buen rato, pero como el viajero ya las visitó y esta tarde tiene prisa para llegar a Paredes de Nava, no se entretiene con piedras viejas ni con artesonados antiguos; tampoco le da por pensar en si será verdad eso que dicen que si don Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, pudo ser hijo natural de un caballero de estos fundos.

Lo que sí hace el caminante, aprovechando el altozanillo sobre el que se encima el pueblo, es echar una mirada a la redonda del paisaje pelado, sobrecogedor y, si aprietan un poco, hasta trágico, de los Campos Góticos cuyo único color, bajo estas nubes oscuras que lo encapotan, va desde el pardo que se pisa hasta los grises blanquinosos de la lejanía.

No es muy tarde; con un poco de suerte, se podrá llegar a Paredes de Nava antes del anochecer; el ventalle que se movía esta mañana se ha tumbado a descansar y ahora hay una templanza que conforta las carnes y que deja una gótica alegría en el corazón. En el cielo y volando en círculos exactos, el milano se cierne sobre alguna carroña que se pudre sobre el terral.

Al poco de andar, un pastor que anda de recogida pregunta al andariego que si va muy largo y, cuando se entera de que se piensa dormir en Paredes de Nava, mira el cielo, se pasa la mano por la barba y augura:

—Mucho andar es ése. El norte se ha echado y, antes de un suspiro, caerá una buena.

—¿Usted cree?

—Así tuviera yo tan fijos los catorce resultados de la quiniela del domingo. Vuélvase usted a Cisneros para que, por lo menos, le pille bajo techo.

El caminante, que nunca dudó de profecías pastoriles, desanda lo poco andado acomodando el paso con el de los borregos que remusgan el chaparrón y se apelo-tonan en la marcha. Pastor y caminante callan; las torres de Abastas y de Abastillas se levantan a lo lejos.

El pastor se llama Ciriano, está casado, tiene un hijo que trabaja en la azucarera de Monzón y una hija, casada en Barcelona, que pronto le hará abuelo. Lleva cuarenta años en el oficio y no hizo la mili porque siempre fue un poco duro de oído.

Cuando llegan a la falda del cerrete y pasan las primeras casas de Cisneros, empiezan a caer los primeros goterones.

—¿No se lo decía yo?

El caminante dice que sí, que nunca dudó de sus palabras. Los cielos se han abierto y, antes de llegar a donde el pastor arredila, los dos hombres se han puesto perdidos.

—Véngase conmigo; vamos a comprar la quiniela del domingo y, luego, la rellenamos en el bar. Verá usted qué estanquera más maja tenemos en este pueblo.

La estanquera es muy maja; será, poco más o menos, de la quinta del andariego, pero mucho más lucida que él. El pastor compra su boleto y el caminante un paquete de picadura. Después, cobijándose donde pueden, se acercan al bar.

—Me va usted a ayudar. ¿Qué le ponemos al Hércules-Sevilla?

—Yo, de eso, no entiendo nada.

—Mejor; así es como se acierta.

Los dos amigos se aplican al relleno. A vaso por pronóstico se van mojando por dentro todo lo que se secan por fuera. En la calle, en todo el mundo de la Tierra de Campos, el agua cae como si nunca lo hubiera hecho, como si quisiera desmentir lo que dicen los libros sobre la España seca; la tarde se ha puesto más negra que un tizne.

El bar se ha ido llenando de gente gozosa por la lluvia que se le regala, que pide sus vinos y se lía con sus conversaciones. El caminante cree advertir que, en manos de la alegría, a los hombres se les ha puesto más lustrosa la piel, más suave el entrecejo, chispeantes los ojos, la voz más clara.

—Así un par de días y todos contentos —dice alguien.

El caminante se acoquina; dos días de lluvia echarían abajo sus proyectos y, como noviembre se encarrila en aguas, no lo va a dejar así como así. El pastor, chupándole al cigarro y poniendo una equis en el Español-Valencia, le dice que no se preocupe, que el cierzo no va a tardar y que, al filo de la medianoche, el cielo se quedará más raso que un pandero.

—Mañana hará buen día. ¿Otro vaso?

Da gusto ver lo que llueve y cómo lo hace, fuerte, golpeando recio sobre todo lo que se le pone por medio; relucen tejas y paredes, cantos de la calle y charcos que se forman. Si alguien cruza ante la ventana del bar —un hombre que se sube las solapas, una mujer con el mandil por toca— lo hace corriendo y pintando en la cara la inevitable felicidad de la lluvia. Algo más tarde, salen los chiquillos de la escuela, hechos unos vándalos, brincando, chapoteando en el arroyo, persiguiendo la última aventura que les pueda ofrecer la tarde; las niñas, siempre más modosas, procuran no mojar sus vestidillos ni los grandes lazos de colorines que les sujetan el pelo y alzan su cantar en honor de la Virgen de la Cueva.

Entra un guardia municipal en la taberna y el caminante, que está muy hostigado, busca su carnet de identidad, pero, enseguida, se contiene, agarra el vaso y lo apura. El caminante sabe que, esta tarde, cuando la lluvia hermana a todo el mundo —a los guardias municipales también— nadie le va a pedir los papeles a un fulano a quien, con el clarete que lleva embaulado, le da igual un guardia que un escuadrón de caballería.

—Porque yo soy muy macho...

—Eso, ni se duda —dice el pastor—. ¿Tomamos otro?

El caminante ha perdido la cuenta de lo que lleva trasegado, ni a bulto lo sabría calcular. Pero el vino, si se empapa con su mijilla de queso y se comparte con el prójimo, nunca hace daño, sino que aumenta la buena educación y el sentido de la responsabilidad.

—¿Nos vamos?

—¿A dónde?

—A mi casa, a dormir. Y no me pongas peros ni te hagas de rogar, que para una vez que uno se encuentra con alguien que no discute, no se lo va a dejar en medio de la calle.

Es más noche que un ramal y Cisneros no abunda en luces municipales; la calle es un río y los canalones se rompen en cataratas; el caminante sondea, con la cachava, los charcos que va a saltar; el pastor, que se los sabe, los rodea; el cobijo del soportal es escaso, menor el amparo de los balcones y los dos correcales a los que el vino acompaña alzan los rostros para recibir sobre ellos el don del agua y ríen al sentir cómo el corazón se les esponja.

No es grande Cisneros, pero la noche, al borrar sus límites, lo agranda; siempre se dijo que la oscuridad alarga las veredas. Por ello, los nochernegos tardan un buen rato en dar con lo que buscan, se ve que el pastor perdió sus rumbos o es que tiene ganas de pasear bajo el chaparrón, cosa que no les viene mal; el fresco de la noche le bajó los humos del clarete y el paso se hizo más firme, lo mismo que la lengua y la sesera.

La mujer de Ciriano que, inquieta, les esperaba en el umbral, los recibe sin un mal gesto, sin el menor reproche, tal y como debe ser el comportamiento de las santas esposas, ya sean de pastores o de registradores de la propiedad.

—Y de los auxiliares administrativos y de los zapateros remendones.

—Oiga, ¿también de los funcionarios del catastro?

—También, sí señor. ¿Por qué lo dice?

—No, por nada; yo ya me entiendo...

El caminante, ahora, no podría hablar de la casa del pastor; más ocupado iba con sus equilibrios que con fijarse en arquitecturas. Descargado de sus impedimen-

tos, se apoya con disimulo en la mesa de la cocina y oye a Ciriano hablar con la parienta.

—Escucha, María, este amigo va a dormir aquí; le preparas el cuarto de la chica y no te preocupes de nada más. Cenar, no vamos a cenar, que traemos la cabeza loca con eso del relleno de la quiniela.

—Como tú digas.

—Eso es —ahora se dirige al andariego—. Mañana te llamo al punto de amanecer y salimos juntos a echar la quiniela o a donde haya que ir.

El caminante, que está muy hecho a obedecer y a callar, dice amén a todo lo que le mandan y, cuando María le dispone la alcoba, da las buenas noches y se va a la cama. Se desnuda a oscuras y, antes de poner la cabeza en la almohada, se queda frito, arrullado por el azote de la lluvia contra los sufridos cristales y por el lento borbollar del vino que se le está cociendo en los dentros.

En el camino que lleva a Pozo Urama, en esa ermita que llaman del Cristo del Amparo, la estatua yacente del buen caballero don Gonzalo de Cisneros también duerme sin soñar, como lo hace el caminante.

EN PAREDES DE NAVA, APARECE DON MARTÍN

Al viajero le despiertan con las claras del día. Al otro lado del cristal de la ventana, el lucero del alba, ése al que todo el mundo le canta las verdades, tiritita en su soledad remota.

Hay un cielo de madrugón. Sobre la mesa de la cocina está el cuenco de las sopas de ajo que preparó María que ya lleva una hora levantada.

—¿Siempre hace igual?

—Pues sí; ella es buena y, además, la tengo bien enseñada.

Canta un gallo en cualquier palo y el tilintilán de la campana de San Pedro se junta, allá en lo alto, con el pitido de un tren.

—Hoy tendremos buena mañana; por la tarde lloverá.

En la carretera, pasado el Valdejinete y entre los predios de las Vargas y de los Frailes, el caminante vuelve a quedarse solo, con el macuto y la sombra a la espalda y, por delante, con la legua y media que le separa de Villalumbroso. Antes, se había despedido de Ciriano utilizando una parla que le envidiaría Feliciano de Silva.

—Amigo, hasta más ver, que a mí no me gusta decir adiós. La vida es arcaduz de noria o ruedecica de castillo de pólvora y, cualquier día, nos podremos ver las

caras donde menos lo esperemos. Pero sea en donde eso sea, si es que eso llegare a ser, yo seré el que ahora estoy siendo y siéndolo como siempre lo he sido.

—Hasta más ver —dijo Ciriano con menos retórica—. Y ya sabe que si nos toca la quiniela, la mitad es para usted.

El caminante, paso a paso y a la busca de Paredes de Nava, siente que se va poniendo azul cuando la luz de la mañana que se adentra le pinta rostro y manos, zamarra y calcetines. Hay en la tempranada un filillo dorado que ruboriza el saliente y, a contramano, una cenefilla de lo turbio indica que, por allí, todavía queda algo de la noche; la luz del sol que rasea de soslayo las cimas de los oteros de lo lejos hace brillar las chispitas de los cristales de cuarzo que por el páramo se esturrean; la llanura se arretaza en pardos divertidos. El pardal, que a la fuerza madruga, bebe en el aguazal de un charco y alza el volar zumbando hacia el granero.

El andariego, que no tiene con quien hablar y que lo siente, se pone a recordar las villas que se encuentran en el territorio de su provincia; si se acordara de todas, noventa y tres contaría, dejando a un lado las que se murieron de desolaciones. Algunas tienen nombres desalentadores, como Villaviudas; otras llevan el nombre a risas, como Villapún. Las hay que tiemblan de misterios como Villadidaler y otras se abren en flor de toponimia como Villalcázar de Sirga.

El caminante gusta de estos nombres y, si tuviera tiempo y mañas, escribiría un poema para cantárselo cuando, como ahora, caminase aburriendo, sin nubes que mirar, también sin pensamientos claros en la cabeza ni tonadillas en la boca y sólo ocupado en su llegar a Villalumbroso, pueblo chico y amable, con estación de ferrocarril y colocado en el cruce de la carretera que lleva a Frechilla.

El término municipal de Villalumbroso está avenado por el río Retortillo y por los cinco arroyos que se nombran Puente Canto, la Pesquera, Barbarán, Tremedal y Lobos, amén de la fuente que llaman de Valdezapatera. El río, los arroyos y la fuente llevan más agua que de costumbre, gracias a la que, esta noche, cayó. Lo que el andariego no sabe es si, en sus principios, el nombre del pueblo sería o dejaría de ser Villar Lumbroso, de lumbre, o Villar Umbroso, de sombra, que sería la única manera de concertar en género y número el nombre y el adjetivo

que, tal y como ahora se presentan, no aparecen muy concertados. A lo mejor no es así y los tiros vienen de otra parte, pues eso de las etimologías fue siempre una cuestión muy confundidora, más propia para la gente de estudios que para quien no sabe más que andar.

En Villalumbroso, una mujer tiende la ropa que empavesa ese instante, casi mágico, en el que uno es capaz de entender la pintura abstracta. En Villalumbroso, un gañán pelea con la mula que no se deja aparejar y enriquece el idioma con sus reniegos inexpresables. En Villalumbroso y sin sentarse, el andariego se toma un café doble y solo y, mientras fuma y bebe, se entera de lo que todo el mundo sabe.

—No vaya a creer usted otra cosa; Villalumbroso, aunque es chico, tiene una iglesia del siglo xv y un retablo con catorce pinturas del siglo xvi.

—Y el domingo pasado les metimos tres a cero a los de Villanueva del Rebollar.

El caminante vuelve a andar por donde iba; a lo tonto y aunque no se sentó, se entretuvo con la gente cuando aún le falta mucho para llegar a Paredes. Dos o tres coches pasan, para acá o para allá, rompiendo los silencios y asustando a la pajarota.

En la ilustre villa de Paredes de Nava, torreada cuatro veces —Santa María, Santa Eulalia, San Juan y San Miguel Arcángel— nació el poeta Jorge Manrique.

En Paredes de Nava hay cuatro iglesias, cosa que, de otra forma, ya se dijo antes; una ancha plaza mayor por la que suelen pasar las muchachas y las fuerzas vivas de la población; un abundante y bien surtido comercio de todo lo que se pida; estación de ferrocarril mediana, seis o siete carreteras, una fuente que no está mal y una alameda. Tiene también una estación de servicios de aceites y gasolinas, casas con escudos y sin ellos y un cine en el que dejan fumar cuando ponen películas del oeste; si las películas son policíacas, de romanos o de ésas de amor, a lo mejor, también dejan fumar, pero eso ya no puede asegurarlo el andariego, porque la única vez que estuvo en este cine ponían «Solo ante el peligro».

Toda la gente palentina y mucha gente de otros sitios, incluso de Valladolid, asegura que don Jorge Manrique es el mejor poeta del mundo.

El viajero entra en Paredes de Nava deslumbrado por la montera azulejada de la torre de la iglesia de Santa Eulalia, donde el sol se repite en blanco y verde harto del dorado color que le pusiera el cuerpo de la torre.

En un libro que tiene en su casa, el viajero leyó que las *Coplas* que don Jorge Manrique escribió, cuando su pobre padre pasó a mejor vida, es el poema más hermoso escrito en cualquiera de las lenguas civilizadas, pero que los versos de amor, que también escribiera el paredeño, dejan bastante que desear. El viajero no está de acuerdo con este segundo decir, pero, ahora, no tiene gana de meterse en belenes ni en discusiones.

En Paredes de Nava, el andariego, para reponerse de su trota, se fuma un pitillo sentado en el pretil de la iglesia parroquial de Santa Eulalia, de espaldas al sol, los pies colgando por la parte de fuera y mirando a esas casas morenas y de soportales antiguos que tiene enfrente y en donde una muchachita de dieciocho o veinte años lee un libro sentada junto al balcón.

Don Jorge Manrique fue un poeta sin mucha suerte que no ganó batalla que mereciese la pena, se llevó a matar con su mujer y se dejó la vida guerreando por tierras de Cuenca. Sus versos se salvaron de puro milagro.

El libro que está leyendo la muchachita del balcón también podría ser un libro de versos. Al caminante le gustaría que así fuera y que los versos fuesen de amor, de don Pedro Salinas, por ejemplo, y si esto fuera mucho pedir, por lo menos que fueran de Gustavo Adolfo Bécquer. La luz del medio día, al acariciar la melena de la chigüita, le da un tono de miel madura como el que tienen las trenzas de las damas domésticas y bordadoras que los pintores holandeses pusieron en sus cuadros; la luz, esta luz mollar de la otoñada en Castilla, deja, también, sobre el rostro de la muchachita, un punto de rubor que parece de cuento. La luz, cuando se pone a poner, se queda sola poniendo.

En Paredes de Nava nacieron Pedro y Alonso de Berruguete, también, el escultor Victorio Macho y además tiene un cura que se llama don Alejandro que, en su

iglesia y con más talento que el que cabría suponer, ha organizado un museo mejor que muchos de los más mentados.

Puesto a pedir, el andorrero pediría que la muchachita lectora levantara, sólo un momento, los ojos del libro de versos que la entretiene y que mirase un poco al viajero; también, que sonriera una miaja, aunque eso ya es más de lo que el caminante se atrevería a pedir.

En Paredes de Nava hay fonda y ruinas ibéricas, da de sí para mantener seis o siete bares y es lugar abundoso en trigos y en ganado caballar.

Un garzón, como de doce o catorce años, se sienta en la barbacana, al lado del viajero.

—Ésa del balcón es Martina, la chica más guapa de este pueblo, según dicen los mayores. Casi siempre está en casa pues su novio está haciendo el servicio en Badajoz y, así, le guarda las ausencias. Dicen que Martina es la más guapa de Paredes, pero a mí me parece que su hermana Juanita, que es de mi edad, es mucho más guapa que ella. Yo ya me lo tengo bien pensado: en cuanto que cumpla los quince años, que los hago para San Blas, le voy a decir que si quiere ser mi novia.

Al chaval se le han puesto los ojos gerineldos y suspira un poquillo aguardando su mayoría de edad. El caminante, que en carne propia supo lo que son estas penas, sonrío, saca la petaca y ofrece.

—No, gracias; yo no fumo. Hasta que no cumpla quince años...

—Como quieras. Anda, vamos al bar a tomar algo.

—Tampoco bebo. Yo, hasta que no cumpla los quince...

El andariego piensa que el chaval va a estar muy ocupado cuando las cigüeñas acudan para el San Blas. Declararle su amor a una chavala, fumarse un pito, tomarse unas copas... Algo más tendrá que hacer. El caminante le envidia tanta y tan dulce labor, pues, aunque ya hace siete siglos que cumplió los quince, todavía se acuerda de tan gratas emociones.

Un bando de palomas se remonta sobre la cuesta de los Muertos; por los pagos del Sobraco, otra bandada de palomas redondea el medio día. En el alero de enfrente, el palomo robón infla el buche para encandilar a la zurita que le anda en la cerca.

—¿No vas a ver el museo de don Alejandro?

—No, hijo; ya lo vi la otra vez que anduve por aquí. ¿Tú sabes dónde se puede comer?

—¿De tenedor o de bocadillos?

El caminante dice que le da igual, que lo que pille más cerca y el chigüito, luego de dejarse los ojos en los portales de Martina, le acompaña hasta uno de los bares en donde se sirven comidas.

Está bullanguero el bar en donde entra el andorrero. El chaval se despidió en la acera, por aquello de sus quince años, y echó calle arriba arreándole patadas a una lata. El chigüito tiene toque de balón y, a la segunda, cuele el bote por la boca de una alcantarilla.

En el bar se han juntado los que se entretuvieron con las copas de antes de comer y aquéllos que comieron temprano y ahora acuden al café y a la copa de anís de la sobremesa. A lo mejor, no; a lo mejor es que la gente de Paredes de Nava es así de animadilla y llena los establecimientos del ramo a cualquier hora que se tercié. El bar, lustroso y con las mesas de plástico, tiene televisión y una gramola tragaperras; como también sirven comidas —ya se dijo—, cuatro camioneros se ponen morados de chuletillas de cordeo y vino tinto. Entre unas cosas y otras —camioneros, televisión, gramola tragaperras, mesas de plástico y resto de personal—, hay un escándalo de mucho cuidado; el caminante vuelve por sus pasos y sale a la calle a ver si encuentra otro sitio más propicio para la meditación y la calma.

—¿Y en la cantina de la estación?

—No, la cantina de la estación está bien para un apuro; a estas horas hay que buscar un sitio con más fundamento y menos paso.

En la acera de enfrente y cuatro o cinco casas más abajo, el andariego encuentra lo que anda buscando, una tabernilla oscura sin llegar a lóbrega y silente sin llegar a sepulcral que, sobre los cristales de la puerta de la calle y con letras gordas de albayalde, anuncia que hay caldo de cocido y chuletas de cordero pascual. El caminante no se lo piensa y pasa al interior.

La taberna es chica, tranquila y con las paredes adornadas con viejas estampas de calendarios caducos que lo mismo enseñan la apostura de una señorita rubia con la falda un poco corta que la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. El amo del local debe de ser un hombre liberal y ecléctico que lo mismo deja poner sobre sus paredes el viejo cartel de toros de alguna feria de San Antolín, que el que anuncia el encuentro de fútbol entre los equipos de Paredes de Nava F. C. y la Unión Deportiva de Villasabariego de Ucieza. Sobre las estanterías que respaldan el mostrador, como en lugar de mucho respeto, hay colgada una fotografía de madame Curie.

—Pero que conste que no es por nada de política. Es porque se parece mucho a mi tía Leocadia que el Señor tenga en su gloria.

El caldo de cocido está riquísimo; las chuletas del cordero, algo más que pascual, se dejan comer. El andariego se aplica a la pitanza y guarda un gastronómico silencio que sólo se rompe, de vez en vez, con el gorgoteo del vino que se sirve o con el choque de la cuchara en el fondo del plato. El tabernero, mano sobre mano y con cara de augur climatológico, escruta el cielo desde la ventana.

La taberna se oscurece. Una nubecilla que no hay quien sepa de dónde salió tapa la mancha de sol que se recreaba en las fachadas fronterizas; tiemblan los cristales bajo el achuchón del viento que se ha incorporado y una puerta trasera, que golpea como un cañón, solivianta al comensal.

—Ya se ha mangado.

—Sí, señor, dentro de un rato, jarreando.

El caminante tuerce el gesto. Aunque ya sabía que iba a llover porque así se lo había dicho Ciriano, tenía la esperanza de que la lluvia se retardara lo suficiente

como para que le diera tiempo de llegar a Becerril. Ahora comprende que no le queda más que aguantarse pues el cielo se encapota en menos de lo que tarda un cura loco en persignarse y el cierzo levantisco corre, de calle en calle, alzando remolinos de polvo y arrastrando las grandes hojas de los periódicos atrasados.

—En cuanto que pare el viento...

Y el viento se mueve tanto que, a la fuerza, se quedará rendido y sin más remedio que acostarse.

La lluvia va a durar toda la tarde. El caminante pide café y copa de anís para ver si se le levanta el ánimo, y el tabernero, que algo tendrá de labrador, está tan contento que le sirve la copa colmada.

No se ve ni cantar. Alguien, que hasta ahora no se advirtió, pide desde una mesa rinconera:

—Dilecto y lo suficientemente honrado patrón, ¿quiere usted hacerme el favor de prender las luces, que me estoy dejando los ojos en mis papeles?

La voz, entre melancólica y burlona, le suena a conocida al caminante que revuelve el café y, cuando el tabernero enciende, tuerce la cabeza para mirar a quien habló.

—¡Don Martín!

—Hola, hijo mío. ¿Qué haces, otra vez, con el morral a cuestras?

—Ya lo veis, señor, que lo mío no tiene arreglo.

Ni lo tuyo ni lo de nadie. Yo he llegado a la conclusión de que las cosas nunca se arreglan; lo que ocurre es que nos acostumbramos a convivir y a conmorir con ellas por muy estropeadas que estén. Y si no lo crees así, mírate en este espejo.

—¿En cuál, don Martín?

—¡Coño, en mí! ¿En cuál va a ser? Veo que andas mal de metáforas y reflejos.

—¿Qué os ocurre, señor?

—¿Que qué me ocurre? —don Martín suspira— Casi nada, hijo, casi nada...

Don Martín es un tipo alto y delgado, con crenchas hasta la espalda y pinta de pájaro burlón, que se hizo amigo del andariego una tarde en la que los dos andaban por los Cerros de Úbeda; más tarde, se encontraron en las Batuecas y, hace un par de años, en Palencia, cuando don Martín andaba de hortelano en el Cuérnago palentino. Esta tarde, con la voz moribunda y perdido el mirar, declama sus penúltimos achaques.

—Y cuando lo de la huerta iba tan bien que pensaba poner una granja, llegaron unos cómicos de la legua para actuar en el teatro. Con la primera dama y de putidoncella o algo así, venía una morenaza jaquetona y mermelada que dejome sin seso...

—¿Con equis o con ese?

—Ponlo como te dé la gana que, para el caso, es igual; pero no me interrumpas que cierro el pico y sigo con el soneto que estoy enjaretando.

—¿Por ventura sois poeta?

—Por ventura o desventura soilo, pero de los de antes, de los que en consonante rimaron y llevaban las cuentas a las sílabas, según el mandato de las musas y no como esta caterva de garladores sin tino que no distinguen una metátesis de una metonimia, que nunca supieron de premáticas gramaticales y que se echaron a emborronar papeles como quien se lía a hacer churros, buñuelos, porras o tejerín-gos, que de todas estas formas se nombra a los papajotes o frutas de sartén. Mal pelo nos corre, hijo, a los que buscamos la palabra precisa, el concepto deleitoso, el delicado decir.

—¿Y qué fue de la moza? ¿Os dijo que nones?

—Peor, hijo mío; que me dio los disgustos a pares.

—¿Y eso?

—Metióseme a poeta.

—¡Dios nos asista!

—Y de su santa mano no nos deje. Pues menester es que sepas, hijo mío, que mujer que escribe versos es el peor castigo que te puede acontecer. Mi llorado compadre, don Juan de Zabaleta, así lo expone en su epítome sobre «Los errores celebrados», donde con honestas palabras y acomodadas razones viene a decir que si en la poesía no hay sustancia y en el entendimiento de la mujer tampoco, si el oficio de la poesía es fingir y el ansia de la mujer es maquinarse, si la poesía es abundancia de palabras y la mujer es de habladora naturaleza, si todo esto es así y mucho más que añadirse pudiera, piénsese qué ocurre cuando mujer y poesía se juntan, que desgraciadas las orejas del mortal que tiene que soportar tamaña mezcolanza.

—Así que la mocita se puso a escribir versos...

—Y mucho más, que se tiñó de rubio y los versos eran surrealistas...

—¿Qué fue de ella?

—Por ahí anda, de verdugo de orejas y de inquisidor de ojos que la escuchan o la leen. En cuanto a mí, ya me ves; cada día más delgado y buscando el olvido en este pueblo donde paso la vida a tragos y leyendo a don Luis de Góngora para desintoxicarme de tanta oniroscopia, tanto automatismo y tanta farfolla como la muy indina me hizo tragar.

Don Martín suspira que parte el alma, se echa la melena hacia atrás y vuelve a su soneto. El caminante, que mudó de mesa para compartir con acomodo las palabras y el jarro de don Martín, sirve vino y calla para no distraer al escribiente que pelea, como es costumbre, con el terceto final de la escolástica composición.

Ya está lloviendo. La lluvia racheada deja correr sus chorros por tejado y paredes y hasta se cuele por el cristal de la ventana. El tabernero cierra los cuarterones y enciende otro par de bombillas para trajinar sin duelos ni tropezones entre las mesas y el mostrador.

—¿Y hasta cuándo por aquí?

—Hasta muerto o curado. ¿Y tú?

El caminante cuenta sus últimos caminos otoñales y se lamenta de que lluvias y diluvios de noviembre le estén retardando la andadura. Un gorrión que se desplaza en caída libre desde el tejado frontero, arranca el vuelo y traza, en el aire, una línea graciosa como un rayajo en el cuaderno de un chaval.

—Y lo malo, don Martín, es que con los parones que me impone la lluvia, me estoy quedando sin chapa.

Llueve con ganas; pocas quejas tendrán los labradores. Este año, la lluvia está cayendo muy repartida, a su tiempo y, parece, aunque sea raro, que está lloviendo a gusto de todos, menos del pardal que mal se guarece en el chopo pelón y del andariego a quien el agua sorprende sin un árbol que llevarse a la espalda. La tierra, que estos días atrás estaba más dura que el corazón de un tirano, se ha esponjado y, muy pronto, brotará de ella esa espumilla que casi no se ve del trigo que se advina y de la cebada que se barrunta. Los Campos Góticos se hacen nutricios bajo la arcada transitoria de la lluvia otoñal y encienden ojos y esperanzas, tanto, que hasta el viajero que está viendo que se va a tener que quedar a dormir en Paredes se nota contento, aunque, lo más fácil, sea porque se dio con don Martín.

—Por el dormir no te apures. Mí primo me prestó su casa y en ella hay camas de sobra. En cuanto a la cena, no te olvides de que, por mucho que se cene, siempre se levanta uno en ayunas.

Mientras hablan, don Martín, que acaba de perpetrar el soneto, está rompiendo por lo menudo el papel donde lo escribió, pone los papelillos en la palma de la mano, sopla y los echa a volar como una nevadilla de teatro.

—¿Qué hacéis, don Martín?

—¿Y qué quieres que haga, que me pinte de rubio y dé recitales en el ateneo? Los versos se escriben para esparcirlos por los aires y sólo los aprendan los mirlos y los jilgueros, la brisa que cimbre la copa de la olma y el espantalobos que tañe sus sonajas al filo de la cuneta. El poeta que guarda sus versos o, peor, si los da a la estampa, no merece tan claro nombre. Los versos son para el río, para la mozueta de buen catar que canturrea en el lavadero, para la niña que estrena amores y para las campanas del atardecer.

—Pero don Jorge Manrique...

—Don Jorge Manrique no publicó sus versos, que se los publicaron, cuando ya estaba muerto y no podía protestar del desaguizado... ¿Tú sabías que a don Jorge le gustaba el vino?

—¿Y a quién no?

—A la moza de quien te hablé, que sólo bebía cubalibre y gintonic —replica don Martín poniendo cara de asco.

Al hilo del tiempo, tres o cuatro hombres entraron en la taberna. De pinta calma y sosegada, se repartieron por ella y lentos como un canto de maitines bebieron vaso tras vaso y sin armar ese cirio que se organiza en otros bares. Sabidores y reposados hablan de sus cosas, que son las de todos los que por la meseta se mueven; de cuando en cuando callan para escuchar el rumor de la lluvia. El caminante quisiera guardarse este silencio para cuando falte.

—¿Y qué me decís del gobierno, don Martín?

—Traten otros del gobierno del mundo y sus monarquías, que dijera don Luis de Góngora que en paz descansa.

Al oscurecer, don Martín y el viajero se hartan de la taberna, nunca de su género, pagan lo que se les pide y, huyendo de la que cae, se refugian en el bar de la bu-

llanga. Toman un vino, por compromiso y de paso, y buscan un bar más apacible en los atrases de la plaza, pero, como también tiene televisión y radiogramola, no les convence y siguen su peregrinación.

Así recorren cuantos establecimientos del ramo se abren en el lugar, y el boquerón en vinagre, la rajita de chorizo, la berenjena en conserva y las almendrillas tostadas que acompañan al clarete les van sirviendo de cena y postre. La conversación les enciende la lengua y pone lumbrecillas de encanto en el ánimo de los dos amigos.

—¿Cómo andamos de dineros?

—Mal, hijo mío, que el andar bien de dineros es una falta de educación.

Los guardias municipales de Paredes de Nava son unos guardias municipales muy razonables y respetuosos, como el caminante pudo comprobar la última vez que cayó por este pueblo; llevan los botones del uniforme frotados con limpiametales y los correaes relucientes; los guardias municipales de Paredes de Nava son muy amables y muy apersonados. Pero esta noche, la pareja que hace la ronda y entra en la tasca en donde don Martín y el viajero recalaron tuerce el gesto al ver a los dos compadres apontocados en el mostrador y cantando a dos voces «Las coplas del Provincial» mientras estiban un pedazo de queso regado con prodigalidad.

Los guardias se les acercan y les piden los papeles.

El carnet de identidad del viajero, años y caducidades aparte, se conserva bastante bien; el de don Martín —que se le quedó en el bolsillo de la camisa una vez que la echaron a lavar— es un puro pingajo. De todas formas, ambos papelorios satisfacen a la autoridad concejil, que lo único que hace es conminarles a que se larguen de allí con viento fresco.

—Señores agentes de la autoridad municipal o edilica, esperamos de su reconocida bondad que, al menos, nos dejen dar fin a lo que nos sirvieron y puntualmente pagamos, pues no están los tiempos para derrochar.

—Pues menos coñas y daos prisa si no queréis pernoctar en el cuartelillo.

Sigue lloviendo. La calle es puerto de mar. Zozobran en ella las luces amarillas que en los charcos rielan. Don Martín y el andariego, brincando para no empozarse, un tanto vacilones y tropezadores, buscan la casa del primo de don Martín que la noche se tragó.

—Ahora, no sé por dónde está.

—Le preguntamos a un guardia.

—Déjate de guardias y tengamos la fiesta en paz.

La casa aparece en una calleja sin nombre que el viajero, ni a posta, podría recordar; la noche a manta, el agua a raudales y el vino a pozos oscurecieron, para siempre, la memoria y las otras potencias del alma. Es un caserón de dos plantas, de tres, si se le cuenta el altillo, con balcones de rejería volada y canalones en buen uso. Las camas están arriba; las escaleras pinas, de mamperlán de madera y de arambol de lo mismo se suben como Dios lo da a entender. Ciegos se dan las buenas noches y, a palpas, el caminante encuentra la cama que le tocó, de descomunal anchura, tras colchones sobre el nivel del mar y baldaquino, y, a brincos, se encima en ella.

A don Jorge Manrique, cuando se quedaba dormido, le besaban las damas calentorras. Al andariego, no; al andariego hace ya mucho tiempo que no le besa nadie. En esto de los besos, como en todo, siempre hubo pobres y ricos.

Cuando el solecillo, caricioso y retozón, le pasea por el rostro e, insistentemente, le despierta, el andorrero se descuelga de las alturas donde pasó la noche y, al llegar al baldosín que está más frío que una llave, se viste con prisas, se medio lava con más, sale al pasillo y busca a don Martín que, en la cocina de la planta baja, está preparando media cántara de café.

—¡Qué bien huele!

—Es que lo hago a lo antiguo, en recipiente de barro y, cuando da el primer hervor, le meto un tizoncillo de la lumbre para darle punto y sustancia.

A GRIJOTA, EMPAPADO Y MEDIO MUERTO

Tres tazones se toma cada uno mientras charlan y mordisquean unos almendrados de Villarsirga que, duros y todo, todavía se dejan comer.

—A ver si llego hoy a Palencia.

—Mucha trota es ésa; ten cuidado y no te desgracies. Quédate en Becerril, que hay fonda y buenas chavalas.

Con el cuarto tazón, encienden el primero del día. Se está tan bien al amor de la hornacha, el café sabe tan rico y el humo del tabaco huele tan dulce que todo ello y el placer de la compañía embota los talones del caminante. La mañana, tras el cristal que la lluvia limpió, luce como una recién casada. Las nubes volvieron a irse, aunque no se sepa por cuanto tiempo, y la montera gótica de la iglesia de Santa Eulalia relumbra en sus azulejos de colorines.

—¿Cómo estáis, don Martín?

—Por las mañanas, no estoy mal; el trajín de la casa me entretiene. Cuando me amustio es después de comer, no sé si es porque hago mal las digestiones.

La cocina es espaciosa, con chimenea de campana de amplio vuelo y un ventanal sobre la calle estrecha cuyo nombre jamás se supo. Platos, cazuelas, ollas y sartenes relucen en los vasares, el suelo de rojo baldosín maltratado por el tiempo

también brilla; se ve que don Martín, que ahora friega los cacharros del desayuno, está muy bien enseñado. Don Martín, inevitablemente, suspira.

—Don Martín, todos hicimos surrealismo alguna vez...

—Pero no nos teñíamos la melena...

El viajero se levanta, se cuelga el morral y empuña la cachava. Da la última trompada al cigarro y se despide. Don Martín le abraza.

—Adiós, hijo mío, que Dios te acompañe y preserve. Acuéstate temprano, que es cosa de personas decentes, no bebas más de lo que pagar pudieres y apártate de las mujeres malas. Mas si te topares con un buen ligue, aprovéchalo y no hagas el bobo como yo lo hice.

—¡Adiós, don Martín!

El caminante marcha con prisas; la mañana pasó sin sentir y trajo un cielo limpio donde el sol finge un entusiasmo que no siente y las palomas emocionan con su vuelo. Por los rumbos del paisaje —norte, sur, este y oeste— no se ve un alma. Ya lo dijo fray Luis, «grande y vacía España», que decía las cosas muy puestas en razón, por eso lo meterían en la cárcel. Por las dimensiones de los Campos Góticos —alto, ancho y largo— no hay más cristiano que el andariego que achucha en la suave costanilla de la carretera.

Entre Paredes y Becerril, el andorrero se da a sus pensamientos, como otros se dan al tute subastado, al toque de la bandurria o a perseguir chavalas por los prados. Don Iñigo López de Mendoza, señor de Hita y de Buitrago, que nació por estos llanos, se dedicaba al tercero de los deportes mentados, pero no debía de estar muy entrenado ya que, de cada siete, se le escapaban seis; luego, después de darse la carrera en balde, se sentaba a escribir versos. Cada uno se consuela como buenamente puede.

Las nubes que pueden traer la lluvia de esta tarde están empezando a tontear por ahí arriba. Ahora mismo son nada más que tres; una que recuerda a una señorita

con la boca abierta, otra que parece un lagarto sin cola y otra que no se parece a nada o es que al andariego se le acabó la imaginación. Estas nubes no tapanán el sol que, ahora, va por otros caminos; estas nubes, la verdad sea dicha, no sirven para nada. La naturaleza es así de pródiga y manirrota.

El caminante, que lleva mucho andado por estos y otros lugares de la patria, no se acaba de acostumbrar a estas soledades. No es que diga que, por las otras partes por donde anduvo, se encontrase con un gentío, pero despoblado como éste nunca lo vio, tampoco quiso a ninguno tanto como a este quiere, aunque sienta sus rubores al decirlo.

Unos chopos empiezan a mostrarse a mano derecha y una bandada de cuervos a contramano. El andariego se acuerda del Cantar del Mío Cid donde se dice lo de la corneja que augura, al alzar su vuelo a mano diestra, toda suerte de felicidades; si lo alzara por el otro lado, otra cosa auguraría, como parecen hacer los cuervos que, ahora, revolotean a mano zocata.

Claro que el cuervo, piensa el viajero, no es la corneja, pero uno y otra deben de ser parientes cercanos y esto inquieta al caminante por la suerte que, en sus andares, se pudiere encontrar.

No es que el caminante sea muy supersticioso. Quitando lo de la sal derramada, las tijeras en cruz, el golpe en el codo izquierdo, el sombrero sobre la cama, el paraguas abierto, los tres curas juntos, el trece de cada mes, el espejo que se rompe, la silla que da vueltas, el monigote de escayola, el tintero que se vuelca, el bizco que te mira, la puta ventanera y seis o siete cosas más, el caminante no cree ni en sortilegios ni en brujerías, aunque las otras cosas que van por el mismo estilo que las que se nombraron —el perro que aúlla en la noche, el salir de casa con el pie izquierdo, el gato negro, el abejorro que zumba en el cristal, la culebra que cruza el camino, el niño cabezón, la raya que se pisa, el cojo que pide lumbre, el martes de cada semana, el entierro que pasa y el horóscopo que publican los periódicos— tampoco le dejan muy tranquilo.

—¿Y eso de que te mire una preñada?

—No, eso no me importa; se ve que estoy tan falto de miradas de mujer que no me importa que las que me miren sean horras o preñadas. Además, pienso que la mirada de una madre en ciernes está llena de abejas mojadas de sol y que conserva, casi siempre, el alegrón de aquel buen rato.

No; el caminante no es muy supersticioso, pero, por si acaso, procura olvidarse de los grajos que a su izquierda siguen y aprieta el paso para dejárselos a la zaga.

Ya queda cerca Becerril de Campos. Los huertecillos de su contorno lo anunciarían si en otro tiempo se estuviera y si ese menester de anunciaciones no le correspondiese a las torres de las iglesias que no se nombran para no cansar; rumorea el canal en sus cercanías y lozano se enseña el caserío que se reparte, casi mitad por mitad, entre el adobe popular y la piedra nobiliaria, las casas de trazado campesino y las casonas hidalgas con escudones en la portalada.

A Becerril de Campos se fueron los cortesanos que andaban con Felipe III, en Valladolid, cuando se desató la peste en la ciudad coronada por el capricho y el lucro del duque de Lerma. Ahora no quedan cortesanos en Becerril, pero la cortesanía y el buen trato, los buenos modales y el agrado, se les pegaron a los naturales y así son ellos de llevaderos y corteses. Becerril es pueblo grande, para lo que por aquí se usa; sus calles, anchas o estrechas, están limpias y espaciosa es su plaza mayor con soportales de columnas caedizas.

El caminante tiene un amigo que se llama Ramón y que es de aquí, aunque hace una pila de años que vive en la capital. Ramón estuvo en la guerra y, cuando se pasa de copas, se lía a contar lo de la batalla del Ebro; cuando, todavía, no está pasado, de lo que habla es de su viaje a Lourdes, en donde se lo pasó algo mejor.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

—Pues no mucho, pero Ramón es que es así.

A la derecha del andariego, entre la carretera y el canal, unos chopos pelados como reclutas negrean contra el cielo; si fuera un poco antes, sólo quince o veinte días antes, quizá menos, estos chopos pelones, más que quintos, parecerían gene-

rales llenos de fanfarrones entorchados y escandalosas charreteras; también serían cingulos de oro, torres doradas, trompetazos amarillos, candelabros de cobre bien bruñido, cirios de perfumado olor, escolanía de jilgueros o cualquier otro decir, más o menos afortunado, de esos que se inventan los poetas cuando están en trance de comparaciones. Ahora no; ahora, toda esa fila de chopos desnutridos lo único que parece es lo que es, unos pobreticos arbolillos pelados y huérfanos del trino del colorín y el pardal.

Don Pascual Madoz, en su Diccionario famoso, ya se entretuvo hablando de estos chopos con su prosa más galana y su cuidada sintaxis.

—¿A usted le importa mucho la sintaxis?

—Sí, señor, más de lo que usted se figura; que el hablar bien y por lo claro no ocupa lugar y es fuente de alabanzas y parabienes de los que uno anda tan escaso.

Los grajos siguen ahí, a mano izquierda; son unos grajos escandalosos de los que no se ocupó don Pascual Madoz ni, tampoco, el patriota, afrancesado, liberal y luego realista don Sebastián Miñano que, por cierto, era natural de Becerril de Campos y que, hombre dado a las geografías, escribió otro Diccionario Geográfico y Estadístico que, adulón y pelotillero, dedicó a Fernando VII llamándole, nada menos, que «ídolo de su pueblo». Al caminante le da por pensar que Fernando VII por aquellas fechas de 1826 estaría tan ocupado en ahorcar liberales que no tendría tiempo para leer el libro que don Sebastián le dedicó.

—¿Usted cree?

—Ahí esta la historia que no me dejaría mentir.

El andariego, de espaldas al aire y sobre la cuneta conveniente, hace un pipí más abundante de lo que se esperaba. Se ve que los cafés que se enchiscó esta mañana dieron mucho de sí y la meada le sale tan larga que apenas si tiene tiempo de abotonarse la portañuela antes de que una señora que viene de cara, a mujeriegas sobre una mansa borriquilla, le vea y le pueda llamar algo.

—Buenos días, buen hombre.

—Buenos días, señora, vaya usted con Dios.

Gentil está la luz que se apueblera al tocar las fachadas, blancas o morenas, de Becerril de Campos; al columpiarse en los balcones, jugar en el caño de la fuente y romperse en sus siete colores: rojo para el enfado, anaranjado para el amor, amarillo para la ausencia, verde para la esperanza, azul para el manto de Nuestra Señora, añil para la lavandera y violeta para la viudita del conde Laurel.

—¿No hay más?

—Haber sí que hay; pero ahora no es cosa de ponerse a contarlos.

Los niños de la escuela están cantando la tabla de multiplicar; las horas de clase van de vencidas y el maestro, para darse un descansillo, les ha puesto a chillar, que es menester facilón y sin muchos problemas. Las niñas de la otra escuela no cantan; la maestra, que está de mala uva porque se le ha escapado un punto de las medias recién puestas, les ha puesto un ejercicio de redacción sobre el Imperio de los Reyes Católicos que las trae a mal traer.

—¿La maestra está soltera?

—¡Qué va! Está casada con el practicante; lo de la mala uva es de su natural.

El herrero dio de mano y el sacristán se fue a comer. Callan el yunque y la campana y no suena más metal que el de los almireces en las cocinas y el de la lata de tomates vacía que alguien pateó. También suenan los bocinazos de un camión al que se le ha disparado el pito y los pecados que suelta el camionero que intenta reparar el estrago.

Huele a sopas de cocido, a pan caliente, a resol sobre el adobe. La leche recién ordeñada también huele muy bien y la paja que se quema en la trébede y la gotita de colonia que se puso la muchacha en el pañuelo. También huele a otras cosas, pero para qué lo vamos a estropear.

—Sí; tiene usted razón.

El andariego ha oído decir —pero a lo mejor no oyó muy bien— que en Becerril no hay pinturas del anónimo Maestro de Becerril; que para ver sus cuadros hay que irse a la catedral de Málaga.

—Déjelo usted. Málaga queda muy a trasmano. Si le parece, mejor nos tomamos cualquier cosa en el bar de Agricio.

—Como usted mande.

El bar de Agricio está como siempre; con su amo que no da abasto; con sus clientes, parroquianos y amigos; con su blanco y su clarete, su chorizo de pueblo, sus boqueroncetes en vinagre y la radio desenchufada. Sobre su estufa grandona, de hierro y tubo acodado, hay un cacharro con agua y hojas de eucalipto para que no se resequen las gargantas.

Las dos o tres nubecillas de esta mañana se han ido juntando con otras pocas que el cierzo acarreó; el cielo está queriendo encapotarse y se frunce en las malas intenciones que tuvo ayer y antesdeayer.

—No sé porqué habla usted de malas intenciones. Está haciendo lo que tiene que hacer y, lo normal, es que esto siga. Ahora bien, si usted es tan sinsustancia como para echarse a andar por los caminos, la culpa es suya y con su pan se lo coma.

—Bueno, no se enfade. ¿Toma un vasito?

—Venga para acá y hablemos de otra cosa.

—A un servidor le gustaría hablar del mirlillo doncel que hace el tenorio y de la abeja reina desposada; de la pájara verde sentadita en el verde limón y de la muchachita que se lavó la cara con jabón de olor; de la esperanza en la buena cosecha y de los pañales que se olean en el tendedero; de la niña que estrenó vestidillo y novio y de la nieve que es como una enorme paloma; de la lluvia que se hace sonajero en los vidrios y de los ojos grandes de las pacíficas mulas. Ya ve usted,

a un servidor le gustaría hablar de estas cosas, pero se las tiene que callar y decir, en cambio, que la balanza de pagos se ha compensado y que este año han venido muchos turistas...

—¿Y qué tiene usted en contra de los turistas?

—¿Yo? Nada; al contrario; hay algunas que están muy buenas. Lo que le andaba diciendo es que, a uno lo que le gusta es hablar de las niñas que bordan a punto de cruz, de los ojos alucinados del bestiaje, del trigo que se almacena en el silo...

—¿Y le echa la culpa al Servicio Nacional del Trigo?

—No, señor, yo no le echo la culpa a nadie...

El viajero se calla; el viajero se da cuenta de que, esta mañana, no acierta con las palabras justas para mantener una conversación en paz y que lo mejor es quitarse de en medio.

El viajero calla y mira, a través de la ventana, cómo, sentada en un banzo, una niña acuna su muñeca.

Es una niña preciosa, de dos o tres añitos, que ya tiene en los ojos el candileo de la ternura maternal; la muñeca es una muñeca rubia, de gomaespuma, que habrá costado lo suyo. De repente, la niña se enfada, agarra a la «pepona» de las patas y le arrea un tarantantán que le arranca la cabeza.

—¡Vaya un temperamento!

El caminante se come una ración bien medida de lentejas con chorizo. Postre no toma; eso del postre, si es de dulce, le parece galguería y, si es fruta, cosa de poca sustancia. Café sí toma. Luego, se cuelga el morral y se va a la calle.

—Que va a llover...

—A lo mejor, no; a lo mejor, puedo llegar a Grijota.

De Becerril a Grijota hay legua y media. Entre ellos está Villaumbrales, pueblo más chico que los dos mentados y por el que se piensa pasar de largo, ya que en él no hay nada que merezca la pena. Claro que, también, puede ser que la gente no dé importancia a las cosas que está viendo todos los días, como les pasa a los de Segovia con el acueducto, al que no hacían ni caso hasta que no se percataron de lo mucho que les gusta a los forasteros.

—También hizo lo suyo el marqués de Lozoya...

—Sí; también.

El cielo es un motín de nubes sucias; el viento se echó y el caminante tiembla por sus cueros. A la mitad del camino, empiezan a caer los goterones que retumban contra el asfalto. El andariego sigue su andar, la lluvia cae a manta, en todo lo que se ve no hay chozo, arbolillo o tapial donde ampararse; el cigarrillo que fumaba el viajero se deshace en aguas.

A la mitad de la cuesta, el caminante va sin resuello y hecho una sopa; el agua que le empapó la boina le chorrea cara abajo, los pies los lleva encharcados a costa del charco que no se vio y el macuto suelta agua como un canalón roto. Los dos coches que pasaron hacia la capital no atendieron a las señales del naufrago; los tres que pasaron en dirección contraria, tampoco.

El andariego, echando el bofe, corona la cuestecilla, cruza el puente que se estrecha sobre el canal y corre hacia Villaumbrales, que ya está a un paso.

Villaumbrales es un mar, sus eras, el océano. El caminante, que nunca paró en este pueblo, se desorienta y corre por una calle lagunera buscando la caritativa presencia de un portal entreabierto que le ponga a salvo. Desmandado, entra en el bar.

—¡Tenga usted cuidado, buen hombre, que me va a poner todo perdido!

—Más perdido voy yo, señora, y no digo nada.

El viajero suelta el morral en un rincón, sacude la boina, se quita el zamarro, escurre los pantalones, se saca los botos y se despoja de los calcetines.

—¡A ver si se va a quedar en porreta! —gruñe la tabernera.

—No se preocupe, nostrama, que ya no me quito más. Haga usted el favor de ponerme un café largo y bien caliente.

—No hay café; si quiere una fanta...

Unos hombres que están allí matando el tiempo miran con lástima y simpatía al caminante, y un mozallón, que con ellos está, invita:

—Vente al amor de la estufa.

El mozo hace sitio al andorrero, le ayuda a colocar sus apechusques junto al calor, para que se le vayan secando y atiza la estufa. El viajero mira por la ventana; el agua que cae es un telón que no deja ver el paisaje pueblero ni el que, más allá, se hace rural y humea desvaneciéndose entre esta lluvia nunca vista. El horizonte se cerró con los ferruginosos grises húmedos que borran los contornos del mundo.

—Mal tiempo corre —comenta uno de los hombres— para andar buscándose la vida por estos caminos.

—¿Vienes de muy largo?

—De Galicia vengo...

Antaño, venían muchos de allí, para el agosto mayormente. Ahora, con esto de las máquinas, a saber cómo se ganarán el pan.

El andariego rompe a tiritar. El andorrero pega cada tiritón que le desmanguilla los huesos. El agua que le caló carnes y pieles se le ha adentrado en los tuétanos y le está dando unas tembladeras de muerte. Ni la estufa que está a todo lo que da ni la copa de orujo que le dejó el gañote en carne viva le sirven para nada. El andorrero supone que la tiritera, más que de frío, sea de calentura; como no sabe tomarse el pulso, se queda sin saberlo. La habitación le da vueltas ante los ojos nublados, la quijada de abajo la tiene floja con tanto castañeteo. El mozo caritativo que de él se ocupó le dice:

—A ver si te vas a poner malo.

—Pues aquí no lo podemos tener —medio chilla la tabernera.

—Calla, mujer, que nadie te ha preguntado.

Los tres paisanos dejan la conversación y observan al caminante, que a cada minuto que pasa se siente peor, el temblor que tiene le zarandea pies y manos. Si las señas no fallan, debe de tener un calenturón de cuarenta para arriba; le duele cada pedacillo de su cuerpo, por dentro y por fuera, la nariz no le sirve para nada, los ojos le hacen chiribitas, las orejas le arden, se le helaron los pies, el tabaco no le sabe; ni fuerzas tiene para preguntar:

—¿Hay médico?

—En Grijota —dice el mozo—. Cerca está, pero no sé cómo ibas a llegar, aunque escampara...

—Pues vosotros veréis lo que hacéis, que yo no me hago cargo —reniega la mujer.

—¡Cállate, leche, que contigo no va nada!

El andariego no escucha lo que dicen; el andariego está medio traspuesto, derribado en la silla, sin ganas de pensar ni de vivir; ahora, también le duele la cabeza y no se entera de lo que los hombres cuchichean arbitrando el modo de acercarle a Grijota.

—Si te animas, ahora mismo te llevo en el tractor.

—Como se diga...

El mozo sale a buscar la máquina, los otros ayudan a recoger los bártulos y a poner en pie al caminante, lo abrigan y lo acercan a la puerta del bar. Cuando el mozo llega petardeando con el tractor, suben al viajero al volquete, lo tapan con unos sacos y, por encima, le echan una lona. El viajero, medio muerto, se deja

hacer; la lluvia no para, arrecia; la tabernera no hace ni caso, los hombres vuelven al cobijo de la taberna y el tractor, brincando sobre el empedrado, sale de Villaumbrales, el mozo conduciendo, el caminante tirando en la parte de atrás.

—¿Vas bien?

El caminante contesta que bueno, que sí, que, para lo que le queda de vida, lo mismo le da el ir de una manera que de otra. El caminante, en su delirio, pide que el hoyo que le caven se lo pongan en lugar resguardadillo y cerca de la puerta del cementerio, por si hubiese apreturas el día de la resurrección de la carne.

—Hombre, tampoco vas tan malo.

Poco más de diez minutos tarda el tractor en llegar a la puerta de la casa del médico de Grijota, pero es tiempo suficiente para que la osamenta del andariego, ya bastante dolorida de por sí, llegue hecha un juego de dominó, cada fémur por su sitio y cada artejo por el suyo. El tractor, a pesar de su escasa velocidad, pegaba cada brinco que para sí lo quisiera el corzo más encelado. El paciente, bajo los sacos y la lona con que lo cubrieron, no se mojó más de lo que estaba y, ayudado por el mozo, entra en la sala baja donde el médico tiene la consulta.

—Esto no es nada, hombre, esto no es nada —dice el médico después de palpar y auscultar—. Un resfriadillo y unas decimillas de poca monta. Tómese usted un par de aspirinas con un vaso de leche bien caliente y métase en la cama a sudar. Mañana está nuevo.

El viajero sonríe, el mozo, también.

El mozo se llama Tirso; Tirso García Espejel y no es de Villaumbrales, sino de Villatoquite; lo que pasa es que, haciendo el agosto, conoció a una chavala de Becerril de Campos, que le gusta más que comer con los dedos, y, tirando para la querencia, se fue a vivir lo más cerca que pudo del pueblo de la chigüita.

Ya lleva más de medio año hablando con ella, los padres lo saben, y los novios acarician el proyecto de que el año que viene, para San Antolín, se pasarán por la

iglesia y aprovecharán su viaje de novios a la capital para ver torear a Marcos de Celis, que no es por nada, pero es el torero de postín que mejor se ciñe en las medias verónicas belmontinas. El verano pasado, el Tirso, con otros aficionados de la capital y de la provincia, sacaron un autobús de cincuenta plazas para acercarse a Madrid, donde se presentaba su paisano, con tan mala suerte que, de noche y en lo alto del puerto, se destruyó el «chicle» de alta y cuando más frío estaba el madrugón.

—Y ya ves —cuenta el Tirso—, que nos bajamos todos y el conductor se puso a arreglar aquello mientras que Teófanes, el de las barajas, que es un muchacho muy servicial, pero medio bobo, le alumbraba con el mechero. El conductor sacó el chisme, le sopló, que es lo que hay que hacer, y, en tanto que colocaba las cosas que había desmontado, se lo dio al Teófanes que, como no entiende, lo tiró entre unas matas pensándose que aquello era un cacho de hierro que no servía para nada. ¡Dios, la que se mangó! Si no sujetan al Casiano, el chófer, el Teófanes estaría ahora criando malvas. Y allí nos tienes, a todos los de la expedición, buscando el cacharrito ése, a rastrapanza y plena noche, que aquello parecía una película de indios. Total, que entre unas cosas y otras, se nos hizo tan tarde que nos quedamos sin ver al paisano que, según dijo el periódico, quedó como Dios...

—Sí, es verdad. Aquella tarde estuve yo en las Ventas —dice el viajero que, tras el favorable diagnóstico está menos aprensivo— y Marcos estuvo un rato bien. Yo ya estaba pidiendo la oreja y todavía andaban en el tercio de quites.

—Es que un paisano es siempre un paisano y hay que hacer por él todo lo que se pueda.

El Tirso y el caminante, ya por su pie, se acercan al bar que hay en la plaza.

—Hola, Gaudencio.

—Hola, Tirso. ¿Qué te trae por aquí?

—Este amigo, que viene un poco malo y necesita acostarse. Yo me he acordado de que tú, algunas veces, alquilas y aquí te lo traigo.

El Tirso pide un vino, el andariego pide el vaso de leche que le han recetado, abre el morral, saca un tubo de aspirinas y se machaca tres pastillas de golpe, las empuja con la leche hirviendo y, para quitarse el mal gusto, se toma una copa de coñac. El Tirso le mira como queriendo preguntar algo y, al ratillo, se arranca:

—¿Tienes para pagar la cama?

—Sí, hombre, no te preocupes...

—Es que, si no, a mí siempre me sobran veinte duros para lo que sea...

El corazón del viajero parece una esponjilla que, apretada, está a punto de soltar su agüilla por los ojos y se dice que nunca en todas sus andaduras se topó con un tío como este Tirso de Villatoquite, tan lleno de bondad, tan rebosante de buena ley. Se apena el viajero y se fastidia porque esta vida sea tan corta, tan azacaneada, tan así que no permite hacer una amistad cotidiana con este mozo tractorista y colmado de buena voluntad.

Si el caminante pudiera, se quedaría una temporada en Villaumbrales para que cada tarde, al acabar la faena de cada uno, Tirso y él se juntaran en el bar, pero en el otro, porque la dueña de la tasca donde estuvo le cayó un poco gorda, y contarse sus cosas y hablar de lo que fuese; de lo bien que torea Marcos de Celis, de lo bien que canta la masa coral de Carrión, del gurriato saltarín o de la caja de cambios del tractor. Irse conociendo poco a poco, adivinándose gustos y aficiones, presentándose amigos y vinos aparentes y, a lo mejor, con una chispilla de suerte, hasta pudiera ser que el viajero sacara de pila a cualquiera de los tres o cuatro chicos que tendrá el Tirso cuando se case.

Pero no habrá lugar para ello. La vida, la acuciante y trabajada vida, es como es y lo único que Tirso y el viajero harán será eso de cambiarse nombres y direcciones, de decirse «hasta más ver» y «a ver si vuelves por aquí», todo eso que no vale para nada.

La señora de Gaudencio asoma la cabeza y dice que la habitación ya está preparada, que ha puesto dos mantas en la cama y que si hacen falta más, pues eso, que se pidan, que, por mantas y en Palencia, no va a quedar; que también ha metido,

entre las sábanas, un ladrillo que calentó a la lumbré. Como las aspirinas, la leche y el coñac están empezando a cocer y a hacer su efecto, el andariego se despide y se sube a acostar, aunque es pronto y no ha cenado.

En la calle sigue cayendo el agua como si Dios no supiera qué hacer con ella.

Ya, bajo las mantas y sobre el colchón, el viajero empieza a sudar y a entredormirse; del bar le llegan el rumor de las conversaciones, el tintineo de la cristalería, la canción del aceite que se fríe en la cocina y, de la calle, el ladrar de un perro espantadizo que se asusta del tumulto que organiza el tractor de Tírso, la campana que toca las ánimas y la voz de la madre que se desgañita llamando al crío que chapotea en el arroyo.

Al andariego le habían dicho que, en Villaumbrales, no había nada de mayor importancia. La verdad es que la gente no sabe lo que dice, allá ellos; el viajero piensa y jura que siempre es importante conocer a un hombre como Tírso —y a algunos más que como él haya— y fumarse juntos un cigarro, hablando de sus sueños y de sus quehaceres.

EN PALENCIA

El cigarrillo que, sin salir de la cama, se fuma el andariego le hace saber que su cuerpo funciona todavía. El frío del agua de la jofaina es placentero a la piel que se pasó la noche sudando y el caminante se remoja cuanto puede, se afeita, se cambia de muda y se mira al espejo. Desde la planta baja le llega el aroma de café bien cargado.

—¿Qué tal se pasó la noche?

—De un tirón.

Grijota viene a decir iglesia alta, desde el bajo latín y a fuerza de siglos y de malas pronunciaciões. Es pueblo que andará por las mil almas, el doble de las que pueda tener Villaumbrales, cosa que no se dijo porque no hubo lugar ni tiempo para ello. Como pueblo terracampino, Grijota, amén de un par de telares artesanos, tiene la industria que del trival proviene, ahora muy disminuida y antes, según se leyó alguna vez, tan copiosa que sólo en el ruedo pueblerino se llegaron a contar setenta y tantas panaderías. También se leyó que en su iglesia parroquial, grande como todas las de estos llanos, se guardan algunas tallas de Salcillo.

—Hoy no se mojará, que mañanitas de niebla, tardes de paseo.

El caminante, que echó el cálculo de los pasos que ha de dar para acercarse a Palencia, ve que no tiene prisa y, mientras que se levanta o no la niebla, se toma otro café y se enreda en la conversaci6n.

—¿Y qué hay por aquí?

—Poca cosa y más nos vale, que cuando no hay nada que contar es porque no pasa nada malo; bueno, tampoco, pero como estamos acostumbrados a que lo bueno nunca ocurra, nos conformamos con seguir haciendo de supervivientes hasta que Dios se acuerde de nosotros.

—Cuanto más tarde, mejor.

—A mí me da igual; yo llevo mucho visto y poco bueno.

El hombre es un pesimista, de éstos que cuentan por botellas medio vacías, cuando lo mismo podrían contar por botellas medio llenas; un hombre desencantado, de los que no guardan un duro por temor a perderlo.

—Ahora, todo anda manga por hombro; hasta el tiempo anda desconcertado. Yo digo que será por lo de la atómica. ¿Usted qué piensa de la atómica?

—Yo, en esas cosas, prefiero no pensar.

El caminante va por el tercer café y el quinto cigarrillo. La niebla se despegó del cristal y deja ver un poco más de lo que antes dejaba. La niebla se está haciendo vedijas, ramalacillos de nube con los que juega esta luz de puntas frías.

El reloj despertador, que campea sobre las estanterías de las botellas de marca que hay detrás del mostrador, señala las doce y media.

—Va un poco atrasado, pero a Palencia llega usted a comer.

El andariego se echa al camino. Por pensar, piensa en que tuvo, en sus tiempos y en la Sierra de Segura, en la provincia de Jaén, un bisabuelo que mataba los lobos a bocados. El viajero nunca se creyó tal cosa y, si ahora la cuenta, es porque a él se la contaron y el que se lo quiera creer que se lo crea. También tuvo, en donde antes se dijo, otro bisabuelo que anduvo de contrabandista, cosa más fácil de creer. Los otros bisabuelos del caminante fueron de por aquí, uno de Astudillo

y otro de Guardo: al primero le gustaba el vino a rabiarse y el segundo fue pastor y sobrio. El andariego se muestra conforme y hasta contento con su genealogía interprovincial, pero como ahora no es cosa de mentar a la familia, que cada cual tiene la suya, se entretiene en contemplar lo bonito que hacen esos mechones de niebla que se olvidaron entre las ramas de los árboles que crecen junto al Carrión.

El río Carrión, cuando era pequeñito y hablaba latín, se nombraba Nubis, tal vez por esas nieblas que se forman en su valle. Al viajero le han contado que, el año que vino al mundo, el Carrión se heló y la gente lo pasaba a pie enjuto. El Carrión es sonoro y palentino; tres puentes le reverencian a su paso por la capital y una escolanía de chopos canta romances en su honor. Si Garcilaso llamó sagrado al Tormes, el caminante, además de sonoro, llama ilustre al Carrión, por sus condes, sus rabinos y por las lavanderas en flor que le alegran las orillas. Y porque le da la gana, qué coño.

Siete estrellas orlan el escudo de Palencia; al de Madrid, también. Dicen que las ciudades que tienen río llevan estrellas en su escudo; muchas estrellas son para ríos tan chicos como son el Carrión y el Manzanares, tan entrañables, también. Lo más fácil es que todo esto de las estrellas y los ríos sea un cuento que el viajero no sabe dilucidar porque de heráldicas y numismáticas, así como de navegaciones y derecho administrativo, no sabe ni palabra. El caminante, cuando está a punto de entrar en Palencia, sólo sabe que lleva las tripas hechas un fuelle, ya que, si el café conforta y hasta crea dependencia, alimentar, lo que se dice alimentar, alimenta muy poco.

El día se ha abierto de par en par; una vez más acertó la paremiología. El viajero se echa a silbar ya que, por ahora, no hay jilgueros que le hagan la competencia. El viajero desafina, pero lo hace con tan buena intención, que se hace perdonar. El viajero está contento y piensa que el perfil de Palencia es como una frase bien construida a la que ponen signos de admiración las torres blancas y macizas de la catedral y de la iglesia de San Miguel.

El caminante entra en su pueblo por la carretera que lo traspasa de norte a sur. La ciudad se ha puesto el azul del cielo por montera, relumbran los cristales de los miradores, revolotean las zuritas del palomar que se levanta en los jardinillos de la

estación, el Cristo del Otero se recorta blanco en el azul. Un camión, como una casa, frena, entre chirridos, a dos pasos del viajero.

—¡Atontado, que vas como atontado!

El andariego se sube a la acera, espera que se le pase el susto y, como un príncipe de sangre que recibiese el homenaje de una ciudad liberada, entra en la calle Mayor.

Santa Teresa de Jesús, que también anduvo bastante de acá para allá, dice que la gente de Palencia está hecha de la mejor masa y más virtuosa que vio en su vida.

Don Luis de Góngora y Argote se entusiasmaba en verso con el reflejo del almenado San Miguel sobre las aguas tranquilas de la dársena palentina.

Ramón Gómez de la Serna, para alabar a la calle de Hortaleza madrileña, le viene a decir, más o menos, que se parece a la calle Mayor palentina.

Lo que Rafael Sánchez Ferlosio opina de este pueblo, mejor que decirlo, hay que leerlo en ese libro donde se cuentan las andanzas de Alfanhú.

Lo que, en su día, dijeran Don José Zorrilla y Don Miguel de Unamuno, no es cosa de repetirlo, porque de sobra es sabido.

La cartela que adorna el escudo de la ciudad dice que, en Palencia, armas y ciencia.

El andariego, por no cansar, no continúa aportando testimonios ilustres de los ilustres que cantaron a la ciudad de Palencia.

Sólo discrepa de este coro de alabanzas, el hermano del viajero, porque dice que, en Palencia, no hay tabernas tan abundantes de pinchos y morteruelo como las hay en Cuenca.

—Eso es que no miraría bien.

—Sí; eso es lo más fácil.

No hay mucha gente en la calle Mayor. El autobús que la recorre de punta a punta va medio vacío y con la excesiva velocidad que le pone el saber que, con tan poca gente en la calle, malo será que se lleve a alguien por delante. El quiosco de la bocaplaza se aburre, como se aburren los comercios cerrados, las carteleras de los cines y el guardia que regula el tráfico en los Cuatro Cantones.

La hora es de lo más adrede para andar despacioso por el largo soportal, parándose a leer las muestras de los comercios, las portadas de los libros que se enseñan en el escaparate de Afrodísio, el botamen de la farmacia de Agricio, las telas del comercio del comercio de Asterio. Buena hora para contemplar el patio del Castaño con el árbol seco recortándose contra el cielo turquí, para mirar la cristalera modernista de la casa de la otra acera, para echar un vistazo al escaparate de la librería de «El Diario Palentino», a la decoración de la cafetería «Fuentecobre» o a los taxistas que se juegan a los chinos las copas que tomarán en el bar de «La Guapa»; para ver el caserón decimonónico, de tejados caedizos y torcidas chimeneas, donde se instala el casino provinciano, para mirar hacia la taberna de «El Maño», que también tiene mucho que ver.

Dicen que, entre las muestras de los comercios que se abren a la calle Mayor, había una que anunciaba el establecimiento de tejidos de los «Hijos de Cojoncio Pérez», y que el viajero nunca vio. El viajero fue leyendo los nombres que ya dijo, y el de Marcelo, Auxencio y Teodorico, pero ése de Cojoncio no lo ha visto ni en el almanaque. El viajero piensa que eso del tal Cojoncio debe de ser un invento de los de Valladolid, que no saben lo que hacer para buscarles las cosquillas a los de Palencia, como los de Palencia hacen, también, lo que pueden para buscarles las cosquillas a los de Valladolid.

El viajero se deja de competiciones provinciales y se acerca a la pensión que está frente a las Pasaderas de Santa Úrsula, que es donde acostumbra a parar, y apalabra esa habitación que le dan siempre, al fondo del pasillo, la más pequeña y, claro está, la más barata. Luego se llega hasta el Café Palentino a ver si, por casualidad, se encuentra con alguien que le invite a comer.

No hay suerte, no la puede haber; quien más, quien menos ya irá por el segundo plato, y el andariego tira por la calle de las Carnicerías para torcer por la primera y recalar en «La Bodeguilla», donde se puede comer barato, y allí se entretiene con un par de huevos fritos con torreznos, que es almuerzo de cristiano viejo. No toma postre ni café, por ahorrar y porque el café lo tomará en «El Palentino», que es donde sus amigos acostumbran a tomarlo.

La tarde, clara, está refrescando y el refresco la enguapece; uno no se cansa de mirarla. Sentado en un rincón y dándole coba al cafetillo, el andariego descansa y mira, a través de los ventanales, cómo cambia la luz a cada poco, cómo se transmuta una ciudad a cada instante y este dulce oficio de mirar apacigua el alma, la suaviza y la atempera lo mismo que una música que nunca se escribió y que nadie sabría interpretar.

El andariego, desde su mesa, domina las dos entradas al Café Palentino, la que da a la bocaplaza y la que se abre a la calle Mayor. El café tiene otra puerta que sólo utilizan los que se quedan en el salón trasero jugando al julepe o a la garrafina, pero como los amigos del caminante no son partidarios de estos deportes, el caminante se desentiende de esa puerta y mira al señor que, en la mesa de enfrente, pinta en su cara la sonrisa de quien tiene la tripa llena y la cabeza vacía. El señor, según se supo más tarde, se llama Abilio y es de Mazuecos de Valdejinete y lo que le pone la mirada entre bucólica y lírica, también idílica y quimérica, es el estar recordando los frutos del Espíritu Santo —paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre y así hasta doce— que estudió en el Catecismo del padre Ripalda, allá para la guerra del catorce. El señor de Mazuecos de Valdejinete no se acuerda de todos esos frutos, pero no le importa, ya que, hasta que venga su señora, no tendrá nada que hacer; cuando venga, tampoco. El señor de Mazuecos de Valdejinete no ha tenido nada que hacer durante toda su vida y no iba a empezar, ahora, a hacerlo.

Rafael entra en el café y se acerca al viajero:

—¿Qué haces aquí?

—Que vengo de visitar la tumba del Santo Apóstol...

—Déjate de cuentos...

Rafael, desde el penúltimo verano, se ha dejado la barba; es una barba barroca y violenta que le alarga su perfil de converso y le agranda los ojos avezados en la captura de los colores de los Campos Góticos. Rafael es pintor por lo fino, tartamudea cuando llueve, gusta de la música de Vivaldi y, vestido de oscuro, tal y como hoy viene, parece uno de esos dolientes que pintó «El Greco» en «El entierro del Conde de Orgaz» que se hubiera apeado del cuadro para estirar un poco las piernas.

—¿Dónde anda la gente?

—Fernando se ha ido a Alemania para ver a la novia, Luis está en Inglaterra asistiendo a un cursillo sobre Antonio de Nebrija y Eutimio se ha ido a Francia para preparar su tesis sobre Lorca. Yo digo que, si para estudiar a Lorca, te tienes que ir a Francia, si tuvieras que estudiar a Simone de Beauvoir, te tendrías que ir a la Conchinchina. ¿No te parece? Aquí, en cuanto que empieza el curso, no nos quedamos más que los cabales; menos mal que las chavalas también se quedan...

A Rafael no le sienta bien el otoño; tartamudea con más frecuencia, se le cae el pelo y empalidece. El caminante le mira y se lo figura con una gorguera de encaje al cuello, que le sentaría muy bien y sí, en lugar de gabardina verdosa, llevara un abrigo negro estaría su figura más acorde con el ánimo que se trae.

—¿Estás triste?

—No. Sólo un poco cabreado. Tengo que entregar un cuadro en Ampudia y no sé cómo lo voy a llevar.

José María, que acaba de sentarse con Rafael y el viajero, apura el café que pidió. José María es poeta, padre de siete u ocho chavales, gasta bigote en forma, dirige la revista «Rocamador» y, como también tiene un «seiscientos» verde, paga las consumiciones —que es lo que hace siempre—, se pone el abrigo y dice:

—Vámonos a Ampudia.

Rafael ve el cielo abierto, echa a correr hacia su estudio, que está a la vuelta de la esquina, y, al poco rato, vuelve cargado con un cuadro enorme en el que pintó, entre realista y fantasmático, la torre de la colegiata del pueblo mentado.

—¿Cómo vamos a meter eso en el coche?

—Sí, hombre, sí; ya verás como cabe, que yo me lo tengo muy estudiado. Verás. Abre bien la puerta; la otra también. Baja los asientos. Baja ése un poco más. Tú, entra hasta el fondo y vete tirando desde ahí; más despacio. Hombre, no tanto. Ahora, estate quieto. Tira un poco más. Coño, así no, que te lo cargas. Espera; ponte tú aquí y agarra bien, que yo tiraré desde ahí. Despacio. Abre la puerta un poco más. Así, así; despacio; sube de ahí, para que entre sesgado. Ahora sube el respaldo del asiento. Ya está, casi; un poquitín más. Anda, José María, ponte al volante y mira a ver si puedes cerrar la puerta. No golpees, que te cargas el marco. A ver, ahora. Ya falta una chispa. Ahora tú, entra y cierra despacito. ¿Veis como si se podía?

Contra todas las leyes físicas y todos los pronósticos, el cuadro queda encajado en la parte trasera del cochecillo. José María y el viajero se acomodan en los asientos delanteros. Rafael, en pura contorsión y garabato, se queda encajonado entre su lienzo y el espaldar del asiento trasero; apenas si puede mover la mano que sostiene el cigarrillo.

—¿Y por qué no lo hemos puesto en la baca?

—¡Anda, morena! Pues no se me había ocurrido.

Antes de llegar a Ampudia, el coche se desvía para acercarse a Autilla del Pino, pueblo de extraño nombre en el que junta el del ave rapaz y el de los pinares inexistentes y desde cuyo alcor se domina toda la Tierra de Campos. El paisaje es de tierra y más tierra al que la otoñada no hace gran favor; el cielo, blanquecino, trae el barrunto de la helada que caerá esta noche. Hace llorar el cierzo.

Bajo el alcor, en su falda amarillenta, se han excavado unas cuevas en donde se guarda el vino; una de ellas hace de taberna a la que no bajan los amigos porque tienen prisa y porque Rafael no se puede ni cantar en su encierro.

Más adelante, Paredes del Monte y Santa Cecilia del Alcor enseñan, uno tras otro, sus escasos y cerrados caseríos que se malmueren al borde de la carretera. Más allá está el monasterio de Arconada; luego, la nada rural de los campos en barbecho.

Ampudia, según un documento del siglo x, quiere decir Fuente Pútrida y andará alrededor de los mil habitantes mal contados; tiene las calles largas, rectas y bien pavimentadas; otras, no tanto, pero eso ocurre en todas partes. También tiene un castillo, una colegiata y una fuente de piedra, con seis o siete caños, que no huele mal. El castillo, como es propiedad privada, está restaurado; la colegiata se hundió; la torre, no. La torre es alta y esbelta como un cirio pascual, casi del mismo color blanquiamarillo que tiene la cera virgen. A la torre de la colegiata de Ampudia le llaman «La Moza de Campos».

Una chavala trigueña, preciosa y emocionante, que acaba de llenar el cántaro en la fuente y, ahora, lo apoya en su poderosa y bien torneada cadera, mira con ojos curiosos y burlones el tejemaneje que se traen los tres amigos para sacar el cuadro y a su autor del fondo del «seiscientos». Unos chigüitos que jugaban a las chapas en los soportales también se acercan para ver salir a Rafael, que, cargado con su obra, ordena:

—Vamos al bar.

El castillo de Ampudia es cuadrilongo, con maciza torre del homenaje, muralla, baluarte, foso y puente levadizo; es un castillo adusto en el que se hizo fuerte doña María de Molina, durante la minoría de su hijo Fernando IV; siglos más tarde, los imperiales se fortificaron tras estas piedras y el obispo Acuña tuvo que dejarlos por imposibles; hace tres o cuatro años, los americanos rodaron una película en el susodicho castillo, cosa que halaga mucho a la gente de este pueblo que ya no se acuerda de doña María de Molina, del obispo Acuña ni de la madre que los parió. La torre de la colegiata es la torre más hermosa de toda la provincia.

—Y este soportal —señala Rafael cuando, entregado, cobrado y celebrado el alboroque del cuadro, vuelven a la calle— es el más bonito de toda Castilla y, para celebrarlo, os invito a lo que sea en este bar que es de un amigo mío.

Apurado el güisqui que el amigo de Rafael les sirvió en copita de coñac, de ésas que tienen una línea roja para señalar el nivel, el «seiscientos» corretea por la carreterilla que lleva a Torremormojón, pueblo con castillo en ruinas desde que lo perdieron los comuneros que, prisioneros y vencidos, fueron ahorcados en la picota de Ampudia.

—Aquí es que se ahorcaba mucho.

—Eso es cosa de las costumbres...

La carretera sigue y se olvida del desamparo de Baquerín de Campos; lo mismo hace con Pedraza y con Revilla, de Campos también. Más atrás se quedó Villerías y, bastante más lejos, Paradilla del Alcor.

No; por Mazariegos no pasamos —comenta José María—. Mazariegos es mi pueblo y el del herrero que, a fuerza de machacar, se le olvidó el oficio que el alcalde le había mandado llevar a Castromocho, pues el herrero también era el alguacil, que eso del pluriempleo no es invención tan moderna como dicen.

A la caída de la tarde, y más si ésta es fría y tan desapacible como la que hoy tocó, los pueblos que se atraviesan tienen las casas cerradas a piedra y lodo; brillan, tras algunas ventanas, bombillas de poca fuerza; carros y tractores se olvidan en los atrases y en las eras; no se ve un alma. Da miedo esta soledad.

José María y Rafael, que están más hechos a estas desgracias, hablan de algo que no escucha el viajero que fuma, calla y trata de pensar en otra cosa.

No; por Mazariegos no se pasa. José María es de allí, como lo fueran su padre, su abuelo y su bisabuelo; de más no tiene memoria. El bisabuelo, el abuelo y el padre de José María fueron farmacéuticos, como José María lo es y como, probablemente, lo será alguno de sus hijos. El bisabuelo de José María inventó un jarabe contra la tos y una vacuna para combatir la peste aviar. El jarabe, cuando se mezcla con alcohol rebajado, sabe a coñac de marca.

—Aún me quedan unos frascos en la rebotica.

—Lo probaremos.

—No; más vale que lo dejemos en paz. Ya te contaré.

En Villamartín de Campos paran junto a una tasca con pintas de parador aparente; en una de las paredes del chiringuito se escribió, con almagre y letras gordas, «Viva yo», «Vivan los quintos del cincuenta y nueve» y «La Joaquina está muy buena».

—¿Tomamos algo?

En el salón o comedorcillo, donde arde la hornacha, huele a morcilla asada y se lucen unos óleos de Jesús Meneses, sólo hay una pareja de novios que, ríconera y discreta, hace morros y manitas o lo que buenamente puede sin escandalizar demasiado al personal. Los amigos, para no molestar a los novios, buscan el otro rincón, dan las espaldas al martelo y piden vino y queso.

—Hace unos años —cuenta José María—, nos juntábamos Mariano, Félix y Gabino en la rebotica, para charlar de literatura o de cualquier otra cosa, fumando como carreteros y bebiendo el jarabe que mi bisabuelo inventara. Una noche, serían las tantas, Gabino leyó un poema en el que afirmaba su amor por las locomotoras y, como entonces estábamos encandilados con todo aquello de la poesía social, del realismo poético, de la denuncia, la protesta y la sinceridad, le acusamos de todo lo acusable porque, según nosotros, nadie podía amar, enamorarse de una locomotora. Él porfiaba que sí, nosotros jurábamos que no; nos liamos a discutir, y Gabino, para demostrarnos su sinceridad, nos llevó a la estación y se lió a besos con la locomotora que habían apartado en una vía muerta. ¡Cómo se puso el hombre! El traje que llevaba puesto lo tuvo que tirar. Claro; el jarabe de mi bisabuelo llevaba codeína y, al beberlo mezclado con alcohol, te enganchabas unas trompas de obispo simoníaco.

De Villamartín de Campos a Palencia, no hay nada; la noche oculta lo poco que pudiera haber y los faros del cochecillo, que anda con la batería por el santo suelo, apenas si alumbran la raya central de la carretera. Parece que hay árboles por aquí, pero, a lo mejor, son emblecos que la oscuridad inventa. En un escape, el coche

entra en la capital, por el puente de piedra. Rafael y el viajero se apean en los jardinillos de la estación; José María da la vuelta y se va a casa a cenar. La calle Mayor presenta la animación que le dan los que se rezagaron en el paseo, los novios que no aciertan a despedirse, los pocos que salen de la primera sesión de los cines, un par de guardias municipales, algunas adolescentes que, arrastrando sus carteras colegiales, las melenas al aire y los labios en promesa, ríen como infantas felices dando el último paseo bajo el soportal.

Rafael y el caminante toman un vino en «La Reja» y luego se meten a cenar en el mesón de Grajal. A la mitad de la cena, entra Marcelino.

—¿Dónde os metéis?

Marcelino también es poeta, como José María, Carlos, Gabino, don Santos de Carrión, el Marqués de Santillana, don Juan de Dueñas, don Gómez y don Jorge Manrique, Sinesio Delgado, Marciano Zurita, Francisco Vighi... Se ve que Palencia, además de Tierra de Campos, es tierra de cantos, cánticos y cantores. La nómina de los líricos palentinos es mucho más larga que lo que aquí se pone y no por falta de nombres en la amistad y en la memoria, sino por no cansar.

—Pintores tampoco faltan.

—Y de escultores, ¿qué?

—¿Y de chicas guapas?

Rafael, según costumbre, corta la discusión de algo que no la tiene y los tres se aplican a las chuletillas de cordero, aunque Marcelino asegura que ya ha cenado.

—Yo ya he cenado, pero es que las chuletillas de cordero entran sin sentir.

Marcelino es un muchacho moreno y triste, un hombre de esos, tan sensibles, que parecen soportar toda la pesadumbre del mundo, todo el dolor de que el mundo es manantío. Marcelino sufre por la chimenea que el viento derribó y el tapial que se vino al suelo, la torre que el tiempo descuaaja y la panera que los años humillan; por el perro que atropelló el automóvil y la cigüeña cuyo nido se quemó, la lluvia

que se tarda y el chaval castigado porque no supo los límites de España, como si España tuviera límites. Marcelino, sordo a la alegría, pide que le pongan el alma en el humero para que se le vaya secando de su tanto llorar y habla de palomares mudéjares caídos en el desamparo o del pedrisco que golpeó la mies. Menos mal que, a medida que va hocicando en la jarra, como hocican Rafael y el andariego, se va poniendo más acorde, se le levanta el ánimo y, aunque a cantar no llega, por lo menos, habla de las pizarras verdes que tiene en su escuela de Perazancas de Ojeda, de las pinturas románicas que hay en la iglesia de ese pueblo, del blancor de la nube que se pincha el culo en la pingorota de Curavacas, de la cañuela mínima que medra y bebe a la orilla del restaño, del arroyo que canta como una madre reciente, de la lluvia ojival que alegra la besana, de los chigiitos que cantan la tabla de multiplicar, del caballito del diablo que patina en la charca, de la mariposilla que se confunde con la flor de la acacia y del pino solitario que se alza en la ladera del cerro de Astudillo bajo el que, algunas veces, Marcelino se sienta para recitarse, moroso y contemplativo, «Las Coplas» de don Jorge Manrique.

—Pues dicen que «El Greco» era más maricón que un palomo cojo, porque pintaba sansebastianes azules y en pelota, como el que tenemos en el museo de la catedral —dice Rafael.

—¿Y eso a qué viene?

—Como venir, no viene a nada, pero llevas más de una hora hablando y algo tendré que decir, aunque sea mentira...

Después de postres y cafés que se prolongan más de lo necesario, se van a la calle donde hace un frío de agonía. El cristal de la friura que se rompen en la punta de la dolorida nariz se hace cachillos puntifinos que lastiman el rostro. No hay ni un cristiano en toda la calle Mayor. Las cristaleras del Ideal Bar Palentino, empañadas por el calorcillo que, dentro, debe de hacer, no dejan columbrar nada del interior. Está helando; seguro que está helando; las barbas de Rafael encanecen de escarchas, el pelo de Marcelino, también; el viajero no siente ni pies ni manos. Es una noche típica de frío mesetario, de frío de Palencia, el que hizo florecer su industria de mantos y de panas. Las estrellas, allá arriba, tienen esos brillos de papel de plata que se les pone a las botellas del anís escarchado de los días de la Navidad.

—¿Vamos a mi estudio?

—No, que la última vez que estuvimos allí la enganchamos como unos caballeros del Santo Sepulcro. Tomamos lo que sea en cualquier bar, que pagando se bebe menos.

En la taberna de «El Maño» están Antonio, Mariano y Félix, que dentro de poco se irán a trabajar a la redacción del periódico local; sentados ante unas copas, hablan de fútbol, de la guerra fría y de la influencia de Quevedo sobre la poesía de Miguel Hernández. Los tres que acaban de entrar se unen al corro que, más tarde, se aumenta con los que salen del cine. El amo cierra la puerta para no contravenir las ordenanzas municipales y nadie dice de irse a la cama; si alguno lo dijera, sería mal visto. Hasta pasadas las dos no comienza el desfile.

—¿Y todas las noches hacéis lo mismo?

—No; los primeros viernes de mes nos quedamos en casa.

El caminante se despide de los amigos y espera a que el sereno le abra la puerta de la pensión y, procurando no tirar nada, se acuesta.

La verdad —se dice entre sueños— es que no sé para qué me gasto los cuartos en una cama, para lo poco que voy a dormir.

HASTA AMUSCO, A PIE ENJUTO

No madruga el andariego; menos hubiera madrugado si la chica de la pensión, rodea y herrada en ristre, no hubiera roto a cantar, mientras fregaba el pasillo, eso tan bonito que viene a decir que

*la española, cuando besa,
es que besa de verdad.*

Y aun no había acabado el viajero de afeitarse, continuado con lo otro, y que también está de moda, de

*si me quieres matar,
mírame.*

El andariego desayunó dos veces; una en la pensión, porque el precio del desayuno está incluido en el coste de la cama, y otra en la cafetería de Fuentecobre, donde el café es mejor y las tostadas más cumplidas. Luego, después de acercarse al estanco de la calle de la Compañía, se echó el tercer café en «La Carrionesa», cerca mismo de la plaza Mayor, en donde se demoró viendo el bullir de la gente camino del mercado.

Allí estaba cuando su primo Manolo —ese que canta tan bien los tangos y se tira desde lo más alto del trampolín de la piscina municipal— le pega un chillo:

—¿Qué haces en Palencia? ¿Cómo no te has venido a comer a casa?

El andariego se disculpa como puede y se va con su primo a tomar otro café a «El Cid» y, cuando Manolo se va a lo suyo, el viajero se queda pensando que qué necesidad tiene de irse de su pueblo en donde, entre parientes y amigos, tiene asegurada la pitanza para más de un mes.

Mientras que lo piensa o no lo piensa, mira a las chavalas que van y vuelven por la calle de Don Sancho, al guardia municipal que multa a un automovilista mal aparcado, a los bomberos que fuman a la puerta del cuartelillo; se echa el petate a la espalda, contempla el plateresco de la fachada del convento de las Claras, otra mirada para la iglesia de San Lázaro, la que fuese hospital de apestados cuando, en el siglo XIV la peste negra despoblaba Castilla, se espera a que pase un camión que viene despendolado por la calle de Casado del Alisal y, pateando la pasarela que ayuda a saltar las vías del ferrocarril, tira hacia el norte, como si fuera para Santander.

Va el andorrero pensando en mil cosas, todas sin sustancia para ser anotadas, y recordando alguna cancioncilla que se inventara la vez que se dio una vuelta por los pueblos del Cerrato

*Por Villamediana
y por Valdeolmillos,
pasa un andariego
que va de camino.*

*Palomas y nublós
tapan Astudillo.*

Las doce marca el reloj cuando el viajero se pone en franquía, ya en la carretera que ha de llevar y sin que otros caminos o carriles le desvíen o equivoquen. Pronto llegará a Fuentes de Valdepero, que cada vez se está quedando más chico, y si el talón no le traiciona podrá comer en Monzón. Está buena la mañana tardía, no hace frío; el viento cambió durante la madrugada y, ahora, con poca fuerza, sopla desde el poniente.

—Con este viento, siempre llueve.

—Más vale que no me lo recuerde.

El viajero se encuentra a gusto; los cinco cafetillos que abodegó no le han puesto nada nervioso, sino que le han dado un paso largo, movido y sostenido que casi es un trote. Nubes y palomas se pintan en el cielo y el humo del cigarrillo añade su distracción. Cruza algún coche de cuando en cuando; de vez en vez, se ve al pastor que soporta músicas del transistor y soledades sin cuento.

Desde lo alto de una costanilla y empinándose un poco, el andariego vuelve los ojos y acaricia con la mirada la torre de la iglesia de San Miguel que se estira coqueta, estilizada, blanca y almenada y un tanto lírica. Hay quien dice que don Rodrigo Díaz de Vivar casó con doña Jimena en la iglesia de San Miguel; el viajero no se lo cree así se lo juren por quien se lo juren; cuando la iglesia de San Miguel se construyó por los caballeros del Templo de Jerusalén, don Rodrigo y doña Jimena llevaban ya un pilón de años criando malvas en sus enterramientos. El viajero se dice que la iglesia de San Miguel, con la torre increíble que la adorna, no necesita leyendas de ningún tipo para hacerla la más espectacular de Castilla, también la torre que más quiere el viajero.

—¡Si yo le contara!

—Cuente usted...

—No; mejor es que calle, que un servidor, cuando se pone a hablar de la torre de San Miguel está a punto de pecar por exageración. Lo mejor, si a usted le parece, le canto una copla que también habla de torres.

*Camino de Santander,
va un andariego mirando
lo que no se puede ver.*

*Las fuentes de Valdepero,
las torres de Alar del Rey.*

Por un carrillillo de tierra apisonada, entra el caminante en Fuentes de Valdepero, pueblo chico que está lo mismo que estaba la última vez que se vino por aquí, con sus tapiales caedizos, sus casas de adobe descorazonador, su iglesia mínima y su castillo hundiéndose cada vez más. Antes de que acabe de hundirse, el andariego le echa una mirada, con más pena que otra cosa, y se sienta en el poyatón que hay junto a la iglesia, fuma un pito y se entretiene con la juguesca que se traen unos chavales que hicieron novillos y que, desconfiados, le miran de reojo. Pasa una mujer empujando al cerdo que no se le somete y una niña que cruza, llevando un cestillo de cualquier nadería, mira al caminante y echa a correr tomándole por un sacamantecas.

Mediado el cigarrillo, un hombrón aparece tras la esquina, con la cachava en las uñas.

—¿Qué hace usted aquí?

—Ya lo ve; echar un pito.

—¿Y a qué ha venido?

—De paso para Osorno.

—Pues ya se está usted marchando, que en este pueblo no nos van los forasteros.

El retórico pendoleo de la cachava del hombrón es tan elocuente que el andariego tira la colilla, la aplasta con el pie y, sin decir ni pío, se levanta y echa a andar sin perderle la cara al hombrachón quien, sin quitarle ojo, se echa la gorra hacia atrás. La niña que antes pasó sale de donde estuviera, tirona de la chaqueta al fulano y le pregunta:

—¿Le has dado fuerte?

—No ha hecho falta, se me ha achicado.

Los chavales que enredaban en el atrio de la iglesia también se han ido de allí; le han cortado las vueltas al caminante y, cuando éste les repasa, se le quedan miran-

do, como dudando de liarse a cantazos con él. El andariego aprieta el talón y sale de Fuentes de Valdepero sin resquemores ni amistades.

Una legua hasta Monzón de Campos; no se va mal de ánimo ni de hora. A mano izquierda verdeguea el campo remolachero que se aviva con el paso del Carrión. A la otra mano, el campo se encrespa y alza, en sus confines, esos alcoces que ponen fin a los Campos Góticos.

El viento, templado y húmedo, hace bailar las matas de escaramujos y las copas de los árboles que por allí se empinan. Huele a tierra mojada, con ese halago que siempre deja, y el caminante, que no sabe si es que ha llovido lejos o si ese olor lo expanden las acequias que cuadriculan el campo que cerca la Azucarera de Monzón, se empieza a llenar de aprensiones.

—Si tuviera un Almanaque Zaragozano...

Ya se ve, ya se veía, pero ahora se ve mejor, el castillo de Monzón de Campos, no tan descachado como el del pueblo que se acaba de dejar, pero con el mismo gesto de soledad y tristura que tienen las cosas muertas.

El castillo de Monzón de Campos tiene una infinita historia de sangre y muerte, asaltos y traiciones, llanto y fuego que el caminante no sabría contar y por eso no la cuenta, no fuera a culpar a los Bermudos de lo que los Sanchos hicieron, y viceversa, y luego le vinieren a decir que si fantasea o miente más que habla. De todas formas, la historia carece de originalidad, pues en eso de hacer el bestia hay mucha repetición; una historia lamentable como las que se cuentan de tantos castillos que en el mundo fueron o medio siguen siendo, ya estén arruinados como este o los hayan convertido en archivos históricos o paradores de turismo.

Sería menester —piensa el viajero— hoy, cuando tan de moda se ha puesto lo medieval, por culpa del cine de los americanos que no tuvieron Edad Media, avisar al desprevenido de que aquellos siglos de bubón y piojo no fueron esa vistosa sucesión de caballeros justadores, damas emperifolladas y trovadores suspirantes que cualquiera de estos añorantes amigos de los castillos —y tal vez sea el caminante uno de los primeros— se quiere imaginar; menester sería recordarles que se

dejaran de imaginaciones sin fundamento o que pusieran más fundamento en sus imaginaciones, para curarse de ellas.

El castillo de Monzón de Campos fueron dos: el que ahora se ve, donde se ve, y el que se alzaba en la vega hasta que el río acabó llevándose.

El caminante ha leído, hace muy poco, que frente a los alcores dorados de Monzón de Campos murió la rubia y triste princesa Cristina de Noruega. Hasta entonces, el andariego pensaba que la dulce hija del rey Hakoon II había muerto en Covarrubias —al menos, allí está enterrada—, aunque en otros sitios se lee que la joven vikinga murió en Sevilla. También ha leído, cualquiera recuerda dónde, que todo eso de Cristina y Alfonso El Sabio es un cuento. La verdad es que, al caminante, no le importa demasiado esta historia, pero como su amigo Juanjo está, siempre, sacándola a relucir, algo se le quedó en las orejas y, de vez en cuando, se acuerda de ella y, alguna que otra noche, con la princesa sueña.

El castillo de Monzón de Campos, lo que de él queda, ya se dijo, aparece en lo alto de un cerro, emplazado en una asomadura de lo más a propósito para rodar una película de cruzados o algo por el estilo. El cerrete tiene su altura y una subidilla tan mala que el caminante renuncia a acercarse a los muros, tan lisos, de recortadas aristas, de almenado belicoso, de arquivadas derruidas. El caminante no está por la labor, sino por el yantar. Si tripas llevan pies, como aseguraba don Miguel de Cervantes, que de estas cosas sabía un rato, lo mejor será buscar algún sitio en el que amueblar la oficina del estómago y, con este pensamiento, el viajero anda la calle principal del pueblo que, a pesar de sus muchas casas encaladas, no pierde su vitola de pueblo castellano y antiguo.

Subleva el viento, con sus zarandeos, la ropa puesta a secar; camisetas y enaguas blancas, blusas azules y calcetines rojos componen estandartes y banderas; su revuelo distrae al caminante que pasa, sin ver, la casa que anuncia que allí se sirven comidas. El largo camión que junto a la taberna se estaciona casi la oculta a las hambres del andariego.

El establecimiento es chiquito y oscuro; limpio y coquetuelo, también. A su puerta husmea un galgo de ojos eternos, como la tristeza del mundo, como el hambre sin fin del mundo.

En la mesa mayor de las tres que se cuentan en la taberna, un camionero ancho y pelirrojo y su ayudante moreno y un poco más ancho que él se reparten un lechazo terciadillo. El pelirrojo lo toma acompañado de una fuente de ensalada mixta, con su atún, sus aceitunillas y su huevo picado; el moreno, con un plato de huevos fritos en los que moja el pan. El camionero pelirrojo es de Melilla y se llama Joaquín, su ayudante es natural de Blasconuño de Matababras, provincia de Ávila, y se llama Baltasar. Joaquín, antes de meterse a camionero, anduvo contrabandeando cigarrillos norteamericanos en el Campo de Gibraltar; su ayudante, antes de serlo, ofició de cadenero en el puerto de los Leones.

El caminante es amigo de Joaquín desde hace un montón de tiempos y almanaques, desde que anduvieron juntos en una pensión que había en la calle de la Ballesta, en Madrid. Cuando el andariego se metía en juerga, con su amigo Joaquín, se lo pasaba en grande, decía lo que le daba la gana y nadie se atrevía a meterse con él dadas las dimensiones de su acompañante. Bien es verdad que el andariego no abusaba de su ventaja y lo más que hacía era dar algún viva a la república sinalagmática o soltar alguna inconveniencia contra el clero que, casi siempre, era bien recibida por la concurrencia. Joaquín, más comedido y más sabiendo estar, lo único que hacía era meterles mano a cuantas chavalas se le ponían a los alcances.

—¿Y nunca les tentaron la cara?

—Pues no, señor, que Joaquín mide uno ochenta y tres y está cerca de las diez arrobas.

Joaquín y el caminante, en cuanto se echan la vista encima, sueltan un taco, pegan un brinco, se saludan, ríen, se abrazan, se palmotean la espalda, sueltan otro taco, rompen una jarra mediada de vino y se ponen más contentos que el tío de la pita.

—Macho, come con nosotros, que nos va a sobrar.

Y el andariego, por no hacerles un desaire, se come media paletilla, una buena parte del costillar y chupa la cabeza del lechazo, con sus sesitos y todo, que es lo que más le gusta. Postre no toma; los amarguillos de Carrión y los almendrados de Villasirga se los deja a los otros, él se conforma con un café.

—Nosotros vamos de vacío a Santander, a cargar pescado. Vente si quieres.

—Es que, como voy de promesa al Monasterio de Labanza, tengo que ir andando.

Mediados los puritos de la sobremesa y los recuerdos de toda la vida —¿te acuerdas de cuando Pepe toreó en Guadalajara? ¿Te acuerdas de cuando Vicente se ligó a una viuda?—, Joaquín, Baltasar y el caminante salen a la calle. Joaquín, en un aparte, le dice:

—¿Necesitas dinero?

—No, hombre, muchas gracias. Andando, se gasta poco.

Joaquín y Baltasar, que antes, muy fino, ofreció pueblo y casa, suben al camión; el viajero los despide y echa a andar, calle adelante, buscando la carretera. En una de las últimas casas del pueblo, a mano derecha, una muchachita preciosa besa la carta que le acaba de entregar un cartero vestido de azul. El caminante suspira. El caminante se pone triste, con una tristeza dulce y tontorróna y sigue su andar mientras que ensueña que, alguna vez, alguna chica tan mona como la que se deja a la espalda besará, como ella besó, las cartas que pudiera escribir, algún día, el caminante.

El cielo acabó entoldándose y sólo la esperanza dice que, a lo mejor, no lloverá. Si lo hiciera —reza el viajero— que lo haga al oscurecer, cuando en Amusco se esté bajo techado. El caminante sigue tristeando; esto de encontrar y dejar a los amigos siempre le pone así. Monzón de Campos tuvo dos castillos, los enemigos del alma son tres, los puntos de la rosa son cuatro, cinco los dedos de la mano. Por la lluvia que pudiere caer y por lo cortas que son las tardes, el viajero no se acercará a Santa Cruz de la Zarza, el monasterio ya lo conoce y, como ahora no hay turistas, puede que los guardas no estén.

A lo lejos, a mano derecha, se quiere adivinar la torrecilla de Valdespina, pueblo chico por el que, alguna vez, pasó el viajero, y que se estira al socaire de los alcores de los Llanillos y Paniagua. El arroyo Pisones, que va ras con ras, moja los pies del caserío que, como tantos de por aquí, se va despoblando. ¿Qué habrá sido de

aquel buen hombre, cuyo nombre nunca se supo, que ofreció un vaso de vino a la sed del andariego? Un poco más acá y algo hacia el norte, el cerro de Taragudillo levanta al cielo sus ochocientos metros sobre el nivel del mar.

Por aquí hay agua; al menos, por estas fechas la hay. La que trajo el arroyo Pisones y la que el río Ucieza vierte en el Carrión, la que pasea lenta por los canales de Castilla y del Pisuerga y la que, probablemente, haya en los charcos. Por aquí hay agua y, por haber, hasta hay un soto de álamos que se espesan y abrazan en el cruce de la carretera que lleva a Rivas de Campos; por el camino que lleva el caminante hay bastantes menos, sólo los suficientes para el brinco del pardal. Desde aquí, y echándole buena vista al asunto, se ve, como si fuera el fantasma desahuciado de un árbol loco, ese pino solitario que crece en la ladera de Astudillo.

Entre Astudillo y el andariego está Palacios del Alcor; el alcor apenas si se nota, de los palacios apenas si quedará memoria. En Palacios del Alcor nació una de las bisabuelas del caminante de la que sólo se sabe que se llamó Lucinia; en Palencia nació la bisabuela Romualda, mujer de negocios y armas tomar que llevó a la familia más derecha que una vela. Las bisabuelas andaluzas fueron Magdalena, que murió muy joven, y la bisabuela María, a la que el andorrero llegó a conocer, siendo ya mozo y cuando ella rondaba los cien años.

Pero no son horas de hablar de la familia, sino de andar todo seguido pues la luz amengua, el agua amenaza, el pueblo está lejos y el caminante empieza a flaquear.

También flaquea el corazón que nunca viera tantas soledades. Tierra de Campos, tierra de pan llevar, pero tan sola, tan redonda y con tanto silencio que se pensaría estar en las últimas lindes del mundo; con las palomas de recogida y el gorrión acoquinado, sólo el gavilán raya los cielos convencido de que esta noche se quedará sin cenar.

El andariego piensa, al contemplar esta soledad desarbolada, en todos aquellos profetas que vocearon en el desierto sin que nadie les hiciera ni puñetero caso. Es esa larga letanía de Lucas Mallada, Juan Revenga, Joaquín Costa, Macías Picavea, Julio Senador. Pero comienza a chispear y tampoco es hora de ponerse a hablar de la regeneración de las provincias.

—¿Y si no hablamos de la familia ni del regeneracionismo, de qué hablamos?

—Pues mire usted, nos quedamos callados y santas pascuas.

El «Pajarón» de Amusco, que así nombran a la iglesia de este pueblo, emerge de la línea del horizonte y el viajero respira. Ya, por muchas que caigan, pocas serán las aguas malas.

El andariego, que tiene la cabeza voltaria, vuelve a pensar en Cristina de Noruega, en esa desalentadora, patética historia que suele contar su amigo Juanjo. El andariego es desconfiado cuando lo que se le cuenta no viene refrendado por sellos, títulos y diplomas; el andariego, a pique de darle un disgusto a su amigo Juanjo, cree que Cristina de Noruega no existió; Cristina de Suecia, sí. El caminante lo sabe porque vio una película de Greta Garbo, que estaba preciosa con su camisión hasta los pies y sentada en un sillón de altísimo respaldo, y hasta se enamoró de la Divina, de la que no se perdía película y coleccionaba estampas de la tal, como otros coleccionan las de los jugadores del Betis.

—Cada uno tiene sus manías.

—Sí, señor. Y el caminante tiene muchas más de las que aquí se ponen. ¡Huy, si se pusieran todas las manías que tiene el caminante! No acabábamos ni de aquí a mañana. Como esa que tiene de revolver libros y papeles, cuanto más viejos mejor. En uno de ellos, en el Diccionario Histórico y Geográfico de don Pascual Madoz, se enteró de que lo que yace en el claustro de la colegiata de Covarrubias es el cuerpo de un rey de Dinamarca que vino en peregrinación a la iglesia de San Cosme y San Damián y que, mientras andaba en ello, le llegó la muerte tan callando como llega en las «Coplas» manriqueñas. Al caminante, viendo estos desacuerdos, le gustaría que alguien, cura, seglar o medio medio, buscara y encontrase algunos papelorios que nos sacaran de dudas sobre la tan mentada princesa noruega, más que por nada, para que su amigo Juanjo se quedase tranquilo y no le diese el coñazo con que si Cristina por aquí, con que si Cristina por acá.

—¿Y qué más da?

—Eso es lo que yo digo, que qué más da. Pero es que a Juanjo le pasa lo que al tonto al que le da por los espárragos, que no deja ni uno...

El andorrero, que ya hace rato pasó el Ucieza, cruza ahora el canal y, pasos más adelante, llega a las eras de Amusco. La carretera que trae sigue hasta Piña de Campos y el ramal que de ella sale se encamina hacia Palacios de Alcor. Amusco queda a la mano contraria, a pocos pasos mal contados, y su calle principal es la carretera que, por las Amayuelas de Arriba y las de Abajo, lleva hasta Villoldo. La lluvia se está formalizando y el andorrero se deja de geografías, como antes se dejó de historias y, como sabe por dónde cae el bar, sigue en su busca mojándose unas miajas.

Amusco fue y, a lo mejor, lo sigue siendo, lugar de señorío de los Manrique y villa principal; con sus mil y tantos habitantes, puede ser todo lo principal que quiera, en esta tierras de despoblado. Su iglesia es enorme, sus casas de adobe y soportal, la cercanía del canal lo alegra y las calles, al menos la que pisa el viajero, están bien pavimentadas. El poeta don Gómez Manrique nació aquí.

—Ya llueve...

—No durará mucho —el que habla es un pastor—; el viento que corre no es de estos días y, a la madrugada, dejará de llover. El cierzo se llevará este nuberío de poniente. El cierzo es muy suyo y sólo gusta de las nubes que él se trae.

—Por San Martín, cochino muerto y cielo claro. ¿Cuándo matas tú?

—En tres o cuatro días. A ver si el chico viene con permiso del cuartel y así lo celebramos.

El viajero, que comió más de la cuenta en vista de que no pagaba, se acerca al mostrador, pide café y se demora tomándolo. Cuando entró en el bar, la gente le miró una miaja, pero enseguida lo dejó; ni siquiera el guardia civil, que se echaba unos vinos con el del Servicio Nacional del Trigo, se preocupó del andariego, que se da un temploncillo en la estufa y se descarga de boina y morral. Desde la trastienda llega el olor familiar y grato de las castañas cocidas.

—Para este mes ya se sabe. Merendeta y postre para los chigüitos. Las castañas cunden más que las nueces y, cocidas, saben a gloria.

Amusco fue capital de estos ruedos y, el siglo XIV, tuvo cumplida judería, con su sinagoga y todo. Lo que no tuvo fueron mudéjares, que éstos se establecieron en los linderos de la provincia de León; los mozárabes se fueron más al norte, se ve que cuanto más lejos de los moros, mejor; Moarves y San Pedro de Moarves llevan su nombre; en la provincia de Salamanca hay un Mozárbez que viene a ser lo mismo, aunque uno, que no anduvo por allí, no sabe si ese pueblo tendrá algo de mayor mérito.

—A mayores, se tira lloviendo hasta mañana.

—Está la nube muy baja —vuelve a hablar el pastor— y no puede durar. A media noche no caerá ni gota. Anda, ponte un vaso aquí, al amigo, y tráete otro para mí.

El andariego da las gracias, agarra el vaso que le brindan y se aparta de la estufa para hacer compañía al pastor que tanto sabe de soles, de vientos y de lluvias.

El pueblo de Amusco no recibe su nombre ni del color que presenta a los ojos ni de las moscas que allí, como en todas partes, pueda haber; todos los pueblos de estas andurrias tienen semejante color y, en cuanto a moscas, todos andarán a un cantar. Según dicen los que se creen que saben de estas cosas, el sufijo que se gasta, como Orusco —en la provincia de Madrid—, indica que el pueblo fue fundado por los ligures, pero como el andariego no sabe quiénes pudieron ser esos señores —tampoco, los cimbrios ni los ilirios— vuelve la hoja y se da a imaginar que los signos del zodiaco que aparecen grabados sobre una de las puertas de «El Pajarón», tal vez, tengan algo que ver con la alquimia, aunque los beneficios que reportara el arte magna poco se notan en este pueblo de paredes trulladas de barro y paja, lenta vida, largos aburrimientos y sinagogas enterradas.

Un hombre, que rondará los veinticinco y que acaba de entrar en el bar, saluda al pastor, pide un vaso y se mete en la conversación. En ella se aprende que quien entró es Teótimo, el recovero, que también oficia de cosario y otros ratos de labrantín de poco poder, y que se mueve por estos alrededores llevando y trayendo

encargos de cualquier especie que cualquiera pudiese desear y que no se encuentran en otros pueblos. Cuando Teótimo se entera de que el viajero piensa ir a Támara de Campos, dando la vuelta por Piña del mismo apellido, le dice que no haga el bobo, que qué ganas tiene de andar en balde, que mejor es que vaya por el camino viejo que le alcorza la mitad de la andadura. El andariego supone que el camino ése estará embarrado y Teótimo le contesta que no tanto y que, además, como él tendrá que ir a Támara mañana temprano, que, si quiere, le puede llevar en una tartanilla muy apañada que él tiene, pues siempre es mejor ir montado que ser de infantería.

—Anda, y que trabaje la mula.

El viajero dice que bueno, y quedan para mañana a las ocho en el mismo bar en que ahora están. Con la palabra, toman otra ronda y el pastor, según las normas del gremio, se despide cortés pues mañana tiene que madrugar.

Teótimo también se despide, el guardia civil se marchó, el del servicio nacional del trigo también se fue y el caminante, antes de echarse a buscar la posada que ya conoce, se come un bocadillo de sardinas en aceite para que le ayude a bajar el lechazo que se comió a mediodía.

En la calle no hay ni un alma, como no sea en pena, de ésas que sólo unos pocos ven. El caserío es una mancha oscura, empapada y espesa que se desmorona en la tiniebla. Casi a palpas y al cobijo del alero y del soportal, el caminante se orienta. Un gato donjuán, a quien la lluvia no apaga el celo, merodea entre unos carros que por allí se mojan; un gañán, también encelado, busca la puerta de atrás de la casa de su moza; está encendida la luz del cuarto del maestro de escuela que prepara, para mañana, un ejercicio de redacción sobre el Concilio de Trento. La posada está allí mismo.

En la posada y al calor último de la trébede, el caminante fuma un par de cigarrillos; no tiene mucho sueño y, mientras le llega, se entretiene oyendo el son del agua que se despluma sobre la barbechera.

—¿Se va a acostar?

—Sí, señora, que para eso le pedí la cama. Pero, si a usted no le importa, me voy a quedar un ratejo, que aquí se está muy a gusto y es muy grata la compañía.

—No sea usted zangolotero, que los de Palencia tenéis mucha labia. Si se acuesta, ya sabe dónde queda su cuarto.

El posadero, que hasta ahora anduvo trasteando en la cuadra, entra en la cocina y se sienta junto al caminante, acepta el cigarro que se le ofrece y calla mirando los tizones de la lumbre. En el rincón más caliente de la peana, un gato romano y egoísta se acurruca y deja brillar sus ojos maliciosos como los de un dios pequeño y cabreado que tramase alguna desventura. Junto a la puerta de la calle, el mastín se duerme despreciando todo lo que le rodea.

El viajero, apurada la colilla, se va a la cama. Los silencios del posadero estuvieron a punto de ponerle de mal humor. El sonar de la lluvia no le desvela, le acuna, y, así, se duerme sin soñar.

DE MATANZA EN TÁMARA

Tuvo razón el pastor. A la media noche se paró la lluvia y, a la madrugada, el viento norte sacó las estrellas a relucir. El cierzo vino con ganas y, sin nada con qué topar, giró por la llanura buscando un árbol al que abrazarse; sólo las torres le ofrecieron su apoyo. Con ganas vino y más de cuatro tejas volaron como vencejos torpones para acabar descachándose en los cantos del arroyo; más de un tapial tembló y los postes del tendido eléctrico vacilaron, a punto de caer.

Y cuando el viajero —lavado, afeitado y con la camisa limpia, vaya más bonito que un San Luis, como atestigua el medio espejo que cuelga sobre el palanganero— sale a la calle que el cierzo oreó, sólo un par de amas de casa madrugadoras y diligentes andan entre el azul celeste que se le pinta a la mañana, aunque el humo blanco de la paja seca que se quema en la gloria y se deshace tumultuoso nada más escapar por el cañón de la chimenea da señales de que la gente ya anda entre sus cosas y sus desayunos. Los chigüitos, con el mal humor de la levantada, andan remoloneando y sin ganas de ir a la escuela; mala hora para el maestro que, hasta que los meta en cintura, tendrá que vocear más que el pastor que, en este momento, sale por el camino de las eras arreando el rebaño que saca a pastar lo poquillo que se encuentra en el campo de la otoñada. El sacristán ya abrió la iglesia y el señor cura, una mano en la teja y otra en el embozo, sube las escaleras del atrio.

Teótimo está en el bar saboreando la copita que arregla el vientre y el pecho caliente, soltando el humo del cigarro que alegra el paladar. Toma el viajero la suya e invita, que ésa es la obligación del que viaja de paquete, y poco más tarde salen de Amusco por el camino que dicen de Matahombres y bajo el toldo de la tartana.

Azuladas y frías, las aguas del canal que bordea el caminillo susurran el cancionero que memorizaron desde siempre. A la derecha, la loma de San Miguel marca el final de los Campos Góticos; a la izquierda, el llano sin fin; salpicadas, a lo lejos, las torres de Piña, de Amayuelas, de Támara y la de «El Pajarón» que se queda por detrás.

—Ancha es Castilla.

—Como dijo Juan Lobo, cuando lo ahorcaron en Támara.

Juan Lobo, al que otros llaman Pedro Lobo, fue un mozo de Quintanaluengos que, en un hartazgo de hambres imperiales, anduvo por estos ruedos arremolinando a la gente del común, en tiempos de Felipe IV, el bien amado. Cuando le echaron el guante y estaba al pie de la horca, dijo lo que se acaba de oír, aunque la frase completa, que copió el escribano de turno, fuera: «Ancha es Castilla; con mil veces menos tierra que la que ahora contemplo, yo hubiera sido un hombre de bien».

Teótimo y el viajero, que no conocieron a Juan Lobo, pero que lo recuerdan con un punto de simpatía lastimera, contemplan el paisaje.

—Esto hay que verlo para San Isidro, con el pan encañado y las manchas de los ababoles en flor. O cuando el San Juan, cuando esto se pone que parece un fuego. Claro que sí, para San Andrés nevara, también tendría que ver.

—A mí me parece —opina el caminante— que, cuando algo gusta, gusta de todas las maneras, como las chavalas y el vino.

—Sí; eso me parece a mí.

En Támara de Campos nació Sinesio Delgado, un señor con bigote que se fue a Madrid y fundó la Sociedad General de Autores y una revista muy famosa que se llamó «El Madrid Cómico». Su nieto, que se llama Guillermo, que es pintor por lo fino y que algunas veces se junta con el viajero, explica muy bien cómo se prepara el café irlandés, el filete tártaro y el fundido de queso a la borgoñona; también, aconseja en el mus.

—Con medias de sotas, no vayas al órdago a pares, porque la pringas.

Teótimo explica que va a Támara para llevar unos cortes de vestido que le encargaron. El día de la Purísima se va a casar Adela, la chavalina más maja del pueblo, según afirma Teótimo con una tenue veladura de melancolía en la voz, y las amigas invitadas quieren estrenar ropita nueva. Adela, y Teótimo suspira, se va a casar con el Rogaciano, el chico mayor de Habencio, que tiene un buen pasar y que hizo la mili con Teótimo en Larache. Teótimo, que también está convidado a la boda, chupa hondo al pito, suelta lejano el humo y, tras una pausilla, dice:

—A ver si me animo, que ya me llama la iglesia.

La mañana está fría, pero no tanto que arredre al pardal: Se necesita mucho para que el pardal se arredre; el pardal es más lanzado que una flecha; parece mentira, con lo chico que es. Verle en la nieve da idea de lo que puede el instinto de conservación, como lo de su embosque y escaqueo ante los tirachinas de los chigüitos.

La mula que tira de la tartana de Teótimo se sabe de coro los caminos; su amo no se molesta en guiarla ni arrearla; ella ya es mayorcita y bien sabe lo que se hace; la mula de Teótimo se llama «Pastora» que es nombre sosegador y caricioso.

El camino de matahombres está medio borrado; la falta de uso se lo va llevando a la nada y, muy pronto, sólo será una línea, un lindero desvaído entre parcela y parcela. Hacia la mitad del andar, cruza el canal que lo venía costeando y se levanta una chispa para acudir a las puertas de Támara que recorta, sobre el azul acobardado del cielo, la alta torre de la colegiata de San Hipólito y la fina espadaña de la ermita del castillo.

—En este tiempo —habla el caminante— lo que más se echa de menos son los pájaros. La torcaza y la zurita, más o menos, hasta en invierno se ven, como la picaza, el gorrión y el milano; también se ven los cuervos elocuentes. Pero la alondra buchona que anuncia el amanecer, el chichipán que la lluvia promete, el colorín que se desgañita en su silbo, el zorzal que fue para el sur y el estornino que con él se fuera, el alcaraván que se enamora en los sotos del río y el tordo de vuelo torpe

dejaron vacío el cielo. El otoño es calmo y hermoso, pero, a la vez, tan triste como el campanero a quien el rayo le quebró la campana.

—Como el que se queda compuesto y sin novia.

La tartana, con su mula y sus ocupantes, atraviesa el sotillo que da solaz al pueblo, el arroyo que lo refresca, la desportillada muralla que lo defendió; después, por las empinadas y pedregosas callejas, sube hasta la plaza que unos llaman de la iglesia, otros del castillo y otros, la mayoría, dicen la plaza nada más y, por lo menos, ahorran saliva. Sobre la plaza, en una mota del terreno, estuvo el castillo templario del que no quedan ni los huesos.

Támara, con sus trescientos o cuatrocientos habitantes, es pueblo vistoso para quien guste de piedras viejas, santos antiguos, muros rotos, historias sin recuerdo y verdín de capiteles; para quien no tema romperse los zapatos sobre este pedregal. El caminante piensa que Támara y Palenzuela son los dos pueblos de la provincia, acaso de todo el mundo, que tienen más piedras en su recinto; el día que se caiga la torre de la colegiata, que al paso que va no va a tardar mucho, habrá más piedras por los suelos.

En la plaza, junto al soportal que se sostiene de milagro y frente al milagro de la iglesia que aún se sostiene, Teótimo y el andariego bajan de la tartana y, por esa calle que lleva a la iglesia de San Miguel, que hasta ahora no se había mentado, buscan dónde dejar los encargos que han traído. Desde una puerta, llama una señora:

—Teo, pasa, que a tiempo vienes. Estamos de matanza.

—Es que estoy con este amigo.

—Que pase él también.

Teótimo explica que tiene que entregar los cortes de vestido que trajo y la señora le dice que las muchachas que los encargaron están por ahí dentro y deseando verlos. Teótimo entra en el portalón y el viajero, que prudente le sigue, recibe en plena nariz un golpetazo de aromas matanceros que lo dejan al borde del vahído.

Unas chicas, arreboladas por el trajín y la impaciencia, le quitan de las manos los paquetes que Teótimo les trae y, entre risas y cuchicheos, se meten en una sala baja para ver las telas que encargaron. Teótimo y el caminante pasan al corral en cuyo centro, y pendiente de una roldana, un cerdo de cinco arrobas en canal cuelga cabeza abajo; en la lumbrarada que arde en un rincón borbotlea el calderón donde, mezclada con la cebolla picadita, los blancos piñones y el puñado de arroz, se cuece la sangre del gorrino que será el alma de las morcillas. Huele que trasciende y, en tanto que las mujeres se azacanean picando carne, limpiando tripas, pelando cebollas, lavando despojos, presentando higadillos o haciendo lo que sea, los hombres, en el otro rincón del patio, se dan a la amistad, al vino y al chicharrón.

El andariego, un tanto como gallina de otro corral, amparado en su compañero de viaje, se muestra comedido, apura su vaso a sorbitos y pincha con la navaja una pizca de riñón asado, hasta que, poco a poco, se confía y menudea los tragos, aprisa el diente y hasta se atreve a contar el chiste del cura que perdió el paraguas: ríen los hombres y las mujeres, que están en lo que tienen que estar, ponen sobre la mesilla del rincón una fuente repleta de ese bodrío oscuro, grasiento, bien aderezado y sabroso que se acaba de cocer.

El caminante se ha sentado cabe la fuente, más bien lebrillo de ancho ruedo, en la que hunde la cuchara y moja el pan para no perder comba; en un respiro, mientras rellena el vaso, pregunta a una muchachita que se mueve por allí:

—¿Cómo te llamas?

—Adela.

Y el viajero entiende aquel deje de melancolía suspirada que se le puso a Teótimo esta mañana, cuando venían para acá.

Dos o tres chavales que salieron de la escuela enredan junto a la lumbre, las mujeres los espantan y ellos, pensando en la fritanga que les espera, brincan alegres y escandalosos; las niñas, más mesuradas o más sometidas al imperio del varón, ayudan en lo que saben y pueden. Un gato, dueño y señor de su albedrío. Se hincha de tripajos y despojos.

—Bueno dice —Teótimo—, que nosotros nos vamos.

—Ni hablar de eso —responde la dueña de la casa—; vosotros os quedáis a comer.

Las mujeres, que no paran, extienden los manteles sobre la mesa larga que improvisaron en el portal; sobre ellos dejan las hogazas de pan, las jarras de vino y las fuentes de contenidos variados, bodrios, guijas, higadillos, panceta, y todas las primicias del difunto que cuelga en el corral. El caminante, que a fuerza de trasegar perdió el pudor y las buenas maneras, come a dos carrillos y se limpia en el pantalón. Suben las voces, se alzan las risas, se aúpan los chillos y el viajero piensa en lo bien que se lo pasaría Peter Brueghel, el viejo, si cayera por aquí.

El andariego también piensa, pero bastante poco, en que no ha visto el pueblo ni se ha asomado a ninguna de sus iglesias, las tres con retablos de mucho merecer, ni ha contemplado el paisaje ni ha hecho todas esas tonterías que se hacen cuando se va de turista. El caminante se dice que la gente importa más que el arte y que el paisaje, sobre todo si la gente invita a comer de la forma que se está comiendo ahora. El andorrero está tan a gusto que, a escondederas, se afloja el cincho y sigue embaulando torreznillos frescos y se reafirma en el dicho de que más cristianos hizo el jamón que la Santa Inquisición. El viajero, en mentes, da las gracias a San Miguel, a San Hipólito y a Santa María del Castillo por no haber nacido moro, aunque, también, agradece a Mahoma los almendrados del postre que son galguerías que los moriscos inventaron.

A las tantas, cuando las copas de anís, a fuerza de repetirse, tratan de ayudar a los estómagos desbordados, Teótimo dice que, si encontrase la tartana, se iría para Amusco. El andariego, que está que no ve, dice que él también se va, que quiere llegar a Santoyo antes de que se haga de noche.

Cunden los abrazos y los buenos deseos, los hasta la vista y los palmotazos en la espalda. Teótimo, que es un gran chico, le dice al caminante que suba a la tartana, que lo va a acercar a la carretera, que no es cosa que se descrime por aquel pedregal. El andariego acepta y, a bordo del carricoche, salen los dos de Támara de Campos más contentos que don Fernando I cuando ganó la batalla del Tamarón. Al llegar a la carretera, Teótimo y el viajero se dan un abrazo largo, apretado y sostenedor; al separarse, el caminante busca el macuto.

—¡Anda, leche! Si me lo he dejado en el corral...

—Subimos por él...

El andariego dice que ni hablar, que sube él solito, que ya se sabe el camino, que no es cosa de que Teótimo se retrase más de lo que se está retrasando, que, total, el piso no es tan malo y que chinilla de más o de menos poco importa, que él es muy macho, que quien no tiene cabeza ha de tener pies, que así ve otra vez la torre de la iglesia que le ha gustado mucho. Pero su argumentación no le sirve de nada; se ve que Teótimo tiene ganas de volver pues, suspirando una chispa, dice que a él no le espera nadie, que un amigo es un amigo y vuelve la tartana, con el consiguiente cabreo de la mula que no dice nada, pero que se le nota. Cuando llegan a la plaza, Adela, que les ha visto venir, se les acerca con el morral en la mano. Viene coloradilla del rescoldar de la lumbre, los ojos con el brillo que les dio el anís, el pelo revuelto y juguetón sobre la frente y el pecho —abundoso y en plural— empiñándose por el jadeo que le puso la carrerilla. Por si esto fuera poco, la muchacha viene riendo y el viajero piensa que el Rogaciano ha tenido mucha suerte con la chavala que se va a llevar. Se ve que Teótimo está pensando lo mismo.

—Todos los tontos tienen suerte.

—Lo siento, amigo —dice el caminante que, a su tiempo y a su costa, supo lo que son los celos.

—Más lo siento yo y desde hace más años.

Cuesta abajo, buscando Santoyo, el caminante va más contento que Mateo con su guitarra; eso de que en barriga llena no hay pena, es más verdad que los artículos de la fe. Tan contento va el andariego que no le importa el viento que le enfría ni los tropezones que va pegando, ya que sabe que quien tropieza, y no cae, adelanta un paso. Tan contento va el hombre, con tan buen gusto en el regüeldo que, con una musiquilla cualquiera, canta así:

*Camino de Santoyo
va un andariego,*

*media arroba de vino
lleva en el cuerpo.*

*Baila la torre
y, en el canal, el agua
corre que corre.*

A la mitad del camino, antes de llegar al carril que se acerca a la pedanía de Santiago del Val —lugarcillo de ocho casas y veintitantos habitantes adscritos a la jurisdicción municipal de Santoyo, que tampoco es mucho más grande—, el canal se aparta del camino y el cielo, por las lindes de la provincia de Burgos, se empieza a oscurecer; a la espalda del caminante, el azul de allá arriba se está deshaciendo en blancos de cristal frío y el cierzo trotón, que todo el día estuvo metido en danza, aprieta un tanto en sus sopladadas que llegan, cada vez, con la friura que se acicaló en las montañas de por el norte.

—Ancha es Castilla —se repite el viajero con el llorado Juan Lobo—. No hay otra forma de decirlo aunque uno se caliente los cascos buscando imágenes que lo expliquen.

De cara al andariego viene una mujer encaramada en una mula castellana, retinta y de buen andar. La mula va aparejada con más primor del corriente; la mujer, enfardada de lutos de pies a cabeza, sólo enseña un rostro blanco donde los ojos brillan de inquisidoras negreces. El caminante se echa a un lado y da unas buenas tardes que no reciben mayor contestación.

Ahora se empina el camino, acontece un álamo, se oculta un pardal; las aguas del canal vuelven a acercarse a la carretera. El caminante lleva más firme la cabeza, más frío el cuerpo y más seguro el andar; el lucero de la tarde asoma por los altos de Astudillo.

—El lucero de la tarde —piensa el viajero al que, de cuando en cuando, le da por pensar chorrada— es una lágrima de plata nueva que, desde el reino de los cielos, deja caer el alma enamorada de Mari Díaz, aquella muchachita que tanto supo de amar y de doler y a la que algunos —las monjas clarisas de Tordesillas y el caminante, por ejemplo— nombran y tienen por reina de Castilla.

Doña María de Padilla, o Mari Díaz por otro nombre, florecica de botón de nata que creciera sobre la dureza de los broqueles, nació en Astudillo; sus tres hijas, las tres princesillas de todas las consejas —Beatriz, Constancia y Aldonza—, también nacieron allí. En Astudillo tuvo doña María su hogar y, junto a él, fundó un monasterio de clarisas. Don Pedro I de Castilla, a quien las monjitas de Astudillo siempre nombran como El Justiciero, el caminante también, construyó su palacio en esta villa; cuando harto de muertes y venganzas, de encerronas y traiciones, a Astudillo se acercaba, manos de leche le enjugaban sangres y sudores; en Astudillo sentía el tirón cordial de su único y verdadero amor. La casa de doña María de Padilla es medianera del convento que fundó; el patio por el que paseara recordando al amado y donde cuidase el geranio áspero y humilde sirve, hoy, de anchuras al claustro del monasterio que luce torre de barro rojo que el sol alinda y el nido de la cigüeña embellece.

En los archivos de Astudillo, que podrán estar donde el diablo los haya arrinconado, sea en la iglesia parroquial, en el monasterio o en el ayuntamiento, se encontrarían, si alguien las buscara, bulas de excomunión y de perdones que el papa Inocencio promulgara a costa de la dulce Mari Díaz quien, de cuando en cuando, sentía ganas de entrar en religión. Nunca llegó a tanto, pues aquellos fervorines que la asaltaban se le iban del corazón y de la cabeza en cuanto que veía asomar las guedejas rubias de su don Pedro y escuchaba, en el corredor, el chascar de sus choquezuelas tan faltas o tan escasas del llamado líquido sinovial.

Pasado el tiempo, su nieta Catalina de Lancaster fue reina, ahora sin discusión posible, de los territorios castellanos cuando casó, por la iglesia y en la santa catedral palentina, con don Enrique el Doliente, para ser madre de un rey poeta y antojadizo.

Astudillo conserva algunos lienzos de su antigua muralla, puertas y arcos moriscos para entrar o salir de su recinto, las ruinas de un castillo en lo más alto del pueblo, plaza anchurosa, anchos mesones, bodegas excavadas, calles llevaderas y, en el barrio de arriba, una taberna en donde la cecina se deja comer y en vino no es malo.

Pero Astudillo anda lejos y en cuesta, aunque desde la carretera que va pateando el caminante se vislumbran las parpadeantes lucecillas que se empiezan a encender en las cien esquinas de la pobladura.

El caminante, que va descansado aunque con el vientre movido por el recalco del talón, busca una mata, un tapial o cualquier otro escondite donde hacerlo y quedarse con la conciencia y las tripas tranquilas. Luego arrea un poco más y, todavía con los últimos claros, entra en Santoyo, por detrás de la iglesia y por una callecita corta y amable que pinta su media docena de acacias y presenta un buen pisar.

Santoyo tuvo su importancia, el caminante no sabe por qué, pero que la tuvo es seguro. En la iglesia parroquial hay un retablo del que dicen los entendidos que parece pintado por Luca della Robia, señor que no pintó nada en Castilla, pero que eso no quita para que el retablo parezca suyo. De todos modos, malas horas son éstas para meterse en averiguaciones; el sacristán acaba de cerrar la iglesia y, con el manajo de llaves tintineantes en la mano, habla con el señor cura en la escalinata de la iglesia. El caminante saluda al pasar y el cura, sacando la nariz del tapabocas, le para:

—Usted ya anduvo por aquí, hará un par de años...

—Sí, señor, por aquí anduve y usted me enseñó la iglesia, cuando estaba usted más liado que una calabaza ordenando y catalogando el archivo parroquial. Por cierto, ¿cómo lleva usted el asunto de los papelorios?

Muy despacio, muy despacio, porque cada vez la cosa se pone más difícil y cada vez tengo menos ayuda.

—¿Qué fue de sus seminaristas?

—No me hable, no me hable... ¿Usted se acuerda del Donatito, aquel rubiales que no tenía ni media guantada? ¿Se acuerda que le dije que lo tenía conmigo para que no se me desmandara? ¿Verdad que sí? Bueno, pues el criaturito se me acabó desmandando y ahí lo tiene usted, que lo tuve que casar a cochito hervite para que los mellizos que la Juanita se trajo a este valle de lágrimas vinieran decentemente.

—Es que la juventud está perdida...

—¡Anda, morena! La juventud y la vejez y la edad intermedia y hasta los mamon-

cillos si me apura. Todo está mangas por hombro... Yo no sé si será por eso de la bomba atómica... Bueno, siempre ha sido así y, la verdad, es que la Juanita...

El señor cura se encoge de hombros, se despide del sacristán y del caminante, se emboza en el manto y se pierde por detrás de la primera esquina.

Deogracias Pérez del Cascajar, un viejo amigo del viajero, nació en Santoyo y fue, con el tiempo, racionero medio y administrador apostólico de anatas y tenutas de la iglesia catedral de Baeza, provincia de Jaén. El Deogracias anduvo poco por estas tierras, pues apenas alzaba tanto así, su tío Diosdado, que profesaba de sotasacristán en Castellar de Santisteban, también de la provincia de Jaén, se lo llevó para darle estudios. El Deogracias las palmó por allí de un tabardillo pintado que le agarró a traición y sin esperanzas, otros dicen que si de lo del piojo verde, que viene a ser por el estilo. El Deogracias jugaba al póquer mejor que el que lo inventó y se daba buena maña para arreglar relojes, pucheros picados y otros aparatos de tecnología más complicada. Pero mejor es que dejemos a Deogracias en paz.

Ya oscurecido, el caminante entra en el bar que a la plaza de la iglesia se abre. La anohecida se puso todavía más fresca y la estufa de leña, con la bravera abierta para que desfogue, que arde en un rincón, conforta las ateridas carnes del andariego que se quedó pajarito hablando con el señor cura.

El caminante se dice que no va a cenar. A pesar de haberse descargado cuando y como lo hizo, el viajero se dice que no, que, por ahora, no le cabe miga en el cuerpo. El viajero se acuerda de su prima Ángela, quien, cuando se encuentra con el bandullo en las condiciones que ahora tiene el bandullo del viajero —pesadumbre, soñorrita y piel tirante—, lo que hace es tomarse una infusión de poleo.

—¿Tienen poleo?

—Sí, señor. Y manzanilla dulce o amarga, té, flor de tila, menta, badiana, flor de malvavisco, salvia, amor del hombre, hiebaluisa, hojas de eucalipto y flor de romero. Aquí no pida cosas raras y de invención moderna que se toman en las capitales, pero de hierbas medicinales puede usted pedir todo lo que le dé la gana.

El caminante toma su infusión de poleo —la de boldo también sirve para el caso— y, contra todos sus pronósticos y respetos por su prima Ángela, el brebaje no le disgusta, tal vez por la mucha azúcar que añadió a la pócima que le sirvieron. El caminante es partidario, aunque no sea un forofo, de las hierbas medicinales, más que por su sabor y sus resultados, por el aroma que prodigan cuando se cuecen y por los nombres tan bonitos con que las bautizaron.

—¿Y no es partidario de unos taquitos de jamón?

—Sí, también, ya le he dicho, pero ahora no, que ahora tengo la piel del vientre como parche de atambor.

No hablan mucho las tres o cuatro personas que se aburren en el bar, se ve que ya se lo tienen todos dicho; tampoco consumen demasiado y, a este paso, el bar de Santoyo, chiquito y amable como un cuarto de estar, no prosperará tanto como se merece. Se ve que por aquí no entró lo de la sociedad de consumo, aunque puede que, para el tiempo de verano, el bar se anime un poquillo con los que vuelven de trabajar en Alemania.

—¿Se han ido muchos?

—Muchos, no, porque aquí siempre fuimos pocos.

Sisinio Gómez y Gómez nació y crió en Santoyo hasta que lo llamaron a quintas y se quedó a ganarse el pan por otros rumbos. El caminante se lo encontró en Alcalá del Río, provincia de Sevilla, una vez que andaba por allí, trabajando en lo que acostumbra a trabajar. Por eso de que Sevilla está bastante largo de Palencia, Sisinio y el andariego, que comenzaron a llamarse paisanos, se siguieron llamando primos, pues así parecía que se arropaban más. Como siempre, fue el caminante el que salió ganando con aquel parentesco, porque Sisinio fumaba mejor tabaco y siempre tenía veinte duros de sobra. El caminante no es que oficiara de capigorrón, que también convidaba de cuando en cuando, pero la cosa, bien mirada, no tenía ni punto de comparación.

La luz del bar, tan poco lucida como la de las bombillas callejeras que se ven desde la ventana entreabierta, sube de repente y, de repente también, se va.

—Viene enseguida; eso es que el Rutilio andará trasteando en el transformador.

Poco más se habló; ni siquiera el refuerzo de dos o tres parroquianos, que entraron al local guiados por la lucecilla del velón que allí encendieron y quejándose del aire que se ha levantado, añade dos o tres palabras al silencio mortecino que allí se estilan. El andariego se aburre a fondo, fuma, mira el reloj y comprueba que son las ocho; se estremece pensando en el aburrimiento que va a cosechar hasta que sea la hora de irse a la cama.

—Me voy a la posada.

—Espérese usted a que vuelva la luz, que se va a matar por esos cantos.

El caminante espera, vaya que si espera; una hora larga tardó la luz en volver, se ve que el Rutilio tuvo mucho que trastear. Cuando, por fin, se pudo andar por la calle, el caminante buscó posada y la encontró cercana y limpia. El viajero apalabra el catre que le dan junto al de un viajante despistado que mañana subirá a Astudillo y que ya duerme como un inocente.

La posadera, mientras le pega un coscorrón a un crío que no para y mece al que tiene en brazos, le dice al andariego que allí no dan de comer, pero que como ayer mataron, que, si quiere, le puede hacer un par de huevos fritos con panceta. El caminante dice que bueno, que si no es mucha molestia y todo eso que se dice para cumplir. Cuando se lo sirven, arrebaña.

Se ve que eso de la infusión de poleo es un buen invento y el andariego se promete que, cuando le eche la vista encima, a su prima Ángela, se lo agradecerá con las mejores palabras y muestras de cortesía.

Duerme Santoyo olvidándose de los restos de sus murallas, de su iglesia que empieza románica para acabar plateresca, de su desacostumbrado retablo mayor, su policromo artesonado mudéjar y de sus pinturas de Juan de Flandes. Olvidase también del conde Fernán Armentález que fundara la pobladura en el año novecientos y pico, de los hombres del obispo Acuña que se empecinaron en la iglesia parroquial hasta que fueron derrotados —y ahorcados, probablemente— por los hombres del Emperador don Carlos.

El viajero pasó la noche de un tirón; el viajante tampoco dio mucho que hacer. El viajero, que, por el mentado poleo, tuvo sus miedos y aprensiones, no tuvo necesidad de salir al corral en toda la santa noche.

DE BODA EN FRÓMISTA

Toda la noche el viento se mantuvo en sus trece y la mañana trajo un cielo más raso que la espalda de un laúd.

Sentado en el poyatón de la ventana, el viajero fuma y mira el trozo que ve del pueblo, la anchura del campo abierto hasta más allá de cualquier final que se imagine.

Ya pasó el pastor; cruzó la mocita madrugadora que tuvo un buen sueño. El viajero, fumando y meditativo, le desea que el sueño se le haga verdad, como desea, para el chaval que va a la escuela, que el maestro haya tenido carta de la novia y esté de buen humor. Si el viajero fuese un rey poderoso, como esos reyes de cuento infantil, se lo pasaría la mar de bien repartiendo estos pequeños dones entre sus vasallos: una carta que se espera, una declaración de amor, una sonrisa imprevista, una buena noticia inesperada. Pero el viajero no es rey, ni siquiera de su persona, y lo que hace es acercarse a la mesa sobre la que la posadera dejó un tazón de café con leche y unas rebanadas de pan tostado que frotó con ajo y untó con manteca de cerdo.

—La mañanita está fresca y el viento lo llevará de cara; llene la tripa, que así se anda mejor.

—Sí, señora —contestó el viajero y, sin hacerse de rogar, comió cuanto quiso, ajustó las cuentas y sin pensárselo dos veces se echó el macuto a los lomos y salió a la calle con el alma de refresco y una miradilla para el pueblo de Santoyo que ya

empezaba a animarse con el son de la campana y el bullir de sus quinientas almas, más o menos, todas ellas caritativas y temerosas de Dios.

La carretera va tirada a cordel; estos llanos son así; uno ya no sabe si, al mirarlos, se aburre o se emboba. Al caminante se le ocurre pensar, aunque no de una forma muy clara, que el campo se entristece en su soledad, se enclaustra en su monotonía para guardar las ausencias de la gente que no se mueve por él. El viajero sabe que esto no lo dice por lo claro, que tendría que pensarlo más despacio, que lo mejor de este decir es lo de las ausencias guardadas que al caminante le parece una frase muy justa, muy bien traída.

—¿Usted cree?

—Pues sí; a mí, eso de guardar las ausencias, eso de recogerse en la melancolía para añorar al amor ausente, me parece muy bonito. Se ve que uno es un romántico, tal vez, un poco antiguo. Se ve que, como a uno no le guardaron jamás las ausencias, echa de menos lo que nunca tuvo.

El cierzo viene de cara y, al meterse en los ojos, hace que unas lagrimillas que no son de gozo ni de dolor les esmerilen el mirar y descoynten el paisaje rotundo.

A cuartas del camino que se pensaba andar, al borde de la carretera y escorada entre los hierbajos de la cuneta, una furgonetilla pintada de verde alza la rueda pinchada. El conductor, a su lado, jura por todo lo alto en los dos o tres idiomas que desconoce. El caminante que tiene tanta voluntad como poca fuerza, pregunta:

—¿Puedo ayudar?

—Vamos a intentarlo aunque nos dejemos los...

—Riñones.

—Sí, los riñones. Tienes razón, que no se gana nada con ser mal hablado.

—Pero desahoga.

Un buen rato pasan el conductor y el viajero empujando por un lado, tirando del otro, dando vueltas alrededor del vehículo, calzándolo con un peñasco, apalancando con la garrota, mezclando jaculatorias con pecados y sin sacar de la furgoneta otra cosa que no sea un irónico bamboleo de mecedero infantil.

—Así, hasta mañana...

—O hasta pasado...

Un gañán retaquillo y bondadoso, que pasa por allí arreando a un par de mulos, se presta a engancharlos del parachoques trasero y, maniobrando con tiento y mimo, tirar despacio hasta poner la furgoneta a flote. Luego, lo que viene es coser y cantar; sacar el gato, encajarlo bajo el estribo, aflojar las tuercas, levantar el cacharro, despedirse del gañán que sigue su camino, cambiar la rueda, limpiarse las manos en el pantalón y echar un cigarro.

—Menos mal que pasó ése...

—Nunca falta gente en el camino.

El conductor y el viajero —cualquiera sabe por qué— hacen buenas migas desde el primer momento. El conductor se llama Fructuoso y tiene casa y mujer en Espinosa de Villagonzalo; chicos no tiene, pues aún no hace un año que se casó; la furgoneta la compró de segunda mano y va a Osorno a cargar unos muebles.

—Si quieres, te llevo.

—Me dejas en Frómista.

El conductor y el caminante se encaraman en la furgonetilla que corretea por la recta tan sin fin que parece que lleva al fin del mundo. Se intercambian los cigarrillos amastadores y se dice que el uno va de promesa y que el otro anda de acá para allá ganándose el jornal. Ante el zumbido del motor, la pajarota se solivianta, alza el brinco el gorrión y vuela más alta la paloma torcaz. Los grajos que por allí se buscan la pitanza miran de soslayo y no se cantean, como si estuvieran al tanto de lo que va la cosa y lo que son los inventos de la gente.

—Una vez me quedé tirado entre Triollo y Vidrieros y tuve que hacer noche. Eso es lo malo de los inventos, que nunca sabes qué hacer.

El viajero va a gusto; este paseillo en volandas no se lo esperaba y se dice y dice a Fructuoso que, con un poco de suerte, podrá dormir esta noche en Carrión de los Condes, donde tiene un amigo que es cura y que no escatimará cena y colchón.

—Así da gusto, ¿verdad?

—Pues sí; ya se sabe que los curas se tratan bien.

La furgoneta corre que es un primor; vieja ya es, pero tiene un corazón de hierro. El conducir por esta carretera no tiene mucha ciencia y, en menos que nada, se traspasa el canal, se cruza el arroyo de la Puente Caída, se dejan atrás los dos álamos que allí crecen por puro milagro y se olvida, a la derecha, el carril que llega hasta Boadilla del Camino.

Boadilla es diminutivo de dehesa, lo del camino le viene por lo del Camino Francés, por el que antaño anduvieron bandoleros y penitentes. Desde Burgos a Frómista hay tres pueblos que llevan este apellido; desde Frómista a Sahagún hay otros tres con el apelativo de Calzada. Frómista marcaba el punto medio exacto del Camino Francés, el que empieza en París, a la puerta de la iglesia de Saint-Jacques y acaba, entre la niebla galaica, ante la fachada del Obradoiro.

La furgoneta vuelve a cruzar el canal; los canales, pues, con esto del canal, el viajero está hecho un lío y no se aclara si el canal es uno y trino que cambia de nombre y anda pegando vueltas y retortijones por estas andurrias. Si no se recuerda mal, el canal o los canales se nombran de Campos, de Castilla y de Pisuegra. El viajero no toma partido; va tan a gusto, retrepado en el asiento del cacharrillo que le lleva, que malditas las ganas que tiene de devanarse los sesos con el aquél de los nombres, ahora, cuando la furgoneta se deja al lado las esclusas del canal —que tampoco se discierne si fue de transporte o es de regadío— y entra, pegando bocinazos, en las calles de la vieja y romana Frómista que, ancha y amable, se oreo al sol de la mañana bien entrada.

En Frómista nació el desconocido don Martín de Frómista, poeta sin suerte de nuestro Siglo de Oro que se ordenó en menores en el seminario de Sigüenza, anduvo de soldado en Flandes y de hambreado amanuense en la Corte de las Españas. Se dice que don Luis de Góngora le tenía en mucho, Luis Medina de Medinilla, en poco, Lope de Vega le birló la novia y don Francisco de Quevedo le corrió a cintarazos más de cuatro veces, por lenguaraz y enredabailes.

—¿Dónde te dejo?

—Aquí mismo y gracias...

El andariego se apea de las chapas de la furgoneta, dice adiós a Fructuoso y, antes de visitar la iglesia de Nuestra Señora del Castillo, se pasa por el primer bar que encuentra y se toma un cafetillo bien cargado para quitarse la soñarrera que el ronroneo del coche y la tibieza del solecico que tomó entre cristales le pusieron.

—Luego iré a San Martín.

La parroquia está abierta de par en par y encendida como un ascua; la gente endomingada la llena; lucen los oros del altar mayor, los estofados del retablo; el órgano truena por allá arriba y, ante las gradas del altar, una pareja se deja casar por un cura joven y bajito, rubiasco y calzador de gafas de concha que, a cada poco, le resbalan por las nariz.

El caminante, con las pintas que lleva, no se atreve a pasar de la pila del agua bendita. Mira al cura y le parece conocido aunque la luz, a pesar de tanta vela, y la distancia, pues la iglesia es muy grande, no le dejan cerciorarse de su conocimiento. El viajero aguanta la ceremonia, que acaba de empezar, y luego, a la salida y revuelto con el personal, alza el grito:

*¡Esta novia se lleva la flor,
que las otras no!*

—¿Es usted comediante?

—No, señora, qué más quisiera yo. Un servidor es que pasaba por aquí y ha querido unir su alegría y dar el beneplácito al gozo de la feliz pareja, a la que desea muchos años de felicidad y media docena de chavales.

—Hombre, no exagere. Con dos, van que chutan.

—Sí, señora, como usted diga, que eso es lo que se llama crecimiento cero y es lo que recomienda el Club de Roma.

El cura casamentero, que se despojó de las prendas litúrgicas y ahora parece un fulano de lo más corriente, sale de la iglesia hablando con otro señor muy bien trajeado; a la luz del día, parpadea, se tira para atrás el mechón de pelo que le tapa un ojo, se coloca las gafas y el andariego, lleno de contento, le reconoce.

—Hombre, Miguel...

Miguel es un chigüito de Fuentes de Nava que, aparte de ser cura, escribe versos y sabe mucho de don Modesto Lafuente, el historiador de Rabanal de los Caballeros, y de don Ramón Carande, el historiador de Carrión de los Condes. Cuando Miguel reconoce al caminante, pone una sonrisa de oreja a oreja, le da un abrazo y le dice:

—Vente a comer con nosotros.

—Hombre, así sin que me inviten...

—Yo soy el cura y éste es el padrino, así que déjate los respetos humanos y los chismes que traes, en mi coche, y ya verás qué bien lo pasas.

Los novios, los padrinos, los invitados y algún gorrón que se pega forman el cortejo y se dirigen al mesón donde se celebrará el convite. El cura y el caminante se dan un brinco hasta el «dos caballos» de Miguel que, por la pinta que tiene y la matrícula que muestra, debe de ser contemporáneo de don Alfonso X, el Sabio, y allí se dejan la cachava y el macuto para que el andariego, más desembarazado, pueda manejar tenedor y diente.

Miguel, que se mueve entre aquella gente con la autoridad que le dan paisanaje y sacerdocio, presenta y recomienda al andariego a un grupo de chicos y chicas y él, por motivo de su cargo, toma asiento al lado de los novios. El viajero, al quedarse solo, se siente un tanto cohibido, sin amparo de nadie y sin atreverse a decir nada. Cuando se echa un par de vidrios y si le preguntan, dice que va de peregrinación a Santiago de Compostela o acerca la fuente de ensaladilla a una señora o cede el asiento; cuando se toma otros dos, cuenta que la promesa la hizo cuando se libró de una novia que lo traía a mal traer; a veces, cambia la historia y, por darle un poco de color local, dice, acordándose del fromistiano San Telmo, patrón de los mareantes, que la promesa la hizo porque se libró de un naufragio la vez que iba a trabajar a Ibiza, pero que, a última hora, a donde le mandaron fue a Argamasilla de Alba, de la provincia de Ciudad Real. Más tarde, cuando se acabaron los tropezones de matanza y otras delicias de diferente estilo, se atreve, más que por nada, por tantear el terreno, a contar un par de chascarrillos subiditos de tono; las risas con que se reciben y los decires con que se comentan le dan a entender que en Frómista existe la libertad de expresión necesaria para pasárselo bien y, dándose un respiro, se dedica a las sopas castellanas y al lechazo asado que le ponen al alcance de su tenedor y cuchillo.

—¿Te quedas al baile?

—Antes falta el chocolate en Roma...

—Es que el cura se va.

—Es lo suyo. ¿Qué pinta un cura en un baile?

—Después del Concilio, sí...

Dos mozos, fronteros al caminante, cuando finan el lechazo y antes de emprenderla con las natillas de boda, se desafían, jarras de a litro en ristre, a apurar su contenido aguantando la respiración. El viajero dice que eso es una burrada, que se van a matar.

—No te preocupes. Esos dos tienen bodega en Baltanás y están muy hechos...

Los dos mozos se ponen en pie, se estiran, se aflojan los cinturones para aumentar la capacidad del bandullo, se desabrochan los botones de la camisa y alzan los jarros; luego los van inclinando; el clarete paisano y morito les entra garguero adelante y se ve cómo les sube y les baja la nuez en el trago. En el salón se hace el silencio hasta que las jarras quedan boca abajo y los mozos sueltan el resuello. Suenan los aplausos. Los mozos, como unos caballeros, vuelven a sentarse para dar fin a las natillas y a todo lo que continúa asomando sobre los manteles.

—¡Dios, qué saque!

Pues eso no es nada —comenta el de al lado—. El año pasado, para las fiestas, el primo de Toño, ése de la corbata verde, hizo lo mismo, pero con una herrada de cinco litros. Luego se lo tuvieron que llevar a la Cruz Roja de Palencia, pero a los dos días ya estaba fuera de la uvi y dispuesto a repetir el lance.

—En la Cruz Roja de Palencia tengo yo un amigo.

—¿Por lo mismo?

—No, señora; de médico.

Es la hora del postre innumerable, la hora del café y de la copa a elegir, la hora del purito canario que el padrino reparte, la de los besos a la novia. Los hombres están al borde la congestión; las chavalas, siempre tan comedidas, no pasan del arrebol que les pone más guapas. Los alaridos de «vivan los novios», «viva la madrina» y «viva la masa coral de Carrión de los Condes», alternados con las risas y otros ruidos, amenazan con hacer añicos los cristales de las ventanas. Los dos mozos de antes se disponen a repetir la faena, ahora a pata coja y encima de una silla, pero los que están con ellos les quitan la idea del magín y los chicos se conforman con un paso a nivel y unos cuantos sobadillos de San Andrés de Arroyo.

A las órdenes de no se sabe quién, los camareros y unos cuantos del común apartan mesas y sillas para abrirle ruedo al baile. Entran los de la orquesta con sus pitos y se colocan en un rincón. Suena «El Danubio Azul», después se ataca un «twist» que el andariego se marca con una chavala que invitó a bailar y se queda

para el arrastre. Lo que sigue es un bolero, que es música más descansadilla, y el caminante se deja llevar y mecer, apontocado en su pareja, entre la lenta melodía que le adulcigua carnes y corazón.

El andorrero se lo está pasando bomba. En toda su vida se le dieron las chavalas como se le están dando esta tarde. Cuantas saca a bailar aceptan el envite y el viajero está que no pierde comba ni pieza. Está hecho un paladín, nada se le pone por delante; lo que comió y bebió le cayó a modo y se siente macho y bragado, como un don Gonzalo Fernández de Córdoba después de ganar las batallas de Garellano y Pavía.

Algo más tarde, el salón se empieza a aclarar; ya no se achuchan ni tropiezan los danzantes. Las personas de orden abandonaron el campo y se llevaron con ellas a los chigüitos enredadores. La orquesta alterna valsecillos con pasodobles que exigen poca ciencia para interpretarse y menos para bailarlos. Por la ventana abierta para desalojar el humo de los tabacos, entra el fresquillo que se trajo la noche. El viajero pregunta:

—¿Dónde está el cura?

—Hace dos horas que se fue...

El caminante pega un respingo, pide ayuda para buscar a Miguel y capitaneando a un grupillo de chicos y chicas, sale a la noche tratando de encontrar al cura que no aparece por ninguna parte; el «dos caballos», tampoco.

—Pues se me ha llevado el macuto...

—¿Llevabas mucho?

—No, mucho, no. Lo que siento es la boina.

Pero no es cosa de disgustarse, de abandonar la juerga por morral de más o de menos. Más se perdió en Cuba, se dice el caminante, y la tropilla opina que, como el baile está dando las boqueadas, lo mejor que se puede hacer es irse a cualquier chiringuito del pueblo para seguir tomando lo que sea.

El caminante dice que bueno, que a él le da lo mismo ocho que ochenta, que sólo se vive una vez, que la noche es joven y que para luego es tarde; también dice eso de que más vale un toma que dos te daré y que, a razón de catorce, siete la media, cosas que, a todas luces, no vienen al caso, pero al viajero le ha dado habladora y no hay quien le calle. El viajero va emparejado con una chavalina que es un primor y que viste un vaporoso trajecillo de organdí, con manga corta.

—¿No te hielas?

—En mi pueblo hace mucho más frío que aquí...

El viajero, con tan animosa y agradable compañía, es capaz de olvidarse de todos los morrales del mundo y darse una vuelta por el otro. Antes, se precave.

—Oye, bonita, ¿tienes novio?

—No.

—¿Y hermano buscabroncas?

—Tampoco.

—¿Y papaíto represivo?

—Está dormido desde hace siete siglos.

—¿Ni nadie al que le pueda dar por partirme la cara?

La chavala dice que tampoco, que lo único que tiene y que pudiera servir para tan lamentable tesitura es un cuñado, pero que está a ver si se coloca en Alemania.

Como Alemania está muy lejos para que, de buenas a primeras, se le ocurra, al cuñado, acercarse por aquí esta noche, el caminante respira y dice:

—Pues entonces, maja, déjame que me apoye en tu brazo, que esto de haber perdido el equipaje me ha dejado sin fuerzas.

Cuando el grupo atraviesa la plazoleta de la iglesia, ve un montón de gente que grita y se abocina formando corro.

—¿Qué pasa?

—Nada, que el Toño y el Paquito se han vuelto a beber otras dos jarras y ahora quieren comerse los cascós.

—Dejadles que hagan lo que quieran, que ya son mayorcitos; mientras no les dé por meter fuego a la iglesia...

—Eso es lo que sigue...

El grupo del caminante, tras un ligero intercambio de opiniones, decide meterse en el mesón de «Los Palmeros», que es un lugar muy apañado, un chiringuito de lo más aparente, que está especializado en la confección de tortilla de patatas y de los taquitos de jamón de pata negra, y en donde el andariego ha parado más de una vez. El mesón es la mar de comfortable, ni siquiera en la capital hay unos divanes como los que allí hay, delante de una chimenea francesa. Las tres o cuatro parejas que forman la expedición entran en el establecimiento y se reparten por él buscando la soledad en compañía. El viajero y su pareja se acomodan en un diván de dos plazas y piden dos cubalibres con mucho hielo.

—A mí me gusta mucho mirar el hielo —dice la muchacha.

El andariego, que está muy desentrenado en estos menesteres, tarda un poco en encontrar las palabras propicias, los gestos acercadores y los suspiros elocuentes que, para estos casos, se requiere. Por fin da con ellas y ellos aunque, bien mirado, no le hacían mucha falta. La mozuela que le cayó en suerte era tan fogosica como las doncellas del cancionero popular y ya se sabe que, con mozas así, lo que sobran son las palabras.

—Hace siglos que no veo el mar.

El andorrero no sabe qué pintarán los mares en este asunto, pero tampoco se para a dilucidarlo. El viajero sabe que cada cual se pone cachondo a su manera y ésa de la mar salada puede ser una de tantas. El tiempo pasa amable y confiado. Ya no hay quien se acuerde del macuto, que Dios sabe por dónde andará, ni de que mañana, por no perder la costumbre, habrá que volver al camino.

Se oye el tictac de un reloj de pared, el fuego que arde en la chimenea francesa pinta un crepúsculo de verano en el cristal del cenicero, en la comba del florerillo que adorna la mesa baja donde los cigarrillos se consumen solos y los vasos de los cubalibres se mueren de risa. Hay un silencio de algodón perfumado; la tierra detuvo su rodar; lejos se oyen los pasos de alguien que regresa, el roce de los pétalos de una flor que, sin viento, se deshoja, un suspiro duplicado, la voz del camarero de turno que dice que ya está bien, que ya va siendo hora de cerrar la tienda, que es tarde y la noche viene con frío.

Ya en la calle, el caminante pregunta que dónde podrá dormir; sus gentes le dicen que no se preocupe, que ellos le buscarán posada. La noche tiene un cielo de mentira donde las estrellas que el cierzo bruñe crecieron más de dos cuartas. El grupo, desperdigadillo de dos en dos y en silencios de arrobó y de martelo, anda por las callejas del pueblo dormido. Pasada la iglesia de San Martín, en lo que fuera la judería, encuentran donde aposentar al caminante. El amo del parador está cerrando la portalada; la trébede conserva tibiezas que son bien recibidas; los compañeros del andariego invitan, allí mismo, a una copa, mientras se apalabra el catre donde el viajero pasará la noche.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el andariego a la muchacha que la suerte le deparó.

—Cristina. ¿Y tú?

En la penumbra del callejón se despiden. El grupo se aleja y el caminante, apurado el último cigarrillo de la jornada, dice al posadero que no le despierte, que ya se despertará él. Luego se acuerda de que no se acercó a la iglesia de San Martín.

—Que el santo me perdone, pero ya sabe él que hay ratos que no son para echarlos a piedras viejas...

Las sábanas están más frías que una paramera. Toda la noche heló y, por el cielo combo de los Campos Góticos, el cierzo colgó cristallitos de frío y chirridos en las veletas. En todas las iglesias de su advocación, los San Martines de los retablos se embozaron tiritones en la media capa que les dejó su reconocida caridad.

SE DUERME EN CARRIÓN DE LOS CONDES

Las diez estaban dando cuando unos golpes, sobre la puerta de su cuarto, despiertan al viajero, que se soñaba a punto de algo tan delicioso que no guarda memoria de lo que ello pudiera ser.

—Que baje, que le buscan.

Y el caminante, con el mal café de quien todavía no lo ha tomado, se atusa en el aguamanil y baja las escaleras de tres en tres. En la cocina de la posada, Miguel, el cura, y otro chico de los que estuvieron en la boda, toman algo mientras le esperan.

—Nada; que anoche, cuando llegué a Fuentes, me di cuenta de que te habías quedado el morral en el coche y aquí te lo traigo.

—Pero ¿por qué te has molestado?

—Es igual; de Fuentes aquí es un paseo. ¿Tú cuándo te vas?

El viajero dice que en cuanto que se tome un café, pero que, antes, le gustaría despedirse de la chigüita con quien anduvo ayer tarde.

—¿Quién es?

El viajero explica que la muchachita se llama Cristina, que llevaba un vestido de organdí azul con florecitas amarillas, que es una chica muy mona y muy simpática

que parece que está algo pirada; rubia, alta, con los ojos claros y zapatos de medio tacón. Para más señas, añade que la chigüita tiene un cuñado que se llama Alfonso y que está buscando colocación en Alemania.

Miguel, como es forastero, no cae en quién puede ser y su acompañante dice que tampoco la conoce.

—Con esas señas...

—Sí, hombre —insiste el andariego—. Si tú la tuviste que ver conmigo, cuando nos acercamos para ver qué pasaba con el Toño y el Paquito...

—¿Antes o después de que se metieran en el canal?

—Sería antes, porque cuando yo los vi estaban secos por fuera.

El chico dice que no se fijó, pero que, de todas formas, no sabe quién pueda ser la muchacha y el caminante le pregunta al posadero.

—Yo estaba muerto de sueño y no me paré en ella. Era muy tarde, pero, con ese nombre, no hay nadie en este pueblo

—Será forastera.

—Menos todavía; aquí, en las forasteras, nos fijamos mucho. Lo que pasa es que tú, a media boda, ya estabas un poco pasado.

—¡Si apenas lo probé!

Para salir de dudas y a petición del caminante, se acercan a preguntar al mesón de «Los Palmeros».

—Pues no sé —dice el camarero—. Aquí, cuando vienen parejas procuramos no molestar.

El viajero se está enfadando, está a punto de comerse la boina y jurando que anoche estuvo con una chica y diciendo que no se va de Frómista hasta que no dé con ella.

—¿Y dices que es Cristina? —pregunta Miguel— ¿Y el apellido?

—No lo sé. ¿Es que tú piensas que, cuando se está a gusto con una chavala, te entretienes en hacerle el padrón?

—A ver si es que Juanjo —ríe Miguel— te contagié su chaladura de princesas boreales y...

—¡Calla, leñe! —chilla el viajero, que siente cómo le recorre un repeluz por la espalda y, aunque no cree demasiado en las ánimas del purgatorio, se persigna y se queda muy serio, pues sabe que la noche acostumbra a jugar malas pasadas.

—Bueno, vamos a dejarlo. Me voy a Villasirga.

—Yo te llevo, que me coge de camino.

El viajero da las gracias y le dice a Miguel que le gustaría parar un momento en Población de Campos, pues, según le han dicho, hay allí una ermitilla dedicada a San Miguel de la que le han contado maravillas.

—Ahora está sin culto y medio espaldada —dice el cura—. Te gustará. En su tiempo, fue de los templarios, claro que, por esta parte, casi todo era de ellos.

Antes de salir de Frómista, el viajero, todavía muy serio, pregunta que qué paso, por fin, con el Toño y el Paquito.

—Nada; lo de siempre. Se dan un baño y se les pasa la trompa; agarran la moto y se van a dormirla a su pueblo.

Brinca el «dos caballos» del cura por la carretera que, antaño, fuera calzada de peregrinos fervorosos. Miguel, con las manos al volante, sonrío feliz al poder hacerle otro favor a su amigo y le habla de lo que está preparando sobre la terna lírica

castellana —Manrique, Fray Luis y San Juan— que se sabe de coro. El viajero, sin prestar mayor atención, piensa en la muchacha que le habló de un sueño de siglos, de hielos y de mares.

—Oye, no estés tan así; a lo mejor, la chigüita te dijo que se llamaba Cristina, como te podría haber dicho cualquier otra cosa...

—No, Miguel, la muchacha no me mintió.

El «dos caballos» hace aire; si lloviera, haría agua. El carreteado cochecillo tiene tan desajustadas las puertas y las ventanillas que el viento se cuele en él y hace que la mañana esté tan fría dentro como fuera del cacharrillo que, correr, no corre mucho, lo que va en beneficio de la vista que se demora en la contemplación del paisaje.

A unos pasos de la cuneta, entre unos arbolillos que la otoñada desmanteló, está la ermita de San Miguel Arcángel. La ermita, lo que de ella queda, es una hermosura. A pesar de tantos pesares, conserva la gracia primitiva de una jarcha mozárabe.

—Vamos a entrar en Revenga —dice Miguel—. Su iglesia no es gran cosa, pero el retablillo del altar mayor, bien merece perder un cuarto de hora.

Revenga de Campos está un poco más allá, nada más pasar el empalme que lleva a Villovieco. Revenga de Campos es un montón de adobes que el frío enceniza y el calor, cuando lo hace, socarra. El pueblo tendrá unas ocho o diez casas mal contadas que se abren a un atisbo de callejuelas batidas por los cuatro vientos y una iglesia como un dedal. En su altar mayor y único, un retablo del siglo xv muestra sus penas y roturas y, a pesar de ellas, unos rostros de prodigio que la ingenuidad de unos pinceles calmos y devotos estamparon hace quinientos años y todo aquello que, si Dios no lo remedia y el ministerio correspondiente no toma cartas en el asunto, se irá a hacer puñetas antes de lo que se puede pensar.

El viajero, entre lo de la muchacha de anoche, el destrozo de la ermita de Población de Campos y lo que ahora ve, tiene el corazón por los suelos; así lo dice y desbarra de tanto derrumbo hasta que Miguel le habla:

—Como este y en sus mismas condiciones, hay doscientos o trescientos retablos sólo en la provincia de Palencia. Ni el obispado ni la diputación ni el diablo en persona tienen dinero para remediar tanto estrago. El pueblo, ya ves, es pobre de solemnidad; esto no tiene arreglo. Ésta es Castilla, la que *face los homes e los gasta*.

—Sí; a los hombres, a los retablos, a las ermitas, a los castillos... Muchas veces me pregunto que qué viento de locura dejó a estas tierras tan maltrechas...

—No fue el viento. El viento es más misericorde...

El viajero se apoya en la pared encalada que mal sostiene el porche de la iglesia y se queda mirando, casi sin ver, el maltratado semblante de Revenga de Campos; cuenta las pocas chimeneas que dan señales de humo, la media docena de gallinas que picotean lo que pueden encontrar entre los cantos de la calle; mira al perro que se aburre, el tapial resquebrajado, la desesperanza de la que quisiera ser testigo de cargo, el desaliento que, a puñados, se le mete por los ojos.

Pasado Villarmentero, asoma Villalcázar de Sirga. Los viajeros dejan el coche en una plazoleta con acacias, bancos y fuentes. Allí está la colegiata de la Virgen de las Cantigas; también, la añosa panera que se convirtió en mesón en el que, sin soberbia en el costo y con regalo en el trato, Pablo, el sordo mesonero del Camino Francés, atiende con donosa discreción a sus clientes y amigos.

El caminante dice que no entra en la colegiata, que ya está bien de muertos. El mesón todavía no se abrió. Los viajeros tiran por una calle blanca y larga y buscan una taberna en donde echar la espuela.

—Mejor, almorzamos.

—No, que en casa me esperan a comer.

Cuando el andariego se queda solo, mordisquea el bocadillo que pidió; ni a fuerza de clarete lo hace pasar. El quedarse en soledades, después de sus encuentros, le alicorta los ánimos y las hambres; el cromo de un calendario antiguo que reproduce el entierro de don Felipe, el hermoso, tampoco hace nada para levantarle la moral.

El camino está sin nadie, zumba el cierzo en las orejas, el cielo que, hasta hace poco, era de azul desteñido, se está llenando de nubes que le cargan de aprensión y hacen aligerar el paso, por si se pintaran en bastos. Huele a otoño y el caminante se dice que ese olor, al contrario del olor a primavera, no se puede cargar en una cajita. El otoño huele a leños que se queman y a hojas que se pudren al filo de los caminos; a hierbas que nacieron sin gobierno y a alientos de recental. El caminante, que no ha dejado de pensar en Cristina, siente que el aroma del que se viene hablando le penetra por los poros y le anima y hasta parece que le abre el apetito.

Carrión de los Condes. De aquí fueron los condes de Carrión, los malos del Cantar de Mío Cid. Claro que, según se ha oído decir, aquello del Robledal de Corpes no fue más que un cuento que se inventara el autor del Poema para zaherir a quienes le traían a mal traer. El autor del Cantar era un poeta social, antes de que la poesía social se inventase. Quienes escribieran el Romancero del Cid cojeaban del mismo pie. Todo lo que cantaban sobre las correrías de don Rodrigo Díaz, zurrándoles la badana a los franceses, pidiendo juras al Rey, descachando el trono del Papa, no fue otra cosa que la protesta de un pueblo —que gritaba por la voz de sus juglares— en contra de la política afrancesada y papista que imponía la real gana de don Alfonso VI. El letrado Pero Abad o quien fuera que fuese se sacó de la manga lo de la azotaina del Robledal. Así se escribe la historia.

Claro que, bien mirado, aquel pie de paliza tampoco tuvo mucho de particular. El pegar a la santa esposa es práctica extendida y aún vigente; en aquellos siglos de lepra y hierro, el hacer el bestia era moneda común; el mismo Rodrigo de Vivar lo hace cuando corteja a Jimena matándole las palomicas que se desangran sobre su brial; cuando se carga a su suegro; cuando jura como un poseso ante el portillo de Zamora.

El caminante, que a veces se pone un tanto cínico, se dice que también pudiera ser que a doña Elvira y a doña Sol les fuera bien la marcha y que aquellos palos que recibieran lo único que hicieron fue ponerlas cachondas. Cosas más raras se han visto.

Todo el romancero del Cid, piensa el viajero que no quiere pensar en ayer tarde, es un canto de protesta social contra todas las instituciones —iglesia, rey y familia— de la época:

*Por besar la mano al rey
no me tengo por honrado
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado,*

dice el arriscado caballero que, para asistir al besamanos, no se vistió de seda, como los otros besadores, sino que fue tal cual y sin ganas de lucirse. Amenaza a su padre y no le rompe la cara, de milagro, cuando el viejo le apretujó los dedos y, ante el papa,

*Por cualquier niñería
arma pendencia a la iglesia.*

Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, debió de ser un tipo como para no encontrárselo de noche, al revolver una esquina.

—Y mentir, mentía lo suyo, como hizo con don Raquel y don Vidas...

—Pues vaya un ejemplo que nos ponen en el colegio...

A la entrada de Carrión de los Condes, el viajero se cruza con dos hombres que comentan con cierto alborozo

—Esta noche nieva.

—Bien puede, que el cierzo lo mismo bruñe el cielo que blanquea el suelo.

Carrión es pueblo grande, con calles largas y blancas que parecen de capital, con sus casas de piedra noble, sus arbolillos de cuando en cuando y sus bares de buen ver, como ése que hay en la esquina de la plaza, frente al ayuntamiento, con asientos de gutapercha, desde donde puede contemplarse el pórtico de la iglesia de Santiago y donde el vino es bueno y los pinchitos sabrosos.

—Un clarete y un pincho de tortilla.

—¡Marchando!

El viajero, que está casi decidido a pegar la gorra en casa de su amigo Manolo, piensa, también, que no es muy elegante eso de presentarse en casa ajena para socializar cena y cama. Si, ayudando un poco a la casualidad, se diese con su amigo, sería otra cosa, pero cómo hacerse el encontradizo con quien no se sabe dónde se encuentra. El viajero, dubitativo, se dice que, como aún le queda dinero, puede cenar en lo de la Vidala y dormir de fonda.

—Otro clarete y un poco de cecina.

—¡Cecina para el caballero!

El bar está bullicioso; los tres tíos de la barra no dan abasto. Aunque la tarde se ha puesto todo lo fría que puede, la plaza está animadilla también. Los ojos del viajero van de esquina a esquina, de rostro en rostro, sin columbrar el que tanto desea. Desde lo alto del pórtico de Santiago, como siempre, el majestuoso Cristo sedente bendice a todo el que pasa por la calle.

El andariego se acerca a la casa de su amigo. El viento que barre el paisaje urbano se ha puesto intratable. La casa de Manolo está cerrada y el caminante oye el estrépito que arman, al venirse al suelo, las alas de su asendereado corazón.

—Están en casa de la hija, que hoy es su día —dice la vecina fisgona que vio al viajero llamar.

El andariego vaga por aquellos andurriales y, aprovechándose de la última y mala luz de la tarde, se entretiene mirando, desde el murete de la terraza de la iglesia de la Virgen de Belén, el paisaje invernal que desde allí se domina. El sacristán, que anda cerrando, habla con un paisano.

—Esta noche nieva.

—Aún falta para San Andrés.

—A veces se adelanta.

La vega del río y su arboleda no se parecen en nada a las que otras veces y en otras fechas contempló el andorrero. En el hortal no hay ni una cenefa de verdor; los árboles desnudos enseñan sus vergüenzas entre un planto de ramas secas, negras y quebradizas; el río, crecido por las lluvias de estos días atrás, remolinea y canta como un prior que estuviera con la garganta enferma; relucen, entre lo oscuro del barro, las lajas de piedra que hacen saber de la calzada que las legiones de Roma trazaron para su uso y comodidad. Más allá no hay nada; sólo la sombra del monasterio de San Zoilo, donde duermen los Condes de Carrión, y el resto de la sombra que está cayendo sobre la anchura comba y sin finales de la Tierra de Campos.

El paisaje está tan melancólico como un poeta de la escuela del sepulcro y el viento del norte, como dando la razón a los que dicen que esta noche va a nevar, se echó a los pies del paisaje como un lebrel agotado. Las luces de los lugarejos que se agazapan en las cercanías tiemblan y amarillean acá y allá. El andorrero con más frío que una estatua, abandona el pretil donde se apoya y vuelve por sus pasos a ver si encuentra cobijo. Ya es noche ciega por el ancho mundo cuando, en la misma puerta del ayuntamiento, el viajero se da con su amigo.

—¡Coño, Manolo, qué casualidad!

—¿Qué haces tú por aquí y con este tiempo?

El caminante que no se atreve a salir con el cuento de la peregrinación a Compostela porque sabe que su amigo no se lo va a creer, no contesta. El otro, que lo conoce y respeta las manías de cada cual, no insiste sino que le aconseja que se avive, pues, a poco tardar, se puede encontrar con la nieve.

—¿Y con los lobos?

—No, hombre, no exageres. Mucho tendría que caer para que los lobos bajaran a la Tierra de Campos. Antiguamente llegaban hasta Grijota, pero ahora no se asoman ni a lo alto de la Valdavia. Siento defraudarte, pero ya no hay lobos ni en Tramaya. Pero ¿qué hacemos aquí, parados, y con el frío que hace? Vámonos para la casa, que la hornacha estará como una flor y tú tienes una pinta de desgraciado que no puedes con ella.

El viajero, contento como un cascabel, se agarra a Manolo. Manolo vive allí mismo y, al entrar en su casa, se siente un abrazo de hogar bien avenido en el que se cultiva la caridad y el resto de las virtudes teologales.

—¿Y de las cardinales?

—También, aunque la templanza no mucho, que cuando Manolo se lía a comer y a beber no hay cristiano que lo pare.

—Eso era antes; ahora, con mi úlcera...

Manolo dice que tiene úlcera de estómago y que por eso sólo bebe tinto y come cosas de enjundía, como jamón, queso, morcillitas y otras chucherías por el estilo. Los padres de Manolo reciben al andariego como si éste fuera uno de los condes de Carrión y la madre, sin que nadie le diga nada, saca una botella de vino añejo y unos tanganiños de lomo adobado que huelen a paraíso terrenal. El padre, que se sienta a compartir el yantar, dice que esta noche no nieva.

—No, esta noche no nieva. El cierzo se ha parado, pero eso no quiere decir nada. La gente tiene ganas de que nieve y, entre eso y entre que ya se olvidó de los saberes del tiempo, confunde la verdad con lo que el cuerpo le pide. Mañana, ya tarde, o pasado a todo tirar puede que caiga una buena, pero todavía es pronto para echar esos cálculos.

—¿Y no se podría esperar dos o tres días?

—Hombre, si por mí fuera... Pero en el tiempo sólo manda Dios y, un poco, San Isidro.

Manolo es un científico de la bebida. Bueno, Manolo es muchas cosas a la vez y todas estupendas, pero en esto del beber con talento y a sílabas contadas no hay quien le moje la oreja. El andariego, que más de cuatro veces se ha dado al jarro con tan ilustre compañía, sabe lo que se dice. No sabe si esa ciencia de Manolo es una ciencia infusa o se debe al rudo aprendizaje al que le sometió su amigo Ramón, uno que escribe versos y que se llama Miguel y que, más que un poeta de campanillas, parece un doctor en enología.

Cuando el andorrero, por un casual, se junta con Miguel y con Manolo, hay que llevarle a su casa, pues se olvida hasta de las generales de la ley.

El secreto de esta ciencia —y el caminante lo aprendió a costa de sus traspies— está en el beber con parsimonia y no dejar que las tripas se desamparen de lo sólido. Hay que beber con respeto, casi con liturgia; piropeando al arrebol del caldo, su aroma de campo arrebolado; el gorgoteo ruiseñor que hace al caer en la copa; la suavidad que deja en el labio y el regusto a furia que extiende sobre el paladar. Así es como gozan los cinco sentidos corporales sin que el hígado sufra, el riñón se resienta, el estómago se altere y la cabeza se adolore.

En cuanto a los gozos espirituales son tantos que no se pueden nombrar: la amistad que se recrece, la conversación que no para, el ingenio que se afila, la broma que rebrinca, la alegría que canta, el poema que surge, el recuerdo que se suaviza.

Manolo, que tiene palabras para todo, dice que Martín Lutero afirmaba que quien no gusta de las muchachas, de las canciones y del vino no puede ser un buen cristiano; que Charles Baudelaire aseguraba que el hombre que no bebe es porque tiene algo que ocultar; que Apuleyo escribe que la primera copa es para la sed, la segunda para el placer, la tercera para la alegría, la cuarta para la locura.

—¿Y la quinta?

—No hay quinta, pero hay que tener en cuenta que las copas de Apuleyo eran como de medio balde.

Manolo continúa diciendo que el vino añejo es analgésico, diurético, ansiolítico y miorrelajante; que ya se sabe que el agua se bendice, pero que el vino se consagra.

El viajero no dice nada. El viajero come, bebe, calla y escucha porque con Manolo siempre se aprende algo. El viajero lo que hace es pensar que todo eso que dice Manolo de Martín Lutero y de las cualidades médicas del vino lo tiene que apuntar, para que no se le olvide y, luego, presumir de sabidurías. El padre de Manolo tampoco dice nada, pero, de vez en cuando, se levanta y arrima a la mesilla otra bo-

tella y otros taquitos de lomo. La lumbre baja chisporrotea y el leño gordo, como en un poema de D. Luis de Góngora, es una mariposa que en cenizas se desata.

Cerca de las ocho eran cuando se empezó a merendar y una chisilla antes de las diez, y sin solución de continuidad, lo dejan para pasar al comedor.

—Así es mejor —dice la madre de Manolo— porque si hacéis un descanso, no hay quien os haga comer ni un bocado.

Y el bocado que la señora de la casa presenta es un cuenco de sopa castellana que se continúa con unas rajadas de merluza grandes como rodajas y una fuente de arroz con leche que va pasando a los estómagos a fuerza de pan.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntan al andariego cuando el momento del café deja que las bocas se dediquen a la conversación.

—Dos jornadas desde aquí a Palencia; los días son cortos y no dan para más de dos o tres leguas; luego, el tren a Madrid.

—La verdad, hijo —dice la madre de Manolo— es que te traes unos trabajos...

—No es trabajo, señora, es gusto. En el camino se encuentra gente buena y se reencuentra gente mejor. Si alguna vez se siente uno solo, se pone a recordar a los amigos y así se conforta de su ausente compañía. Viajar despacio es muy bueno. Ahora, la gente viaja mucho, pero sin tiempo de enterarse de nada; del camino sólo ve la cinta de la carretera y no se cae en el color de la amapola ni en el olor del tomillo; de los pueblos, sólo sabe que en uno comió bien y en el otro regular y no se fija ni en la torre de la iglesia ni en el vestido que estrenó la maestra. Esa gente viaja así y, para saber lo que pasa por su lado, tiene que ver la televisión. Sin embargo, el que camina, como el que reza, como el que canta, su mal espanta y aprende a confiar en Dios.

Muy largo le salió el párrafo al viajero que se ruboriza de sus muchas palabras y esconde su vergüenza en el copetín de aguardiente que le ayudará a bajar merienda y cena. Manolo, que ha andado por los mundos del extranjero, le da la razón y

cuenta algunas cosas de sus andares mezclando el vino de Frascatti con el intolerable licor de Calvados y a Blas Pascal con Heidegger. La sobremesa se alarga, arden los cigarrillos, la madre quita la mesa, el padre trastea preparando el quehacer de mañana y no hay prisa para acostarse. En la casa de Manolo se está muy a gusto y el viajero quiere estar bien despierto y, así, prolongar el placer que ahora siente al verse tan bien tratado. Manolo habla de su paisano Don Íñigo.

—Golfante fuera el señor Marqués y dado a las intrigas y a las mozas; ni los palos que recibió en Olmedo ni los sinsabores que las serranillas le dieron acabaron con sus mañas. Su señora fue una real moza, y así la pintó Jorge Inglés, pero él se andaba buscando pan de trastrigo, aunque pocas veces se llevara el pan a la panera, ya me entiendes. Pero a la hora de hacer balance don Íñigo quedó muy bien parado. ¿No te parece?

Al viajero, que no está puesto en estas cosas, al filo de la medianoche le entra una soñarrera que no se lame; el primer bostezo lo contiene a fuerza de buena educación y enclavijando los dientes; con el segundo no puede.

Al viajero le han preparado una cama con siete colchones, almohadas y cuadrante, perinolas de cobre reluciente y colcha de seda, de ésas que se ponen de colgaduras en el Día del Señor; el viajero que ya va estando cansado, se encarama en aquel monumento al buen dormir y, tras agradecer a los cielos el buen trato que está recibiendo, apaga la luz y deja que la de la calle se cuele por el cuarterón que se dejó entreabierto. Es entonces cuando en el reloj de la villa suenan los cuartos para las doce y las campanadas retumban en el silencio rural.

Carrión de los Condes, arrullado por la antigua canción de su río y por el lejano tronar de los camiones que pasan hacia Saldaña, duerme sin soliviantos ni zozobras, sin más deseos que el de que mañana amanezca para todos y para todos traiga, con el afán de cada día, una chispilla de ilusión que ayude a sobrevivir en este mundo de bombas atómicas y enfermedades incurables, pero también el mundo de la cañuela que apunta y de la carne de membrillo de la Merendeta escolar.

Ladra un perro al que cualquier ruidillo alertó; canta un gallo por el qué dirán; maúlla la gata a la que el celo se le adelantó; un niño chico llora insomne entre

pañales; los guardias municipales estarán haciendo una ronda corta —nunca pasada en Carrión de los Condes— para volver a calentarse en el brasero que les espera en el cuartelillo. Alguna moza soñará un amor; algún mozo hará lo mismo.

El caminante no sueña. El caminante se ha dormido como un bendito o como un ceporro y ni siquiera se da cuenta de lo feliz que es.

DONDE APARECE EL CARDIÓLOGO DE LA BARBA

Ya está el viajero a su andar; el viento corto a su espalda, las nubes bajas sobre su cabeza y el asfalto helado a sus pies. La escarcha se dejó su centelleo sobre la desnudez de los campos, entre las hierbas de las cunetas, en los troncos oscuros de los poquillos árboles que se ven. El vaho de la respiración humedece el rostro, el corazón está alegre, los pies ligeros y el estómago confortado.

—Mucho has de andar —dijo la madre de Manolo— y pan y vino hacen camino.

Por eso, el desayuno del caminante duró hora y cuarto repartido entre los huevos fritos con torreznos y el café con leche donde se mojaron los churros recién traídos. La conversación también se llevó su tiempo y el andariego, aprovechándose de que había agua caliente, se lavó con mayor dedicación y esmero con que ayer lo hiciera.

Entre unas cosas y otras, el viajero no arranca de Carrión de los Condes hasta pasadas las diez, cuando ya los pastores andan hartos de tener la música del transistor en las orejas y de paparse el frior de las primeras horas de la mañana. Los camiones que salieron de donde fuese y van hacia donde Dios quiere que vayan zumban carretera arriba, hacia el norte, y sus conductores, fuma que te fuma o canturreando —que tampoco es mala manera de entretenerse—, pisan el acelerador en estos llanos para compensar el andar más lento que tendrán que llevar cuando empiece la montaña.

La montaña palentina, se dice el andariego, es también muy hermosa y con mucho que ver; lástima es que tenga tan mal andar, siempre cuesta arriba, aunque por un

paisaje mollar que entretiene las penas y los ojos. La Ojeda y sus praderías, con pueblos como Aguilar de Campoo y Alar del Rey, guardan rincones que justifican el paseo. Si el caminante anduviera mejor de bolsa y de fuelle se trotaría esos pagos y los de más arriba, hasta llegar a San Salvador de Cantamuga, donde se encuentra la iglesia románica más niñina de toda la cristiandad, alzada por encargo de la condesa Elvira, la de los dulces ojos.

El norte palentino está lleno de minas de carbón y de monasterios; las minas agracian el rostro revoltoso del Carrión chigüito, los monasterios, tal vez, llegan a la docena. Germán, un amigo, vecino y, a veces, anfitrión del viajero dice que, en estos monasterios, se produjeron los primeros contactos entre las culturas árabe y cristiana, pues en ellos se arrecogieron aquellas damas del norte que, a favor o en contra de treguas y batallas, se desposaron con nobles califales y que, al envejecer, fueron repudiadas y sustituidas por jovenzuelas más apañadas y gustosas en el retozo bajo el edredón; devueltas a sus montañas originales, no se adaptaron a su antiguo vivir, tanto por la carencia de divertimientos y comodidades a que se acostumbraron en el sur musulmán, cuanto por el rechazo que encontraron en sus paisanos que ya las consideraban extranjeras y contaminadas. Retiradas a estos monjíos, para hacer de su capa un sayo y de quitarse de lenguas leñadoras, se llevaron con ellas su afición por la música, su amor por los libros, su devoción por el adorno que hace amable el vivir y, así, en estos monasterios perdidos floreció la columna retorcida, el capitel floreado, el son de la guitarra morisca y la copia del poema que los convirtió en pequeños centros de donde irradió una mezclada cultura.

El caminante no sabe si se habrá explicado bien. Lo más fácil es que no lo haya hecho. El caminante es un piernas que lo único que hace es remover y estropear las cosas y lo mejor que podía hacer es callarse.

Si se les preguntara a estos mozallones que, volante en las manos y purito en la boca, conducen esos camionazos de seis o siete toneladas, dirían que sí, que la montaña palentina y sus pueblines —Matalbaniego, Abejal, Vallejo— tienen mucho que ver, pero que no hay que olvidarse del parador de «El Resbalón», en Cervera de Pisuerga, donde se comen unas truchas musculadas y unos chuletones de ternera que pueden echarse a pelear con los más afamados de Ávila. Los poetas

líricos —sin hacer de menos a los chuletones— hablarían del claustro increíble del monasterio de San Andrés de Arroyo que se mantiene en sazón y rosas piedras gracias a la nieve y al cuidado que el buen Dios pone sobre él.

Pero el caminante, que no tiene a mano camioneros ni poetas líricos a quienes preguntar, hace su andadura en silencio, como si temiera romper el encanto de la mañanita cristalizada, y se deja, a la izquierda, las aguas del Carrión y el silbo de los alcaravanes que anidaron entre los sotos de estas islillas que el río va pintando por gusto y por adorno. Una furgoneta pasa hacia el sur.

—¿Te llevo?

—No, gracias; todavía no voy cansado.

—Ya te cansarás.

El caminante piensa que sí, que todo el que camina, tarde o temprano, se cansa y que la profecía del fulano de la camioneta no es tanto como para ponerla en los libros.

Otra vez el silencio. El andorrero, para sentir que no se ha quedado sordo, pega con el tacón del boto en el asfalto que endureció la helada. Al viajero le gustaría, para estas vías, llevar el tacón herrado, aunque los herrajes, en estos pisos, sólo sirven para pegar un resbalón y quebrarse cualquier hueso; el tacón de material es más andadero y mejor recibido por las amas de casa, pues no araña los suelos ni destroza los travesaños de las sillas. Para lo que sí sirven los herrajes es para cuando hay que saludar pegando el taconazo, pero el andariego, que hace ocho o diez años que hizo la mili, ya se olvidó de las artes marciales, de la presentación ante el sargento de guardia.

—¿De qué quinta es usted?

—Serví con la del cincuenta, en Sevilla. El cuartel estaba junto a un colegio de niñas ciegas y siempre me acordaré de lo triste que me ponía cuando las oía cantar, en el mes de Mayo, cuando el parque de María Luisa era una bandera de mil

colores que a ellas se negaba. También me acuerdo del cabo Jeremías que, cuando estaba un poco tomado, cantaba por lo grande, pero ése no me daba tanta pena; años más tarde me lo encontré de delegado de abastos, en su pueblo, y no le iba mal.

Andar y andar; los caminos de la Tierra de Campos no se acaban nunca; el silencio que los enguata parece solidificarse en los oídos asordados.

Andar y andar; los caminos de la Tierra de Campos se cruzan y descruzan arre-
tazando el paisaje y pintan cruces de muertos; las cruces de los árboles muertos
antes de nacer.

Andar y andar; los caminos de la Tierra de Campos son más tierra que otra cosa; a
fin de cuentas, hacen bien. Para qué ser otra cosa, si todos seremos tierra.

Andar y andar; los caminos de la Tierra de Campos...

—Oye, ¿es que no sabes decir otra cosa?

Media legua hasta Villoldo; la primera legua que se anduvo se quedó atrás, lo mismo que se quedaron las casas de Llenaperas, de la Cigoñera y la ermitilla de San Juan de Cestillón. El paisaje no cambia y sólo unos altozanos —el de los Lobos y el de la Espada— ondulan la igualdad de los Campos Góticos. A poniente, el río, con sus contoneos de mozo galán y presumido, se aparta un buen trecho de la carretera para colarse entre Torre de los Molinos y Villanueva del Río. Más allá se quedó Calzada de los Molinos, donde se dan los berros jugosicos que ayudan el pasar del lechoncillo asado. Los molinos que apellidaron estas pobladuras fueron molinos artesanos y harineros, los de olorosas poleas de cuero, trantrán de ruedas, anchas muelas de piedra roja y montones de trigo candeal; también, con su cacera y su estanque y, cómo no, con la molinera de la canción que se decolora de mal de amores.

En uno de estos pueblecitos que se han nombrado o que se nombrarán, el caminante tiene una amiga periodista que trabaja en la radio de la capital; la chavala fuma negro y le pega al clarete que es una maravilla. Valer, vale lo mismo para un roto que para un descosido y el viajero la ha oído transmitir, con el mismo despar-

pajo, un partido de fútbol que unas justas literarias. El andariego, ya que pasa por aquí, le dedica un recuerdo mientras mira las nubes como tratando de adivinar las intenciones que se traigan.

Andar y andar otra vez; la Tierra de Campos está llena de caminos —del Pocillo, las Parras, las Mazorcas, el Monarquito, las Bartolas, los Llanos—; caminos que van derechos como una vela y que, ahora, apenas si se distinguen de su contorno. La carretera, derechita también, marca la pauta y aburre al más pintado hasta que el río se empieza a acercar y, en su homenaje, se alzan chopos y alamillos, cuando el terrenal se cambie en huertas que anuncian la cercanía de Villoldo.

Villoldo tiene una iglesia en la que la ojiva se mezcla con el arco de medio punto; otras mescolanzas tiene, como esa de guardar una imagen gótica de Nuestra Señora con la talla de un Cristo de hace pocos años. Los ochocientos habitantes de Villoldo viven del campo y de su escasa industria. Se debe entender que esas ochocientas almas no están amontonadas, sino repartidas entre la villa propiamente dicha y los lugares de Villanueva del Río y de Castillejo de la Olma.

Villoldo tiene cuatro carreteras y un buen mirar. Casas blancas, calles limpias, perros atados y chiquitos en la escuela. En primavera, el mirar de Villoldo es mucho mejor; en primavera, Villoldo es ese jardín que se insinúa en las pinturas del maestro Juan de Villoldo, cosa que cualquiera puede ver. Nadie diría, durante los meses de Abril y Mayo, que ésta es la Castilla socarrada y harapienta de los escritores patriomasoquistas de la generación del noventa y ocho, sino aquella otra Castilla, la gentil, que cantara el entusiasmado juglar del siglo XII. Ahora, cuando pasa el viajero. Villoldo no luce todo lo que debía; la luz del otoño no le sienta, le demacra y le borra la verdura que pudiera tener su hortal. Bajo el puente de la carretera, el río Carrión canta como un chaval que se hubiera llenado los bolsillos de cerezas.

El caminante se da una vueltecilla por el pueblo, mira la iglesia, asusta a un mulo que abreva en el pilón, contempla a la mocita que tiende los manteles sobre los hierros de sus balcones, al chaval que se escaquea porque hizo la rabona, y entra en el bar. Pide un paquete de cigarrillos y un vino que intenta tomarse en el mostrador.

—¿Dónde se va?

—A Palencia.

—¡Coño, a Palencia!... Todo el mundo se va a Palencia y algunos no paran hasta que llegan a Alemania. A este paso, nos vamos a quedar cuatro gatos en cada pueblo y, así, no va a haber quien prospere ni haga nada de provecho.

—Bueno, no se enfade, que yo voy de paso...

El hombre del mostrador tiene pinta de estar de mala leche; se le nota en los golpes que da a los vasos que friega en un lebrillo, en los reniegos que a cada poco suelta y en el vocerío que, por menos de nada, le organiza a la pobre mujer que contiene en la trastienda. El viajero, precavido, agarra su vino y se arrincona, quitándose de voces y de peloterías.

—No se asuste —dice un señor que toma su café—; en el fondo es un bendito. Sólo se pone así cuando llega el tiempo de pagar la contribución.

El caminante se asoma a la ventana, mira las nubes y trata de averiguar la dirección del viento por el bamboleo de los manteles que la mocita colgó de su balcón. Otra chavala que pasa y que ve la cara de bobo que tiene el viajero le saca la lengua. Entra en el bar un viejecillo que renquea y dice que va a nevar que, cuando a él le duele, como hoy le duele, el remo izquierdo, la nieve no falla.

—Todavía no es San Andrés.

—¡Anda éste! Para San Gabino la he visto yo caer a manta y la de hoy no va a ser más chica.

El caminante mira el reloj y, aunque no es tarde, pregunta que si le pueden dar algo de comer.

—No sé qué le voy a dar —dice el del mostrador—. Aquí hay poca cosa y, a lo mejor, usted tiene el diente delicado. Si se conforma con unas patatas viudas y una tortilla de escabeche...

La tortilla de escabeche le gusta mucho al andariego; probablemente, es lo que más le gusta, cuando se trata de cosas de comer. La tortilla de escabeche, blandita y bien rellena, con su pan, con su vino y sin tener que andar con demasiadas etiquetas para comerla, es de lo mejor que entra en barriga. Al viajero se le hace la boca un charco siempre que piensa en ella. La tortilla de escabeche, aunque no tenga la aceptación y la fama que tiene la tortilla de patatas, es manjar delicado a pesar de haber nacido en la humilde cuna de los fondos de las tascas y merenderos madrileños para regocijo de los paladares y para repostero de los cuerpos cansados en el juego de la rana. La suavidad del huevo templá los peleones sabores de la conserva y así se logra el equilibrio gustativo que pocos manjares tienen. La tortilla de escabeche es como un sol pequeñito que se refleja en el mar, como una rueda de castillo de pólvora. La tortilla de escabeche le va bien a cualquier vino, al órdago a la grande y al menestral que queda como un rey invitando a la parienta. La tortilla de escabeche...

La tortilla de escabeche que le sirven al viajero en la taberna de Villoldo no es, ni por asomo, nada de lo que aquí se ha dicho, sino. Más bien, una tortilla aplastaducha, anémica y vulgar que apenas si conlleva unas briznillas de bonito de lata y a la que, encima, se saló pródigamente. Las patatas viudas fueron eso, unas patatas viudas. ¿Para qué vamos a hablar de las patatas viudas?

—¿Le guardaban el luto al difunto?

—No creo; tenían el corazón muy duro y los pimentones excesivos las vestían de colorado.

Decepcionado, el andorrero traga lo que le echan, lo disfraza con el vino y luego pide un café que tampoco es gran cosa.

—Si hubiera sabido que pensabas comer, te hubiera dicho que te fueras a otro bar.

—A buena hora dijo el rey gachas...

La tarde, aunque jovencita, perdió parte de la luz que heredó de la mañana. El nuberío, sin fisuras de azul ni manchurriones negreros, presenta el uniforme color

que confunde esquinas y perfiles. Las calles de Villoldo se quedaron vacías y nadie sale a despedir al viajero que, morral en las costillas, boina bien calada y garrote en la mano, se cruza con el pastor que viene de recogida. El caminante tira la colilla que apuró, cruza el puente y echa a andar, entre los pagos de la Planta y la Obrapia, llevando el Carrión a la zocata y, por allí, se deja la casilla de los peones camineros y el hito del kilómetro correspondiente, en tanto que una moza de ojos negros y burlones corretea encerrando las gallinas, se cachondea de las pintas del viajero y le dice:

—La que te va a caer, hermano.

En un cruce de carreteras, está Villafolfo. Villafolfo es lugar de Paredes de Nava. El río, que hizo otro de sus regates, se acerca una miaja a esta pedanía para abandonarla un poco después para, aguas abajo, partirse en un cuernaguillo y plantar otro islote con sus álamos deshojados. Villafolfo tiene media docena de casas, si llega, de las que estarán habitadas, si es que lo están, una o dos, a lo sumo. Dicen que Villafolfo tiene ocho habitantes; verse, no se ve ninguno; las casas están tan cerradas como el cielo de la tarde. Por no verse, no se ve ni esa vedija de humo que habla de la cocina encendida. El caminante pasa de largo, sin dedicarle más mirada que la que le deja ver el carro desvencijado que se pudre en un solar.

Pasadas la Lera y la Zarza, campos de soledad, y en el kilómetro veintitrés de la carretera que se trae, empiezan a caer los primeros copos de nieve; nieve menudilla y blanda como los ovillejos de la flor del cardo que el viento desmenuza, como un cortejo de mariposillas blancas y locas que se dispusieran a divertir el andar del caminante que, bien lo sabe Dios, preferiría otra clase de diversión. Diez minutos más adelante, la nieve sigue cayendo, más aplomada, más dura, con peor intención.

Ahora caen pañuelos, dentro de nada serán manteles. El caserío del Molino Viejo, los arbolitos del soto, la loma de la Cocinilla y el monte de Perales se han ocultado tras las sábanas que ahora caen. El caminante marcha enjalbegado. La nieve está cuajando en las cunetas, pronto lo hará sobre el asfalto.

La casa, a la derecha del andar, se enseña cerrada a cal y canto; el río se alejó de la carretera; mengua, más todavía, la luz; la nieve duele en la cara; el mundo redondo

y blanco y sin más esperanzas que la que, media legua más adelante, pueda apuntar el pueblo de Perales, donde, según canta la copla, el cura se juega los calzoncillos contra el cura del pueblo de al lado; otros dicen que lo que se juega son los monaguillos; es igual, como rima perfecta lo mismo vale la una que la otra. El pueblo del cura contrario es Manquillos, que está frente por frente, pero al otro lado del río. Manquillos y Perales andarán tal para cual en lo que respecta a huertas y vecindario. Ahora, la nieve cae a telones y ni Manquillos ni Perales ni Villafolfo ni nada existe; la nieve deshizo el mundo; la nieve que, sin más viento, cae desmayada, a su aire y ocultando todo lo que haya que ocultar.

El viajero va tan aterido que no recuerda donde olvidó los pies; las manos, al menos la que empuña la cachava, no las siente, como tampoco siente la nariz. La nieve empapó el morral, y está empezando a empapar la zamarra con que el viajero se cubre y la boina es un pingajo. La noche es cosa segura y la nieve no ceja en su caer.

—Si al menos me encontrara con la Gadea que se encontró el Arcipreste.

Tiritón y yerto, el andariego no se amilana; sabe que Perales está cerca y piensa que muy malo será que allí no encuentre un rinconcillo donde calentarse. Si esa Gadea que se dijo le esperase en el pueblo...

Pero el caminante no tiene moza que le espere en Perales ni en ningún otro lugar del ancho mundo. Eso de la pastora con quien el Arcipreste se diera en Riofrío es cosa de versos y poesía que tiene que ver muy poco con la lamentable realidad. Si a la poesía —épica, lírica o dramática— se le quitase todo lo que tiene de fingimiento y fabulación, de embuste y fantasía, las antologías se iban a quedar sin nada que ponerse.

Ya se adivina el casar de Perales; la legua y media se anduvo a mata caballo, más deprisa que lo que se podía pensar. Entre dos luces, el caminante repasa los tapiales del camposanto lugareño; luego, las eras; después, los atrasos del pueblo y entra, por la carretera que se hizo calle, en el casco de la población que se enseña con todas las puertas cerradas, las ventanas también, escaso de luz y sin un alma en las calles.

Un lebel, afilado como un suspiro, tiritita al socaire de un portalón solariego; al paso del caminante se levanta, se estira, lo olfatea, se une a su andar y, amistoso, se frota contra sus pantalones.

En la mirada del galgo, que más de cuatro reyes antiguos quisieran para ponerlo a los pies de sus estatuas yacentes, se cuajan dos gotas de desamparo azulenco que conmueven el corazón cansado del andariego.

—Vamos, hijo, a ver si nos calentamos.

El bar está lleno; tampoco se necesita mucho para llenarlo; de mesa en mesa, charlan los hombres que sonrían halagados por esta nieve que sobre sus campos cae. El andariego, con el lebel al costado, se acerca al mostrador; el que allí atiende mira al perro y dice:

—Buen galgo se echó usted, amigo.

—No es malo; en el cementerio se me juntó e hicimos buenas migas.

El caminante se sienta donde puede y sorbe su vino a pocos. El galgo se echó a sus pies. El tabernero, zascandil y renuente, insiste:

—Vaya que si es buen galgo. ¿Cuánto pides por él?

El viajero no tiene ganas de hablar y se hace el sordo, acaricia al perro y acerca los pies a la estufa.

—Le parece al galgo del Aderito —vuelve a la carga el tasquero—.

—¡Como que es el mío! —salta un sujeto mal encarado— ¿Qué haces tú con mi galgo?

—Ya lo he dicho —responde el caminante, que se está poniendo de mal café—; se ha venido conmigo y aquí está. Ni yo le dije tustús ni pienso quedarme con él. Lo que pasa es que si el chucho se encontró con la puerta cerrada, algún cobijo

se tendría que buscar. Y no me mire usted así, que ni yo he matado a nadie ni me quiero quedar con su perro.

—¿Y por qué lo querías vender? —pregunta el Aderito con toda su mala uva.

—Yo no he dicho nada de eso. ¿Cómo voy a vender un perro que no es mío y en un pueblo en el que nadie me conoce?

—Eso es lo que tú dices...

Las explicaciones del andariego no parecen convencer a nadie. El Aderito y los que con él están le miran con reconcomio y desconfianza; un ambiente de malquerencia cerca al viajero que, sin hacer caso a la hostilidad que despierta, toma lo que pidió y fuma sin ofrecer. El cigarrillo lo lió despacio, un tanto desafiante; el perro que, obligado, se echó a los pies de su legítimo dueño, mira hacia el caminante con ojazos de agradecimiento y amistad.

Perales es pueblo chico; andará por las trescientas almas que se reparten entre los anejos de Villafruela y Villaldavín, amén de la cabeza del municipio. Villafruela está en la misma carretera que se trajo, un poco más adelante; Villaldavín, por ahí andará. El viajero, que pasó de noche por Perales y sin tiempo para tomarle el gusto, no sabe decir lo bueno que el pueblo tenga, tampoco lo que pueda tener de malo.

Cuando la gente dejó de mirarle y volvió a sus julepes y conversaciones, el perro se adormiló, el tabernero añadió otro troncón a la hornacha y la nieve siguió cayendo; el viajero acabó su cigarro y, de la mejor manera, preguntó que dónde podría pasar la noche.

—En este pueblo no hay fonda.

—Algún sitio habrá, ya ve usted la noche que hace.

—Eso no es cosa mía...

El andariego se inquieta, más bien, se asusta. Bien es verdad que el viajero nunca presumió de valiente, pero esta vez cree que tiene motivos para amedrentarse. De Perales a Palencia son más de cuatro leguas sin que pueblo ni pueblecillo que pueda tener fonda o posada se levante entre ellos; la noche está para fenecer si se pasa a la intemperie y el recelo que levantó el asunto del galgo del Aderito no hace nada a favor del caminante.

—Pero algo habrá...

—Aciselo —dirige el tabernero a un hombre gordo que juega al mus— ¿y en tu pajar?

—Mi pajar no está para eso.

El viajero está que no le llega la camiseta al ombligo, sorbe el culillo de vino que le queda en el vaso y se dispone a encontrar las mejores palabras, la retórica más eficaz, la elocuencia más rentable, la oratoria más convincente que le pueda proporcionar una cama.

—Miren ustedes...

En ese momento y con estrépito de cristaleras, se abre la puerta del bar; el hombre que entra por ella se sacude la nieve y el manotazo de frío que entró con él mete, hasta el centro del local, un remolino de nieve.

—¡La puerta! —grita el tabernero.

—¡Coño, la puerta! ¡Qué pasa con la puerta! Tendré que abrirla, digo yo, si es que quiero entrar. No me voy a colar por las paredes, me parece a mí, aunque, con la puta noche que hace, todo puede ser. Venga, jefe, no se cabree y ponga un coñac doble que me vengo helando desde más allá de Carrión.

El que entró es un hombre joven, con la cara enrojecida por el viento, el pelo revuelto y con un chaleco de lana de fabricación casera y de dos dedos de espesor. Su voz recia, como hecha al mando, y la palabrota bien traída hacen temblar las botellas del muestrario.

—¡Venga, jefe, no se duerma, que es para hoy! Ponga lo que le he dicho, que el motor se me enfría y la carretera se está poniendo imposible.

El viajero, medio recobrando la esperanza, se acerca al camionero y, con sus mejores modos, le pregunta que si va a Palencia.

—A Palencia voy. ¿Te quieres venir? Pues, hala, mejor. Así nos damos calor el uno al otro o los dos nos quedamos pajaritos.

El corazón del andariego bate el parche de la alegría. Tal vez sean figuraciones suyas, pero cree ver, en los ojos del galgo del Aderito, un chisporroteo de contento. Antes de que pague el último que entró, el caminante invita y salen juntos al frío de la nevasca.

—Está la noche como para coger caracoles...

En la calle, cubierta de nieve y con el morro hacia el sur, espera una camionetilla desvencijada, roñosas portezuelas y de un modelo que dejó de fabricarse un par de años antes de la guerra.

—No te asustes por su pinta. Ocho años llevo con este chisme y todavía no me ha hecho una mala faena. De frenos no va muy bien y la calefacción no le funciona; bien calzada tampoco está, pero de luces va estupendamente.

—No, si yo no digo nada.

El conductor trastea con la llave de contacto, suelta un taco, pisotea los pedales, insiste, suelta otro, golpea aquí y allá, vuelve a la llave. El cacharrillo se resiste, tose una miaja y, por fin, se decide a la arrancada.

—Esto le pasa porque no le he puesto anticongelante; pero si le vas a andar poniendo todo lo que te dicen, adiós a las ganancias...

Despacito, a tirones, cauta; con un trotecillo cochinerero, sale la camioneta del pueblo. Cuando pesca una cuesta abajo, se anima y casi llega a los cincuenta por

hora; en las subidas, por muy chicas que sean, se queda en menos de la mitad; el vehículo suena a lata vieja; el viento se mete, como Pedro por su casa, por la ventanilla que lleva el cristal bajado y que se atrancó en esta postura, allá por el mes de agosto. Villafruela, entre el Cuérnago, la calzada de ganado y la carretera, pasa o se pasa con sus escasos edificios y sus menos luces.

Atanasio López Jorquerín, el conductor del chisme, es natural de Castrocontrigo, ese pueblo de la provincia de León que tiene el nombre que parece un trabalenguas; hizo la mili, de voluntario, en Ceuta; luego fue carbonero en Valdeavellano de Tera, en la provincia de Soria. Rodando por el mundo, vino a afincarse en Villaturde y por allí sigue rondando —y lo que te rondaré, morena— dedicado al transporte de mercancías. En la portezuela izquierda de la camioneta, alguien pintó, con buen pulso y mil primores, el letrero que señala el nombre y la vecindad de su propietario y, entre paréntesis, añade: «El Pirata».

—Me dicen así porque no tengo licencia para transportes mayores y, como los hago, ando siempre a vueltas por los caminos que no acostumbran los motoristas. Anda, líame un cigarro, que yo no me puedo entretener.

El viajero saca uno liado, lo enciende y lo pone en la boca de Atanasio, luego prende otro para él. La camioneta sigue con su paso corto y sus gargarismos; la nieve, arremolinada entre los faros, es un espejo que se rompió en mil cachos que reflejan la luz y encegecen al conductor.

—A mi padre le decían «El Melón» porque era de Alijar de los Melones y a mi abuelo, por parte de madre, le llamaban «El Prior» porque tuvo un tío cura. Eso de los motes no tiene arreglo, pero tampoco es para tomarlo a mal.

—Todos los reyes tienen motes, el Cruel, el Hechizado, el Doliente...

—Sí; eso también es verdad. En mi pueblo había un fulano a quien llamaban Chococoloco y agarraba unos cabreos que lo ponían a parir.

La camioneta, a trancas y barrancas, pasó los empalmes que llevan a Montón y a Villaldeván, ha cruzado el canal de Castilla y, por intuición, se va acercando al carril que puede llevar a Husillos.

Husillos, en sus años mozos, fue lugar de mayor importancia. El abad de su monasterio tenía categoría de obispo y puede que de algo más, aunque a papa no llegase. El monasterio de Husillos —en los finales del siglo xi y a los principios del xii— fue sede de los dos concilios más importantes que en Castilla se convocaron. Prelados y reyes, abades y priores y otras gentes de parecidos pelajes y alzadas, en Husillos se dieron cita. Hoy por hoy, el lugar es poca cosa, el monasterio está hecho una pena, su virgencita románica, de cobre sobredorado, está en el museo diocesano de la capital y menos mal que ningún mercachifle arrampló con ella, como ha ocurrido con otras muchas cosas y de méritos parecidos.

—¿Y qué es de Husillos?

—Ay, ni sombra de lo que fue.

De pronto y en lo más llano, cuando nada lo hace suponer, la camionetilla tiene un ataque de carraspera, da un brinco, sufre un espasmo, que casi es un estertor, y se queda más parada que un majano. Atanasio toquetea unos mandos, se lía a patadas con otros, suelta un par de palabrotas, dice algo relativo al padre del vehículo y, al final, se retrepa en el asiento y se queda tan tranquilo.

—Hasta Palencia hay legua y pico. Vamos para allá.

—Espera un poco, a ver si pasa alguien.

—¿Con esta noche?

Atanasio y el viajero se apean, encienden un cigarro y no saben qué más hacer. En la carretera hace menos frío que en la cabina de la camioneta. La nieve no cesa y, porfiada, sigue blanqueando el mundo. A lo lejos y acercándose despacio, brillan los faros de un coche. Un «seiscientos» blanco, por su natural y por la nieve que lleva encima, para junto a los averiados que alzaron los brazos en señal de apuro.

—¿Qué le pasa?

—¿Y cómo lo voy a saber, si sólo tengo carnet de segunda?

El conductor del «seiscientos» debe de ser un hombre bondadoso y dispuesto a ayudar al prójimo. Atanasio se acerca a la ventanilla y le pide que, en la gasolinera que hay a la entrada de la capital, le diga al productor que allí se las gana que avise al taller de Cosme y le diga que «El Pirata» se ha quedado tirado.

—¿Y si le remolco?

—¿Se atreve?

El señor del «seiscientos» blanco dice que habrá que intentarlo, que no los va a dejar allí con la noche que hace, y Atanasio saca, de debajo del asiento de su cacharro, un soguero; el señor coloca el culo de su coche pegadito al morro del otro; Atanasio y el caminante amarran los vehículos con todas las vueltas y todos los nudos que la cuerda da de sí, tan prietos que, como el invento falle, van a ser tres los náufragos en la nieve.

Atanasio y el viajero montan en su sitio; Atanasio grita que ya vale y el andariego se santigua; el «seiscientos» arranca; la noche está ciega, la nieve no para.

—¿Tú crees que llegaremos?

—En peores me he visto.

Vuelta a vuelta se avanza por la carretera nevada; el invento funciona y el andariego mira el reloj. Hace hora y media que salieron de Perales. El mundo es negro. Si hubiera luz, la cinta del río brillaría a mano derecha, entre el rumor de los árboles que allí crecen; huertos y majuelos se verían a la otra mano.

—Tengo hambre.

—Eso son los nervios...

El caminante, asustadillo, no lleva ganas de fumar; Atanasio, más terne y acostumbrado, canturrea; luego sonríe como si estuviera pensando en alguna cosa agradable que sólo él conoce. Después suspira y dice:

—Ahora nos vendría muy bien la radio...

El viajero sonrío con media boca. El Carrión espesa su arboleda y, con ganas de entrar en Palencia, se junta al camino para entrar por lo más corto. Atanasio sigue:

—La radio acompaña mucho...

Aparecen las primeras casas capitalinas; las luces de la gasolinera, empañadas por la nieve, relucen sobre los surtidores y los cristales de la garita. El «seiscientos», como el que pisa huevos, hace la maniobra y, sin romper nada, se detiene bajo la marquesina. Los servidores de la estación, cuando salen para ver qué es aquello, se llevan las manos a la cabeza.

—¡Estáis más locos que un hato de cabras! Venir como venís y con el suelo como está. Y menos mal que, con la noche que hace, los motoristas no rondan por ahí, que, si os ven, os plantan una multa de las de aquí te espero...

Los mozos y Atanasio tratan de deshacer nudos y revueltas; como no pueden, el viajero les deja su navaja. El señor del «seiscientos» blanco se apea y, como antes no se pudieron ver las caras, mira a sus protegidos, se le pone cara de bobo y grita al viajero que, también, tiene la cara que es un poema.

—¿Pero, chico, qué haces aquí?

El señor del «seiscientos» y el viajero se pegan un abrazo.

El señor del «seiscientos» blanco resulta ser un amigo del caminante y de él se ha dicho, alguna vez, que es cardiólogo y que se deja la barba. El frío, los nervios y la mala luz no habían dejado que se reconocieran legua y pico más tarde. Ahora, el caminante está tan contento que vuelve a abrazar a su amigo, tanto por el cariño que le tiene, cuanto para cerciorarse de que no es un fantasma. El cardiólogo de la barba también está con la sonrisa de oreja a oreja.

—¡No te refanfinflas! —dice Atanasio rascándose la cabeza—. Yo te hago un favor a ti y tiene que ser tu amigo el que me lo haga a mí... Desde luego, aunque parece que no, el mundo está bastante bien hecho.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo primero —dice el cardiólogo de la barba—, tomarnos una cervecilla, para quitarnos el frío y, luego, ya se verá.

Atanasio, que viene de hablar por teléfono con el taller de Cosme, se apunta a la copa y los tres se meten en el «seiscientos» y se acercan a lo de «La Navarra» que es la taberna que le pilla más cerca. En lo de «La Navarra» se está bien, cerca del bullicio de la gente; el cardiólogo hace ademán de pagar, pero Atanasio la organiza tan gorda que no le es posible. Tras las copas, vuelven a la estación de servicio en donde Cosme, el del taller, fuma un cigarro sentado en el interior de la garita.

—¿Así se trabaja?

—¿Y qué quieres que haga?

—Arreglarme el coche... ¿Qué le pasa?

—¡Coño, lo que le pasa siempre! Que no le habías puesto bastante gasolina.

—¡Claro, gasolina! Como que si le pongo todo lo que tú dices, adiós ganancias.

Pues haz lo que te salga de las narices, pero como sigas así, el día menos pensado, te quedas en la carretera y ya verás lo que es bueno...

Son las nueve y media; la nieve no deja de caer; el parte de la radio ha dicho que va a seguir nevando. El cardiólogo de la barba y el andariego se despiden de Atanasio que anda a voces y a chirigotas con el del taller. Entran en la calle Mayor y tienen que recular porque, tal y como van, llevan dirección prohibida; giran a la izquierda, se despistan, dan unas cuantas vulanetas; el caminante juraría que hasta mataron un gato.

—Oye, ¿por qué no dejas el coche en donde puedas y nos vamos a cenar?

El cardiólogo de la barba es de buen conformar; deja el coche en el primer hueco que encuentra y, como les coge cerca, se meten en el Mesón del Concejo. Apoya-

do en el mostrador, un señor gordito, maduro y vestido de negro, habla con otro señor, que también tiene pinta de ser persona de orden, diciendo no se sabe qué sobre el glorioso movimiento nacional y de doña Isabel, la Católica. El cardiólogo de la barba y su acompañante se dejan de historias patrias y se meten al salón donde arde la hornacha y en el que un par de parejas de novios que beben blanco se morrean con más descaro del que, en locales públicos, se acostumbra.

—¿Qué hay para picar?

La lista es larga y prometedora. Castilla, en el tiempo frío, ofrece sabores y yantares de los que se pegan al riñón. El cardiólogo de la barba y el viajero recorrieron toda la gama de ofrecimientos sin pararse a dirimir cuáles eran buenos y cuáles mejores; trasegaron unas jarras y se pusieron como el chiquillo del esquilador.

En la calle, ya había una cuarta de nieve.

AQUÍ SE ACABA EL ANDAR

Después de llenar la andorga, el caminante propone tomar café en el Ideal Pa-lentino y contemplar, a través de las cristaleras, cómo nieva en la calle Mayor. El cardiólogo de la barba, que es de lo más complaciente, dice que bueno y, subiéndose el cuello de las zamarras, pasan por la plaza, miran los castaños que se caen de blancura y el íntimo soportal por el que no pasa un alma. Están cerrando el bar de la bocaplaza, como cerraron el kiosco de los periódicos, el estanco, el bar de «La Carrionesa» y todos los portales del ruedo. La calle Mayor, en toda su largura, es un desierto blanco y, de las airosas columnas de su impar soportal, la humedad despegá las carteleras de los cines y las esquelas de defunción.

Parece de cuento...

Toda la ciudad es una leyenda que nadie sabe contar, pero que, a veces, como ahora, se te revela sin sonos ni palabras.

El cardiólogo de la barba y el viajero se sientan al lado de un ventanal, limpian con la mano el vaho que lo empaña y esperan, fumando, a que les sirvan los carajillos que pidieron. El café está casi vacío; sólo los recalcitrantes del julepe y de la garrafiná golpean las mesas con las cartas o las fichas del dominó. Los camareros se aburren apoyados en el mostrador y alguno, por hacer algo, saca brillos a los cromados de la cafetera. La calefacción está a tope.

—Es antiguo este café.

—Pasaré de los cien años. Claro que lo han reformado muchas veces. Allá, por los años cuarenta, tenía los veladores de mármol y los divanes de peluche, ahora, de formica y de plástico. Ahí, en lo alto, había un balconcillo donde tocaba la orquesta y cantaba la vocalista. Yo pienso que las animadoras de entonces eran, más bien, plañideras; todas las canciones de su repertorio hablaban de despedidas, abandonos y mal de amores; no sé cómo la gente se animaba con aquello. A este café deberían declararlo monumento de interés nacional o, por lo menos, provincial. No es mal negocio, pero eso no quita que, el día menos pensado, lo compre un banco y nos fastidie.

—¿Tú crees?

—Para estas cosas nos pintamos solos. Día llegará en el que desaparezcan el Sotillo de los Canónigos, el templete de la música que hay en el Salón, el barrio de la Puebla, la plaza de toros y el corral de la Cerera. ¿No nos quitaron la Universidad? Pues, de la misma forma, puede irse al traste este cafetín colmado de historia chica, de historias entrañables, donde todas las parejas de novios palentinos se han cogido las manos y se han mirado a los ojos sin darse cuenta de que se les enfriaba el café con leche de la consumición. Este café es una institución, como puede serlo el ayuntamiento o la catedral; como lo fueron el Batallón Ciclista y los suicidas en el puente romano; como lo son nuestra línea de autobuses, la música de la Montería en la noche de Santiago, la casa del Cordón y el Bolo de la Paciencia. Aquí se han concertado tratos, bodas y negocios. Cuantos pasaron por Palencia entraron en este café; toreros de postín y políticos conservadores, cómicos de alta comedia y estafadores. Ni las guerras civiles ni las guerras mundiales han podido con este rodal; hay mucho amor estancado entre estas cuatro paredes y con el amor no hay quien pueda. Bueno, sí; al amor le vence el dinero, por eso te digo lo del banco...

La calle Mayor es una novia. Los copos de nieve lentejuelan al pasar ante el halo de los faroles que se encadenan en una guirnalda de luz y, cuando la nieve llega al suelo, lo viste de blanco como si en él se hubiera extendido una larga cola de tul ilusión. Los pocos transeúntes que se mueven bajo el soportal, donde ya se apagaron anuncios y escaparates, van de recogida. De algún que otro balcón se escapan rendijillas de luz que la nieve señala y, al mirarlas, el andariego se pone

melancólico y habla de la dulce tristeza que siempre le dejaron en el ánimo esas ventanas encendidas y entrecerradas que dejan suponer un recogimiento calmo en donde el vivir se adormece.

—Esta luz es de milagro. Claro que, en esto de la luz, la calle Mayor tiene mucha suerte. Ni esa luz de lileros mojados que tienen los atardeceres de Madrid ni la luz condeduque que se les pone a los atardeceres de San Lorenzo de El Escorial; la luz de cuarzo que empapa la bahía de Santander ni la luz verde oliva de los paisajes jaeneros se pueden comparar con la luz comunera, por morada, que, en las tardes del mes de septiembre, llena esta calle Mayor. Ésta de ahora, entre la nieve que cae y la luna que no hace, también tiene lo suyo, aunque yo no sepa contarla. En las mañanitas de abril, si coges esta calle al sesgo, una luz verdidorada se columpia en los cristales de las ventanas abiertas.

Amada de la luz es esta calle Mayor y la luz la corteja como el enamorado doncel que se cambia de ropa cada vez que va a pasar bajo las balconadas de su buen amor; la niña bonita —en este caso, esta calle— se lo agradece lo mejor que puede y ahí la tienes, ahora, empalidecida de arrobos, como una novia, bajo la encajería del velo nupcial, que se acerca al altar mayor.

—¿Sabes qué hora es?

—¡Qué importa la hora que sea! La noche es adolescente y bonita; aquí se está bien y el café no es malo. Si te parece, nos tomamos otro.

El cardiólogo de la barba, que tiene más aguante que el santo Job, acepta la proposición y, con dos palmadas, despierta al camarero que sirve la mesa.

—Cuando estoy en mi pueblo —dice el viajero, que en el arte de hablar mucho se lleva la palma— no necesito animarme, siempre estoy animado; dormir, no dormiría, ahora, cuando te acabo de decir que la noche es joven. Si fuese de día, sería igual, aunque te llevaría a más de cuatro rincones, de esos que la gente no mira, que tampoco vienen en las guías de turismo, pero que yo sé que te iban a entusiasmar. Palencia está llena de sorpresas continuadas; unas, permanentes, otras, eternizadas en un momento. Daríamos una vuelta por la plaza del mercado,

cuando las hortalizas lo arrebatan con sus colorines; pasearíamos por el Cuérna-
go para ver la torre de San Miguel a lo lejos y merendarnos un par de palominos
con tomate; escucharíamos la prosodia de los chigüitos del barrio de la Puebla;
contemplaríamos esos patios abiertos como el del Castaño, el del Candil y el de
la Plata, donde los niños, cansados de jugar, sueñan sentados en los banzos de las
puertas cocheras; te enseñaría muchas cosas capaces de poner un dedal de azúca-
res sobre el más amargado de los corazones.

Poca gente queda en el café. Los que aún se demoran ante la taza o la copa, más
lo hacen por el miedo que les da el salir a la intemperie que por falta de ganas de
meterse en el catre. Los asiduos del julepe ya soltaron las cartas y se embolsan lo
que ganaron o lamentan lo que perdieron. Entra el sereno del barrio para darse un
templón y habla con el limpiabotas que no se estrenó en toda la noche.

—¿Sabes qué hora es?

—Ya te he dicho que no importa. Mira, si no te asusta el frío, nos podemos acer-
car a la estación. Ahora es cuando empiezan a pasar los trenes que van al norte
o al sur. ¿Tú has visto algo más romántico que un tren que silba y se pierde en la
oscuridad blanca de una noche de invierno? Además, algunas noches hay suerte
y se ven unas chicas muy monas asomadas a las ventanillas de los vagones de
primera...

Como la paciencia del cardiólogo con barba no tiene fin, los dos amigos se pelan
de frío en la estación que está más sola que la una; los mozos de equipaje y los que
van a marchar se entraron en la cantina del andén buscando el calor de la estufa
de petróleo que envenena el local.

—Aquí no hay quien pare y la ginebra que dan es de garrafa...

—¿Sabes qué hora es?

—La que Dios quiera. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque, a este paso, no sé cuándo vamos a llegar a Madrid...

—¿Pero tú pensabas ir a Madrid? ¡Hombre, haberlo dicho antes! Hala, vámonos ahora mismo y perdona, pero es que cuando me lío a hablar de mi pueblo, es que no paro.

—Y si hablas de otra cosa, tampoco.

El «seiscientos», más blanco todavía por las dos cuartas de nieve que lleva encima, está en el mismo rincón donde lo dejaron; el coche parece una nevera, se meten en él, ponen la calefacción a todo lo que da, arrancan al tercer intento y, por no andar perdiéndose por esas calles oscuras, salen de Palencia por dirección prohibida.

—Tira por aquí mismo que, ahora, no hay guardias ni viene nadie. Mira, aquí se acaba la calle Mayor. Por aquí caen el Salón, la huerta de Guadián, los chopos del puente de hierro y la fábrica de armas. Eso es lo que más me fastidia de mi pueblo, que tenga fábrica de armas, menos mal que la fábrica es pequeña y las armas no son atómicas. ¿Ves? Ya estamos en franquía. Ha habido suerte; ni nos hemos encontrado con un camión ni nos han visto los guardias, claro que, a estas horas, los guardias y los camioneros están roncando. Dentro de nada pasaremos por Calabazanos y por la gasolinera de Soto Blanco, donde tienen un vino que, aunque es de Cigales, no está mal. Todo esto es la comarca del Cerrato, que tiene poco que ver con la Tierra de Campos; en el Cerrato está Baltanás, con un clarete que es capaz de alegrar a un novelista ruso. Más allá está Antigüedad, vaya nombre para un pueblo; tampoco son feos los de Castrillo de Onielo y Cevico de la Torre. En Cevico Navero tuve una novia; bueno, yo no la tuve, eso es un cantar:

*En Cevico Navero
tuve una novia;
en Cevico la Torre
tenía otra.*

*Y un primo mío,
en Castrillo de Onielo, tenía un lío.*

Este cantar se lo oía yo a mi abuelita; ahora, no sé si se cantará; todo se pierde. Aquí más atrás nos dejamos el empalme que lleva a Villamuriel, Villamuriel del

Cerrato se entiende, porque Villamuriel de Campos está en la provincia de Valladolid. En Villamuriel hay una iglesia, casi una fortaleza, que fue de los templarios y, aguas abajo, nos daremos con Dueñas, que tampoco tiene mal nombre. Hay nombres de pueblos que son una maravilla; hay un Alcalá de los Gazules, en Cádiz, que vale lo que quieras, pero, en la provincia de Burgos, hay uno, Santa María del Invierno, que me gusta más que el de Madrigal de las Altas Torres, que ya es una exageración, aunque, en la provincia de Guadalajara y en el partido judicial de Cifuentes, Santa María del Espino tiene un anejo que se llama nada menos que Bosque del Buen Desvío. Te doy todas las señas porque la gente, cuando me oye decir este nombre, se enfada y dice que yo me lo invento, como si hubiera alguien capaz de inventar un nombre tan hermoso. Claro que, a lo peor, ese anejo estará despoblado o le habrán acortado el nombre, como a Villarino de los Aires o a Láncara de Luna. Ahora pasamos por el convento de San Isidro; aquí le decimos La Trapa de Dueñas. ¡Vaya chocolate que hacen los dichosos frailes y vaya huerto que tienen! También, se papan un frío de bigote. En Dueñas se casó de segundas don Fernando V de Aragón, cuando medio se cabreó con los castellanos, con Yolanda o Violante o Germana de Foix, una chavala de dieciséis abriles que estaba de toma pan y moja, pero que se lió a engordar y la tenían que sacar de paseo rullando. De Dueñas fue el poeta Juan de Dueñas, como su nombre indica, hombre valentón, andariego y enamorado que sufrió persecución por la justicia del rey don Juan II de Castilla. En Dueñas es donde el Carrión se suicida para no entrar en Valladolid, cosa que dijo el poeta Francisco Vighi; los chopos le hacen la vela, como los alabarderos, en uniforme de gala, la hacen ante el féretro de los reyes. También dejamos atrás a Venta de Baños, el país de los trenes que se merendó al pueblo de Baños del Cerrato, donde queda la basílica del Señor San Juan, que ahora no tiene culto, pero que sirve para sonar conciertos y decir chorradas en los juegos florales. El Canal de Castilla va a la mano del volante, más allá va el Pisuerga; si vieras los álamos de su orilla no los olvidarías nunca; mañana, quienes los vean con la nieve helada los tomarán por lampadarios de diamantes. Y ya salimos —me da una pena— de la provincia de Palencia. Cuando me voy de aquí, me entra una tristeza tan grande que me quedo sin palabras para contarla; sólo quisiera tener ojos para llevarme todo esto en ellos. ¿A ti no te pasa lo mismo? El primer pueblo que viene ahora es Cubillas de Santa Marta; a la otra mano se esconde Valoria la Buena, pero ésos son pueblos de Valladolid, y de Valladolid sé muy poco. Bueno, tampoco tiene tanta importancia. Algo sí sé, lo que se en los libros; que degollaron

a los Comuneros, que encarcelaron a Colón y a Cervantes, pero para hablar de cosas tristes, mejor es que cambiemos de conversación.

El viajero, para coger aliento y, de paso, encender un pitillo, calla un poco. El cardiólogo de la barba, que no ha abierto el pico en toda la noche, aprovecha la coyuntura:

—Todavía no me has contado lo que haces por estos andurriales.

—¿Y tú?

—Vengo de un congreso de enfermedades del tórax que se ha celebrado en León.

Sigue nevando; con menos fuerza, pero sigue nevando. El coche no pasa de los sesenta por hora y, con esta marcha, se puede charlar a gusto, sin soliviantos ni velocidades. Cuando deje de nevar, si es que lo deja, será la hora de achuchar un poco, pero, ahora, se va bien al paso que se va.

—En Olmedo, tomamos algo.

—Dime, ¿qué haces por aquí, con el morral auestas?

—¡Ah, sí! Bueno, verás, ¿te acuerdas de la conversación que tuvimos en tu casa? Cuando tú decías aquello de que el verano se ha hecho para andar y el invierno para quedarse en casa leyendo novelas policíacas. ¿Te acuerdas? Pues por eso estuve andando por aquí; para llevarte la contraria...

—Si lo sé, me callo...

—No te preocupes; la culpa es mía. Esto debe de ser de la cabeza. Si tú, en vez de cardiólogo fueras psiquiatra, a lo mejor me lo podías explicar. Pero me lo he pasado bien; lo peor ha sido lo de esta tarde. Atanasio se ha quedado convencido de que tú eres San Cristóbal.

El cochecillo corretea dejando atrás el empalme de Cigales; ya nieva menos y el viento cambió de rumbo; la carretera está más limpia y el cardiólogo de la barba acelera un poco buscando la entrada a Valladolid.

—¿Y qué tal te ha ido?

El caminante, que no esperaba otra cosa, se puso a hablar y no lo dejó hasta que, dos o tres horas más tarde, llegaron a la Puerta de Hierro. El cardiólogo de la barba —a quien vamos a llamar José Alberto— es hombre callado y, ya se dijo, con más paciencia que una estatua yacente.

En los libros de Juan José Cuadros hay mucho de viaje y no menos de naturaleza y terruño. De lo primero, porque es en movimiento que va ejercitando su sentir literario, en esos paseares que lo llevan de pueblo en pueblo, de paisanaje en paisanaje, con espíritu descubridor y ganas de un poco de plática saludable. De lo segundo, porque fue por aquellos montes y vericuetos aldeanos que hizo su trabajo de topógrafo de campo, allá mientras ponderaba la verdad del mundo a través de sus requiebros y desniveles, y de qué otra forma va uno a mirar el horizonte después de ello. Y también, porque esa mirada lírica con la que compone sus páginas opera de igual modo sobre las costumbres de la concurrencia, el regusto de un trago compartido, el perfil de una colina o el crujir de unas hojas secas.